

21

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

MELCHOR  
FERNÁNDEZ  
ALMAGRO



Viaje al siglo **XX** veinte





BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

# Viaje al siglo **XX** veinte

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

Posfacio de Amelina Correa Ramón



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE CULTURA

## [el autor]

Doctor en derecho, escritor, ensayista, crítico literario e historiador, Melchor Fernández Almagro (Granada, 1893 – Madrid, 1966) brilló con luz propia entre el panorama intelectual español del segundo tercio del siglo XX.

Se decantó desde muy pronto por el ejercicio de la crítica literaria, fruto de la cual son sus ensayos sobre el fin de siglo, la generación del 98 (Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Azorín y Ramiro de Maeztu) y otras destacadas figuras intelectuales y literarias del periodo como Ángel Ganivet y Ramón del Valle-Inclán: *Vida y obra de Ángel Ganivet* (1925), *Vida y literatura de Valle-Inclán* (1943) y *En torno al 98* (1948).

Después de la contienda ejerció la crítica literaria en las páginas de ABC (Madrid) y de La Vanguardia (Barcelona). Conservador en política, maurista en su juventud, falangista en los años 30, en la posguerra ocupó cargos políticos aunque llegó a rechazar un puesto de gobernador civil. Formó parte, además, del equipo de colaboradores de Revista de Occidente y de Escorial, en cuya sección “Poesía” publicó algunos de sus trabajos de corte histórico.

Su obra historiográfica está compuesta por estudios como *Orígenes del régimen constitucional en España* (1928), *Catalanismo y República española* (1932), *Historia del reinado de Alfonso XIII* (1933), *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española* (1944), *Cánovas, su vida y su política* (1951) y *Viaje al siglo XX* (1962). Con la colaboración del duque de Maura preparó una excelente *Historia política de la España contemporánea* (dos volúmenes, 1956-1959), que es probablemente su obra más conocida.

Fue académico de la Real Academia de la Historia (1944) y de la Española (1951).

## [la obra]

*Un día vi cómo mi padre pasaba a manos de mi madre una carta que acababa de recibir; «Fíjate, escrita a máquina...» Invento curioso, pero que no podía inspirar mayor comentario a quienes estaban ya familiarizados con el teléfono, el telégrafo, el gramófono, la bombilla eléctrica... Días ulteriores reservaban la magia del cinematógrafo, el automóvil, el dirigible, el aeroplano...*

Los fragmentos reproducidos pertenecen al Prólogo de *Viaje al siglo XX*, el que probablemente pueda considerarse el libro más personal de toda la producción salida de la pluma de Melchor Fernández Almagro, y, con toda seguridad, también el más hermoso. Publicada en 1962, cuatro años antes de su muerte y al filo ya de los setenta años, el escritor evoca con melancolía luminosa los días del pasado y recrea una sugerente evocación de la Granada de los últimos años del siglo XIX y primeros del XX.

En quien fue eminentemente ensayista, historiador, periodista, -facetas todas ellas por las que adquirió un reconocido prestigio-, llama la atención la escritura de esta obra de factura tan delicada y enfoque tan intimista, muy inusual dentro de su producción.

*Colección Una Galería de Lecturas Pendientes*

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura  
© 2018 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura  
© del posfacio: Amelina Correa Ramón  
Maquetación y diseño: Carmen Piñar  
ISBN 978-84-9959-314-2

Ilustración de cubierta: [Tranvía nº 6 de la línea de Puerta Real a San Lázaro, a su paso por la confluencia de las calles San Juan de Dios y San Jerónimo], ca. 1920.  
Archivo Histórico Municipal de Granada.

# índice

|   |     |
|---|-----|
| PRÓLOGO                                 | 9   |
| VIAJE AL SIGLO XX:                      |     |
| I. Aires de familia y lugar             | 13  |
| II. La niñez, abanico abierto           | 37  |
| III. Mar de Motril                      | 53  |
| IV. Teatro, cinematógrafo, circo: magia | 63  |
| V. Viaje al siglo XX                    | 75  |
| VI. Corte y cortijo                     | 91  |
| VII. Miedos de Granada                  | 105 |
| VIII. ...y tristeza                     | 121 |
| IX. Ubeda solariega                     | 135 |
| X. "...y Rigel en Orión"                | 149 |
| XI. Mayorcito                           | 165 |
| XII. "Morirse es muy difícil"           | 181 |

## POSFACIO

*Melchor Fernández Almagro y los recuerdos de un tiempo perdido: su obra autobiográfica Viaje al Siglo XX*

por Amelina Correa Ramón

201

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO

# Viaje al siglo XX

SOCIEDAD DE ESTUDIOS Y PUBLICACIONES

1962

## PRÓLOGO

Mientras escribía mi Historia de la Regencia de doña María Cristina de Austria, respiraba la atmósfera de mi infancia. No es extraño, pues, que yo haya experimentado la necesidad sentimental de dar escape a esos recuerdos de mi vida incipiente, puramente personal y familiar, aunque no sin algún reflejo de la vida general, propiamente histórica. En casa se hablaba mucho de política o, como se decía entonces, de la «cosa pública», en un ambiente como de Episodios nacionales, y mi memoria tanto como mi curiosidad no pudieron por menos de sentirse estimuladas, en variedad de aspectos, ya que la literatura, el arte y la vida social eran objeto de la conversación de mis padres con parientes y amigos.

Por otra parte, yo percibía en las personas mayores el asombro que les causaban máquinas y artefactos realmente extraordinarios, puesto que a tanta admiración movían; pero a mí no me extrañaban más que otra cosa cualquiera de la vida cotidiana, por hallarme, claro es, como todo niño, en trance de continuo descubrimiento. Todo y nada me parecían novedad, empezando por las palabras y siguiendo, de detalle en detalle, según me los mostraban, las cosas que se me iban revelando, hasta el espectáculo maravilloso del ser vivo, de la calle, de la Naturaleza, de la Creación toda.

Un día vi cómo mi padre pasaba a manos de mi madre una carta que acababa de recibir; «Fíjate, escrita a máquina...» Invento curioso, pero que no podía inspirar mayor comentario a quienes estaban ya familiarizados con el teléfono, el telégrafo, el gramófono, la bombilla eléctrica... Días ulteriores reservaban la magia del cinematógrafo, el automóvil, el dirigible, el aeroplano; máquinas de una complicación muy superior a todas las anteriores y de las que ya empezaban a llegar noticias a Granada, que iban produciendo, sucesivamente, un pasmo anonadador. Todos quedaban, —quedarían— turulatos ante esos fantásticos inventos, y yo arreciaba en mis preguntas, impacientando, e incluso irritando, a algunos de mis parientes: «Este niño que todo lo quiere oír y todo lo quiere saber...» Me sentía en marcha hacia un mundo de mágicos mecanismos y gigantescos juguetes para personas mayores.

Verdaderamente, me atraían cosas que pasaban inadvertidas para casi todos los niños de mi edad. Lo digo nada ufano, más bien temeroso de hacer el ridículo al evocarme como un niño absurdo y repipiado, falsamente precoz. Lo que cuento es verdad. Puesto a inventar precocidades, las hubiese proyectado sobre un anecdotario de mayor porte.

Comoquiera que sea, son de muy varia índole mis recuerdos de la edad que, no por capricho, se suele llamar «dichosa» y que para mi lo fue, porque en su transcurso desperté a la conciencia de la vida, bajo el ala tutelar y amorosa de mis padres, muy jóvenes, aunque a mí no me lo pareciese: para ningún niño son jóvenes sus padres. Los míos, entre treinta y cuarenta años, tenían mucha vida por delante; presunción que, por desgracia, no se cumpliría en mi padre, muerto muy a poco. Mi madre vivió hasta los setenta y seis años en ejemplar identificación con la memoria de mi padre, y los dos le dieron a mi vida, con el ejemplo de las suyas, el puro y hondo perfume que no se extinguirá en tanto yo aliente.

VIAJE AL SIGLO XX

«Nuestros primeros años tiñen con la luz de sus olvidados recuerdos toda nuestra vida; recuerdos que, aun olvidados, siguen vivificándonos desde los soterraños de nuestro espíritu, como el sol que, sumergido en las aguas del Océano, las ilumina por reflejo del Cielo.»

**Unamuno**

«Quiero volver a la infancia  
y de la infancia a la sombra...»

**García Lorca**

«...et te premier soleil sur le premier matin».

**Péguy**

«...cansancio lento,  
con una monotonía  
de tiempo inmerso en mi tiempo,  
el que yo arrastro y me arrastra.»

**Jorge Guillén**

## AIRES DE FAMILIA Y LUGAR

En vísperas de la Pascua de Navidad de 1881 ó 1882, un muchacho alto y gallardo, de ojos azules, barbita rubia en punta, muy cuidadoso de su persona, iba en diligencia, desde Granada, donde estudiaba Derecho, a Albuñol, su pueblo natal, para pasar las vacaciones con su madre, viuda, y sus hermanos.

Ese mismo día, un caballero corpulento, de gesto imperioso y atractivo a la vez, gran bigote, bien portado, se dirigía, también desde Granada —pero arrancando de Ubeda— a Motril, donde tenía parientes e intereses, en coche propio, con su hija, una muchacha menuda y graciosa, de grandes y luminosos ojos negros.

La carretera de Granada a la costa se bifurcaba en la Venta de las Angustias, y los viajeros de la Alpujarra seguían su ruta hasta Orgiva en otro coche, que daba ahí por terminado su recorrido. Cada cual seguiría su viaje, Alpujarra adentro, como pudiera. El muchacho que estudiaba en Granada hizo las leguas que le separaban de Albuñol en el caballo enviado por su madre con el correspondiente espolique. El señor de Ubeda y su hija continuaron hasta Motril.

Todos los viajeros —en diligencia, en coche particular o en el carromato que transportaba el Correo y admitía viajeros a precio baratísimo— coincidían en la Venta de las Angustias, a la hora de almorzar, yendo; a la hora de cenar, volviendo, siquiera los más modestos se limitaran a un tentempié con un vaso de vinillo de la tierra. En esa Venta de las Angustias se conocieron el estudiante y la chica morena, al sentarse, en sillas contiguas, a la mesa redonda y pegar la hebra con una simpatía tan automática y eficazmente producida, que el casual encuentro condujo a un noviazgo que no tardó en formalizarse por vía epistolar; y si fue menester que pasaran cinco años para que los novios se convirtiesen en marido y mujer, no medió otra causa que la necesidad de esperar a que él, terminada la carrera, estimase llegado el momento de constituir familiar y hogar, a la vista de un buen bufete.

El estudiante de Derecho alpujarreño —que poco después pasó de Granada a Madrid para cursar el doctorado— se llamaba Ricardo Fernández Abril. La muchacha ubetense, Asunción Almagro Díaz. De su matrimonio, celebrado en San Nicolás, parroquia de Ubeda, nacieron cuatro hijos: Pilar, en Ubeda; Ricardo —que murió antes de cumplir un año—, en Motril; Melchor, en Granada, y Asunción, en Granada también.

Ese Melchor soy yo, que vine a este mundo el 4 de septiembre de 1893, en una casa de la calle de los Coches, donde mis padres se instalaron provisionalmente al trasladar su residencia de Motril a Granada. Me bautizó en San Matías un cura muy joven, Luciano Rivas, hermano de Natalio, parientes de mi padre. Lucianico —como mi padre le llamaba— era inteligente, virtuoso, guapo e instruido. Fue capellán de Reyes Católicos en Granada, arcediano de Córdoba, deán de Sevilla. Por dos veces rehusó la mitra episcopal que le fue ofrecida con vivo empeño. Tuvo que ponerse de rodillas para ser atendido en su modestia y humildad; santo varón.

Mis padres se casaron en Ubeda, porque allí tenía su casa mi abuelo materno. Papá Rafael había quedado viudo, y como casi todos sus hijos habían contraído ya matrimonio, no se quiso separar de su predilecta Asunción —la penúltima de aquellos— sino lo más tarde posible, y la retuvo junto a sí, con su marido, naturalmente —un hijo más—, viviendo, satisfecho y feliz, con ellos y su hija menor, Consejo, que permaneció soltera. Pero al año tuvo mi padre que instalarse en Motril para ultimar la testamentaría de don Martín Larios, a requerimientos de su viuda, Pilar León, luego marquesa de Squilache, muy amiga de mi familia desde su niñez en Granada, heredera ahora de cuantiosos bienes, algunos de ellos radicados allí, en Motril: una fábrica de azúcar y muchísimos marjales en la vega. Inició así mi padre el ejercicio de su profesión, hasta que poco después, a punto yo de nacer, abrió su despacho en Granada.

Había nacido mi padre de familia alpujarreña hidalga; hijo de don Juan de Dios Fernández Romero. Alcalde de Albuñol en los años de la Unión Liberal y algunos más, hombre de gran influencia en la región y de gran capacidad. Con la almendra y el vino de sus fincas hizo tres millones de reales de los de entonces; una fortuna allí —a mediados de siglo—, que hubiese sido mayor de no morir mi abuelo con poco más de cuarenta años. Cuando mucho tiempo después yo he estado en Albuñol, y me dijo algún viejo amigo de mi familia, señalando a los árboles de la plaza: «Los hizo plantar tu abuelo», sentí el orgullo de los esfuerzos rendidos en la pequeña escala que la circunstancia local permitía. Albuñol era un pueblo en terrible aislamiento por su situación entre montes ceñudos y el mar solo a la vista, en suplicio de Tántalo. Los barcos de pequeño cabotaje pasaban de largo, para fondear en Adra.

Albuñol gozaba de cierta vida, porque, cabeza de la región, tenía Audiencia de lo criminal y una imprenta —única en toda la Alpujarra—, donde en los años juveniles de mi padre su hermano Patricio, médico —con singulares dotes hip-

nóticas— y poeta, fundó un periodiquito, *La Alpujarra*, con Natalio Rivas, joven también de muchas aspiraciones.

Mi tío Patricio murió a poco, contagiado de una epidemia típica que él hubo de combatir con ejemplar heroísmo profesional. Ninguno de los hermanos de mi padre se avino al confinamiento que parecía imponerle la hostil situación geográfica. Todos estudiaron carreras universitarias, empezando por el primogénito, Francisco, que se licenció en Filosofía y Letras y luego se ordenó sacerdote, llevado de su vocación y gustoso de quedar así vinculado, con mayor espíritu de sacrificio, a la tutela de sus hermanos, huérfanos a corta edad. Juan de Dios, instalado en Madrid, fue procurador efectivo de la Real Casa y Patrimonio. Rafael, jurídico militar, llegó muy joven al generalato, y mereció, por su rectitud y lealtad, la confianza de Martínez Campos, que le llevó consigo a algunos de sus destinos. Era mi tío Rafael —único de los hermanos varones de mi padre que alcancé a conocer— hombre algo extravagante, de contradictorias dotes; espíritu viajero, de gran curiosidad intelectual, bastante raro, imprevisto en sus reacciones. Tenía una excelente biblioteca, y, en sus últimos años, se entretenía en revolver y confundir sus libros, con el paradójico empeño de no encontrar el que buscaba: «Así no lo encuentro y he pasado el rato mejor, tal vez, que leyéndolo. Ya he leído bastante...» Y era verdad, dada su cultura en las más variadas disciplinas. Su independencia de carácter era tal que, por no dejar su casa de Madrid, pidió el retiro cuando fue destinado de Auditor general a Barcelona. Tenía además mi padre tres hermanas, flores de santidad, que dedicaron su vida a cuidar de su hermano Francisco, el cura, que enfermó del corazón y tuvo que renunciar al excelente camino que le prometían sus dotes intelectuales y morales. Hasta tuvo que dejar la dirección del colegio de primera y segunda enseñanza que había fundado en Berja, con la noble pretensión de crear un órgano —no existía ninguno en la Alpujarra— de educación y cultura. Se sabía herido de muerte, y afrontaba santamente un súbito final. Natalio Rivas contaba la impresión causada en él por el grupo de mi tío Frasquito y sus tres hermanas, al volver, despaciosamente, del habitual paseo

a su Casería del Carmen; él, delante, rezando en su breviario, y detrás ellas; tres esforzados corazones de mujer al cuidado de un corazón adolecido, en virtual trance de muerte.

Mi abuela paterna, mujer de matronil belleza y acendrada fe religiosa, murió joven. Se llamaba Pilar de Abril y Muñoz, prima del teniente general don Juan Acosta y Muñoz, que fue ministro de la Guerra en la República de 1873, bajo la presidencia de Figueras. Participó en todas las guerras de su tiempo, reconoció la monarquía restaurada en Sagunto y halló compensación, ya viejo, a su continuo batallar, en la muelle presidencia del Casino de Madrid.

Mundo aparte aquel de la Alpujarra, de difícil acceso, aunque hermoso, por el Valle de Lecrín y el Haza del Lino; tierra quebrada en sierras, guájaras y ramblas, con espectral población de monfíes y soldados de don Juan de Austria; casi tangibles los fantasmas de Abén-Humeya en el indígena de abolengo morisco y el de don Diego Hurtado de Mendoza en el hidalgo de sangre castellana.

Era mi padre muy niño cuando Alarcón estuvo en Albuñol acompañando a don Federico Hoppe, candidato a la Diputación a Cortes por el distrito: candidato «cunero», pues el que allí movía los votos liberales —y no había otros—, don Juan Rivas, padre de Natalio, era el buen cacique que se daba por satisfecho con mandar, sin importarle un acta que le obligaría a ir a Madrid y que la endosaba a quien más le pudiera convenir. Tuvo otro hijo de mérito, Juan, buen escritor en *Seis tipos aéreos*; mejor pintor aún, formado en el estudio de Meissonnier, en París, y en el de Carlos Luis Ribera, en Madrid. Hasta que no pudo resistir el hondo llamamiento de la tierra natal y volvió a Albuñol, donde Alarcón, que le conoció en Roma, le reencontró de alcalde, y en Albuñol quedó para siempre. Mi padre recordaba haber visto a Alarcón en la plaza de Albuñol, atrayendo la curiosidad del vecindario por lo que supieran de él como escritor y periodista y por llegar con un político de campanillas, no porque tuviese aspecto de forastero. Era un

alpujarreño más. En las dos vertientes de Sierra Nevada se da el mismo tipo de moro vestido de cristiano.

Los Rodas era otra familia de las que, enlazada con los Fernández Abril por el apellido Craviotto, daban tono a Albuñol. Uno de ellos, Miguel, había sido ministro en el «Gobierno relámpago» del duque de Rivas, y amigo íntimo de Espronceda, al que ocultó en su cortijo «Los Navazos» —término de Murtas, creo— cuando se vio en la necesidad de esconderse en uno de sus azares conspiratorios. De una albuñolense, casada con un juez de Instrucción que fue allá, nació don Alberto Aguilera, el famoso alcalde de Madrid, y un extravagante pariente nuestro, el hidalgo don Andrés de Urizar, fue marido de doña Dolores Bermúdez de Castro y Díez, hermana del primer duque de Santa Lucía, marqués de Lema, a la que conoció en Jerez de la Frontera siendo oficial de Caballería. Cuando murió esta señora, en Granada, cuentan que el pomposo don Andrés dirigió a la familia el siguiente telegrama: «La blanca paloma ha subido al Cielo. La casa llena de condes y marqueses.» Trátase, sin duda, de una anécdota inventada, pero en el fondo verosímil, con la íntima realidad de las caricaturas, y no es otro el caso del también hidalgo bambollero, emparentado con nosotros por los Sánchez de Bustamante —línea de mi abuela materna—, don Pedro de Victoria y Ahumada. Hijo de militar, nació «a la orilla del Amazonas», como decía, ahuecando la voz. Y usando o abusando del margen que la distancia en el tiempo —redoblada por la del espacio— concede a las fantasías, don Pedro de Victoria contaba, por ejemplo, que le había quitado, sucesivamente, dos queridas a San Martín, el caudillo argentino. Y en fechas menos lejanas gozó de la confianza, según aseguraba, del emperador Francisco José de Austria, del que conservaba una magnífica escopeta de dos cañones que le había regalado. Se refería a Santa Teresa de Jesús llamándola «mi tía muy querida y admiradísima». Poseía algunos buenos cuadros en su casa solariega de Motril, llamada de la Palma, donde falleció, y en su testamento dispuso —él, tan jactancioso y huero— que su cadáver fuese inhumado en la fosa común. A juzgar por esos curiosos ejemplares y por otros como el también granadino

don Antonio Joaquín Afán de Ribera, tan pomposo en su inventado uniforme de jefe de bomberos, más ufano con él que con el de Caballero de Malta; o el famoso «Doctor Thebusem», consumado hablista, autoridad en filatelia y culinaria, Caballero de Santiago y Cartero mayor del Reino, y aquellos otros hidalgos —señores feudales decaídos— a quienes dio Pereda inolvidable estado literario; a juzgar por esos desnivelados caballeros, se podría pensar que llegó hasta los umbrales del siglo xx un tipo, con diversas características, del hidalgo extravagante, por lo general tocado de un quijotismo no ajeno a la deformación romántica.

Papá Rafael es el único de mis abuelos que yo he conocido, si bien no le recuerdo apenas, en imagen perdida —más que vaga, incompleta—, en la insuficiente memoria de un niño de tres años y pico. Veo su cabeza, muy erguida; un puro en la boca, una solapa de gabán de pieles. ¿Y por qué no la otra? ¿Por qué no el resto del cuerpo...? No sé; pero adolezco de visiones parciales, a trozos, como si la memoria gustase de recortar las figuras con tijeras caprichosas. Y no es extraño que, a pesar de eso, vea a mi abuelo dentro de mí perfectamente caracterizado, en su arrogancia de hombre que había sido guapo y murió más envejecido que viejo. Mi madre hablaba de él con sumo cariño, y los concordantes encomios que mi padre hacía de su suegro recalcaba los rasgos de un espíritu generoso y expansivo.

Papá Rafael era de Ubeda y se jactaba de que sus apellidos le situasen en el patriado de la ciudad. Era hijo de Francisco de Almagro y de la Cuadra y de Antonia de Campos y Aguilar. Se sentía especialmente inclinado a los Aguilares, que si conquistaron Jódar —decía—, supieron ser, años adelante, hombres de letras e ingenieros prestigiosos. Le halagaba llevar entre sus apellidos el de don Martín de la Cuadra, secretario de Fernando el Católico, y, sobre todo, se ufanaba de que por sus venas corriese la sangre del conquistador Diego de Almagro, el de Chile y el Perú, hombre denodado, y, por lo visto, con la infelicidad de no rematar sus empresas. Yo no me he decidido nunca a comprobar esa ascendencia por no

creer en el resultado favorable de mis investigaciones. Pero mi abuelo, y más aún que él, su padre —soñador en un posible ducado de Nueva Toledo—, lo creían a pies juntillas, y no sé cuál de los dos hizo labrar el escudo concedido por Carlos V a Diego de Almagro sobre el pilar que había en el patio de su casa, en la Corredera de Ubeda, viejo caserón con humos de solariego, que yo he conocido de niño y que luego otro dueño hubo de convertir en descolorida casa de pisos.

—«Todos los Almagras —cuentan que decía mi abuelo— somos como el Adelantado —así le nombraba—: valientes, inquietos, de difícil asiento, refractarios a toda tutela. Yo tampoco habría aguantado a Pizarro...», y lo decía como si hubiese tratado íntimamente a los dos conquistadores rivales. En cuanto al bastardo, Diego de Almagro el Mozo, héroe romántico, mi abuelo se enternecía:

«—Verdaderamente, los Almagro tienen el destino de malograrse...»

Yo sospecho que diría esto mi abuelo, sobre todo, cuando murió su hijo —único varón—, mi tío Melchor, en plenitud de edad y de ilusiones, a inmediata vista del banco azul. También parece que iba para ministro un don Juan Felipe Martínez Almagro, primo de mí bisabuelo, que fue subsecretario de Gobernación y regentó interinamente este departamento, del que era titular don Pedro José Pidal, bajo la presidencia de Istúriz. Pero esta sangre ya corría lejos.

Mi abuelo era muy niño cuando el romancesco general carlista Gómez hizo a través de toda Castilla la increíble correría que le permitió entrar en Ubeda y seguir adelante. Temían mis bisabuelos que por ser liberales fueran objeto de represalias, y procuraron quitarse de en medio no sé de qué manera; pero sí que escondieron al pequeño Rafael en la capilla, y que este, descontento de su desairado papel y travieso de suyo, no se sintió a gusto hasta que, sacando la cabeza entre unas cortinas, se desahogó, gritando: «¡Viva la Libertad! ¡Mueran los facciosos!»

La patrulla que practicaba el registro de la casa lo tomaron en broma, y todo acabó en un familiar pescozón. Buenas gentes aquellas de Gómez...

Toda Ubeda debió de quedar alarmada. Temía que un nuevo golpe de mano le diese resultado a otra nueva partida carlista, o a la misma de Gómez, que era de Torredonjimeno y sentía la atracción de su tierra, aspirando, seguramente, a dominarla. Mi bisabuelo Francisco, en previsión de verse forzado a abandonar Ubeda, enterró dinero y alhajas en lugar que él solo conocía. Llegado el momento de sentirse morir, se lo quiso revelar a sus hijos, y cuando le bajaban por la escalera, en un sillón, falleció sin tiempo de localizar el escondite. Lo que no se comprende es porqué no sacó antes él mismo su tesoro. Tesoro perdido, pues. Como tantos otros tesoros, o tesorillos, o figuración de tesoros, guardados para siempre en casas tocadas de leyenda.

Don Francisco de Almagro decidió que su hijo estudiase Derecho en la Universidad de Granada. Y allá fue el muchacho, instalándose en la fonda Minerva, en la plaza de los Lobos, donde tuvo a otro joven de su edad, Juan Valera, por compañero de hospedaje, no de estudios y lecturas —de eso mi abuelo, poquísimo—, sino de vida de sociedad, la que pudiera hacerse en aquella Granada retraída, quizá como siempre ensimismada en sus blasonadas casas o en sus cármenes. Pero ciudad también de puentes reales y simbólicos: entre siglos distantes; entre callejas misteriosas, que inspiraron a Gustavo Doré dibujos memorables: la Granada pintoresca de grandes señores y gitanas; de mujeres como las de otra cualquier ciudad andaluza, solo que con más misterio en la cisterna de sus ojos y un extraño resplandor lunar en la sonrisa, fulgurante y melancólica a la vez. El testimonio de Gautier y de Dumas convence más que los de Mesonero Romanos o Augusto Conte, el diplomático, de fidelidad notarial a lo que vieron. Granada era entonces poesía lírica mucho más que urbana realidad objetiva, y algo de esa Granada romántica alcanzamos todavía los niños del fin de siglo.

Mi abuelo corrió tantos riesgos en sus galanteos y amoríos, arrebatado por un obsesivo y precoz donjuanismo, que su padre, hombre práctico y sensato, de profundo sentido moral, consideró indispensable casarlo cuando advirtió que Rafael, en sus desconcertadas andanzas, había dado con una muchacha de discreción y virtud excepcionales, nada fea y muy graciosa, muy instruida, hija de uno de los abogados más prestigiosos y cultos de Granada, don Melchor Ignacio Díaz. No le fue difícil a los futuros consuegros llegar a un acuerdo por el cual sus hijos, sinceramente atraídos, contrajeron matrimonio, para que su amor se estabilizara antes de que en el corazón del novio se volatilizase. Rafael no había cumplido aún veinte años, y Conchita, la hija del letrado, contaba solo diecisiete.

Don Melchor Ignacio Díaz de Martos no era solo un hombre de toga, sino también de letras, y un estudioso de la Filosofía, por no llamarle filósofo, que sería demasiado, va que sus libros —*Arte de pensar e historia de la lógica. Elementos de ideología, Tratado del entendimiento humano*— eran expositivos de la filosofía aprendida en otros textos, en Destut-Tracy, singularmente, pero expuesto en prosa muy suya, clara y sencilla, como debió de ser su vida, equilibrada hasta el punto de no dejarse desnivelar por la tentación política, ya que la elocuencia de su palabra le podía haber hecho pensar en triunfos parlamentarios. Don Manuel de Seijas Lozano, ministro isabelino, casi paisano suyo —por ser de Almuñécar, y mi bisabuelo de Motril—, lo quiso llevar al Congreso, y don Melchor Ignacio, por no aceptar cargo alguno, rechazó incluso más de una vez el de decano del Colegio de Abogados. Debió de alterarse muchísimo cuando el infante don Sebastián Gabriel, de quien era abogado, le encomendó no sé qué gestión en París de suma confianza. A su vuelta, contaba y no acababa de contar sus impresiones de viajero aturdido en el París de Luis Felipe. Yo veo en mi bisabuelo un personaje de traza azoriniana. Con su bufete y sus intervenciones en la Academia granadina de Jurisprudencia, de la que fue fundador con don Ramón Crooke, tenía bastante. ¡Ah! Y con orientar, en socrático magisterio, a los jóvenes que deseaban aprender Filosofía o Derecho. Porque se dio la coincidencia de que frecuentaron el despa-

cho de don Melchor Ignacio, en épocas distintas, dos muchachos que representarían la Filosofía española del siglo XIX, en contrapuestas direcciones: don Juan Manuel Orti y Lara, que fue su pasante hasta que levantó el vuelo a Madrid, y don Francisco Giner de los Ríos, que le llegó un día con una carta de presentación de don Francisco de los Ríos Rosas —hermano de don Antonio—, compañero de don Melchor Ignacio en el Colegio de los Escolapios de Archidona, el más famoso por entonces de la Andalucía alta.

Por el retrato que le hizo Andrés Giuliani —un buen pintor italiano residente en Granada—, se ve que mi bisabuelo Melchor Ignacio era un hombre apacible e inteligente. La sonrisa y los ojos definían su indulgencia, ecuanimidad, agudeza... Componía versos en latín, dominaba el francés y leía el inglés. Casó con Joaquina de Gadea y Carmona-Tamariz, de antiguas familias granadinas. Tres Gadeas participaron, como buenos capitanes que eran, en el sitio y toma de Granada. De don Gonzalo, el hermano mayor, venían los Gadeas de mi abuela. Este don Gonzalo fue uno de los veinte Jurados que designaron los Reyes Católicos para componer el primer Cabildo de Granada. La tradición de armas propia de los Gadeas fue enriquecida luego con las letras de don Sebastián de Gadea y Oviedo, que escribió autos sacramentales muy celebrados. Los Tamarices procedían de Ecija y abundaron en caballeros de las Ordenes Militares y en frailes, como el dominico fray Remigio de Tamariz, amigo de Fernando de Herrera y poeta él mismo, a más de predicador de nota. Ninguno de tanto relieve como el padre jesuíta Francisco de Carmona-Tamariz, hermano de mi quinto abuelo por esa línea. En alguno de los inventarios formados a los efectos sucesorios, que conservo, figura un retrato al óleo del padre Tamariz, que no sé dónde habrá ido a parar. Escribió mucho de mística y ascética, en latín y en castellano, entre otras obras una *Meditación de la observación del silencio*, que a juzgar por el título, debe de ser interesante. Estos Tamarices acaudalados eran poseedores de un extenso pago en la vega de Granada, denominado con el apellido de sus dueños, y como una de las huertas allí enclavadas ha llegado a ser propiedad de la familia García Lorca, pienso que

debiera llamarse «del Tamariz» el libro admirable *Divan del Tamarit*, del pobre Federico.

Mi bisabuela Joaquina, nieta del último Tamariz, de Granada, con casa en la placeta de Santillana, dejó memoria de extremada caridad, pero su desprendimiento era de tan complicada naturaleza, con participación del sumo escrúpulo higiénico, que no manejaba el dinero sin calzarse los guantes, tanto le asqueaba, aun tratándose de oro. Murió muy joven, dejando en sus hijas muy conmovida memoria. Las dos se le parecían mucho: Concha, mi abuela, y Consejo, casada con su primo Fernando Díaz Quintana —tío Fernando el viejo—, rico motrileño que llegó a ser casi centenario, por lo que yo le alcancé en mi niñez, como a sus hermanos Antonio, igualmente longevo, padre de los Díaz Moreu, y Eduardo, de aspecto militar por su perilla y apostura, aunque nada tenía que ver con el Ejército. Tío Antonio se trasladó muy joven a Madrid. Fue hombre de acción, periodista, director de «El Correo autógrafo de España», conspirador en las revoluciones del 54 y del 68; espíritu muy inquieto. Según lo que cuentan de él, debió de ser muy parecido a Aviraneta, y llegado a la madurez, derivó a los negocios. Los tres hermanos eran la crónica viva de la familia. Mi abuela Concha y su hermana Consejo se querían en grado sumo, a juzgar por las cartas que se cruzaban asiduamente entre Ubeda y Motril: «Queridísima Consejo de toda mi vida», «Concha idolatrada»... Las fórmulas del romanticismo habían prendida en ellas, de seguro, sin literatura, de corazón a corazón. Se lo contaban todo, y con todo detalle, en sus cartas. Eran mujeres de muchas luces y muy buena sombra. Dones que heredó mi madre, dechado de ternura, inteligencia y gracejo.

Mi madre tenía que aconsonantar, literal y amorosamente, con mi padre, porque él era también sensible y abnegado, muy agudo, alma nobilísima; con valores morales ambos más que bastantes para superar las pruebas que la vida les reservaba. Si gustaba él de los libros, cualquiera que fuese su materia, mi madre le emulaba en el gusto por la poesía y la novela. Los dos sabían de memoria versos



*Mi madre, Asunción Almagro*

de Espronceda, de Bécquer, de Campoamor y aun de esos otros poetas menores como Selgas, Balart, Eusebio Blasco..., que tanto contribuían a dar el tono, predominante y persistente, a la poesía de la segunda mitad del siglo XIX. ¡Qué cálida onda de un gusto lejano me envuelve cuando recuerdo, mejor dicho, cuando en mi oído revive la música becqueriana de un poema de Eusebio Blasco muy del gusto de mi madre!:

En el fondo del mar nació la perla,  
en la alta roca la violeta azul,  
en las nubes las gotas del rocío,  
y en mis ensueños, tú.

Murió la perla en imperial corona,  
en búcaro gentil la mustia flor,  
en fragantes vapores el rocío...  
Y en tu memoria, yo.

Mi padre y mi madre leían y releían las novelas de Alarcón, Valera, Pereda, Galdós, la Pardo-Bazán..., y llegado el momento de aparecer Benavente en los escenarios, compitiendo —sin quererlo, probablemente— con el viejo Echegaray, mi padre prefería a éste. Mi madre a Benavente, pero no dejaba de recordar con fruición, sobre todo, un pasaje de *La esposa del vengador*: «Dio un grito y yo la miré; alzó sus ojos al cielo...»

Mi padre era aficionado a la caza y mi madre a la equitación. Montaba como expertísima amazona, lo que le complacía mucho a su padre, papá Rafael, tan amigo del caballo o poco menos como de la mujer. ¿A la manera de un moro? Quizá. Pero también como muchos cristianos.

Mi abuelo habría querido que yo llevase su nombre: Rafael. Pero se avino, de buen grado, a que me impusieran el de Melchor, su hijo, muerto unos meses antes de nacer yo y que había realzado, indudablemente, el nombre de pila de mayor tradición en la familia, por lo que todos encontraron muy justificada la decisión de mis padres.

—¡Ah, claro! Melchor, como su tío...

No había persona que dejase de hacer ese mismo comentario al saber que yo me llamaba Melchor, en efecto, como mi tío. Pero este, a su vez, como su abuelo materno, Melchor Ignacio, mi bisabuelo. Y este como su padre y la mayoría de sus ascendientes, según he podido comprobar remontando el curso de la sangre de los Díaz, un poco turbulenta, hasta llegar al Melchor más antiguo de que tengo noticia, capitán en Indias, a fines del siglo xvi, de los que contribuyeron, entre tantos y tantos, a la conquista y colonización de aquellas tierras, acerca de todo lo cual —referido, claro es, a su persona— escribió muy circunstanciada crónica. La familia —en un principio, Díaz de Bustamante— procedía del Valle de Toranzo, en Santander, y se estableció en Motril, después de intervenir en las guerras de Granada, para vivir en las tierras que le fueron repartidas y ejercer sobre ellas el poder económico y social de que luego serían exponentes la investidura del Alguacilazgo mayor de la ciudad, o la de regidores o familiares del Santo Oficio, en el antiguo régimen, y después la vara de alcalde o el acta de diputado o de senador.

Curioso tipo debió de ser don Antonio Díaz de Martos, hermano de mi bisabuelo, en vivísimo contraste con este, por tener aquel muchos más humos de señor feudal que luces de cultura, no aprovechando en el camino universitario que su padre le abriera al hacerle ingresar en el Colegio de San Bartolomé y Santiago, del que salió para pelear en la guerra de la Independencia. Muy apegado a su tierra, a sus tierras, gustoso, con íntima voluptuosidad de su dominio, don Antonio Díaz

no traspasó el cortísimo compás de Motril a la Garnatilla, cabeza de sus fincas rústicas. Por cierto que uno de sus colonos fue el padre de una niña, Antoñica, que haría famoso, en Madrid, su sobrenombre de tonadillera: «La Caramba».

Brava y resuelta gente esta de Motril, en varones como en hembras. Motrileño fue el cardenal Belluga, último prelado «a la jineta» en la batalla de Almansa, y motrileño el cura Aguayo, audaz promotor de una iglesia cismática, y motrileña la primera duquesa de Santoña, Mariquita Hernández, mujer tenaz en tanto grado como decidida y ambiciosa. Otro motrileño señaladísimo fue don Javier de Burgos, buen ministro de Isabel II y poeta distinguido. No ciertamente hombre de armas tomar, como la mayoría de sus paisanos, pero sí de carácter cuya entereza quedó siempre bien probada.

Fue muy dura y aventurera la casta de los Díaz, aunque no les faltase el matiz intelectual que le dieron algunos de ellos, sin detrimento de la enérgica fibra peculiar. Viajaron por todo el planeta, pidiendo ser destinados a Cuba o a Filipinas si les daba pie su carrera militar o civil. O se abandonaban, complaciéndose en ello, a su innato aventurerismo o pura vocación errante. Tomaban en Motril la diligencia o el barco para ir muy lejos, como si se tratase de una excursión en lancha a Calahonda. Mi madre hablaba de un tío de su abuelo, misionero en China, y de otro pariente que murió en Mozambique al frente de no sé qué negocio. Más cercano, su tío Pepe, el único de los hermanos Díaz Quintana, que murió joven, formó parte como oficial de Infantería del cuerpo expedicionario a Roma en socorro de Pío Nono y ejerció mandos diversos, como el de gobernador político-militar de la isla de Cebú, en Filipinas. Su hermano Antonio fue cónsul en Orán y el hijo de este, en Atenas. Me refiero a Luis Díaz Moreu, parlamentario y abogado de gran porvenir, especialista en cuestiones penales y penitenciarias: muerto a los treinta y seis años. Todos los parientes, cuando le recordaban, repetían una cuarteta de Salvador María Granés:

Como abogado da el opio  
y es de talento un portento.  
Digo, si tendrá talento  
cuando tiene coche propio.

Le dieron notoriedad un gran discurso, en el Congreso, defendiendo el proyecto de Ley del Jurado, y su informe en el Tribunal Supremo como abogado de la presunta autora del asesinato de la viuda del general Pierrard. Heredó a Luis en la representación parlamentaria de Motril, su hermano Emilio, íntimos amigos los dos de Canalejas. A mi tío Emilio, el aguerrido marino Díaz Moreu, le oí los cuentos que más me pudiesen interesar en mi niñez, porque se trataba de relatos vividos. Yo prefería esta clase de narraciones, aunque no dejaran de entretenerme los cuentos propiamente dichos.

—Cuéntame lo de la goleta «Animosa», en Sarangay. O lo del «Conde de Venadito»... O cuando te adelantastes a don Amadeo, siendo tú su ayudante y yendo los dos a caballo...

La intervención de aquel crucero en la guerra de Melilla, al mando de mi tío, había inspirado un pasodoble que popularizaron las bandas militares. Nada digo del marcadísimo interés con que oía yo, en conversaciones generales, cuanto tío Emilio solía contar cosas de la política por dentro, de los pronunciamientos y conspiraciones... Y con mucha mayor emoción en él, en sus oyentes y en mí, refería el combate naval de Santiago de Cuba. A más de diputado, fue senador y hacía un excelente papel en los debates parlamentarios.

Cuando murió mamá Concha, mi madre tenía catorce años. Por lo que mi madre, mis tías y las amigas que la alcanzaron contaban, se podría reconstruir a mamá Concha —con la ayuda de los retratos—, en su carácter de mujer agraciada y graciosa, más bien baja que alta, de sentimientos delicados, muy piadosa, incli-

nada a la lectura y a la música, de inteligencia tan sutil y suaves maneras que le permitían, sin alardes de autoridad, dominar el carácter impetuoso de mi abuelo, apartarle de sus galanteos, nunca graves, y vigilarle en sus despreocupados gastos, muy concretamente en su onerosa afición a los caballos. Hasta quince llegó papá Rafael a reunir en sus cuadras. Los tenía de todos los pelos, con marcada preferencia por los tordos para el tiro de sus coches. Bastaba que mi abuela le llamase «¡Rafaelico...!» para que él suspendiese el sigiloso trato en la puerta de la cochera, sin perjuicio de que el tratante volviera al día siguiente con su chalaño, si no era con el caballo mismo ya comprado. En la provincia de Jaén, como en la de Granada, eran famosos los coches, enganches y caballos de don Rafael de Almagro, quien utilizaba el tren lo menos posible. En coche iba a las ferias de Córdoba y Sevilla; con mucha frecuencia a Granada, desde su casa de Ubeda. Este último recorrido, por Jaén, constituía para papá Rafael un paseo familiar o punto menos.

Cuando Isabel II y el rey consorte visitaron Andalucía por primera vez, autoridades y gentes distinguidas de la provincia de Jaén los esperaron en las Correderas, a la entrada de Despeñaperros, a donde llegaron los reyes, en coche de caballos, desde Santa Cruz de Mudela, última estación del ferrocarril que por entonces se construía. A los efectos de la oportuna recepción y correlativos agasajos, a más de las exigencias del regio séquito que habría ahí de pernoctar, se levantó un vasto y lujoso campamento. Es fama que don Ignacio Sabater invirtió treinta mil duros en la erección y exorno de la regia tienda, y a esa escala costearon las suyas los demás grandes señores o que por tales se tenían, concurrentes a tan fastuoso recibimiento, entre solemnidad cortesana y romería popular, ya que no faltó multitud llegada de los pueblos serraniegos. Mi abuelo no podía dejar de ir y fue. En el desfile ante Doña Isabel y Don Francisco, mi abuelo, de varonil atractivo, y su primogénito, adolescente de gentil apostura, llamaron la atención de la reina que, dirigiéndose a papá Rafael y señalando a su hijo, exclamó: «De tal palo, tal astilla.»

Mi tío Melchor fue desde niño el orgullo de la familia y su ilusión, por su precoz inteligencia, facilidad de estudio y don de gentes. De tal suerte que no pudo ser motivo de sorpresa el que a los dieciocho años arrebatase con su elocuencia al público enfebrecido por la revolución de septiembre, congregado en un club de la calle de la Colcha, en Granada, ni que destacase con tal relieve en las Constituyentes del 73, que Castelar hubo de confiarle la subsecretaría de Estado. Contaba veintitrés años a la sazón y tan moderado llegó a ser su republicanismo, que Castelar halló en él un vivo estímulo para que el partido posibilista acabase por reconocer la Monarquía restaurada en Sagunto. Le llamaban «el republicano de guante blanco». Gustaba de hacer vida de sociedad y —hombre gallardo, elegante, ingenioso, de cálida palabra— ejercía donjuanesco hechizo sobre las mujeres. Llegado el momento de la incorporación al partido liberal, Melchor Almagro sería el nuevo ministro llamado a sellar, bajo la presidencia de Sagasta, el acuerdo de las dos fuerzas. Pero no pudo ser... Una pulmonía dio al traste con todo: vida, planes políticos, ilusiones personales.

Natalio Rivas oyó decir a Sagasta que, de no atravesarse la muerte, Melchor Almagro «hubiera sido probablemente el hombre político de mayor influencia en el porvenir de la Monarquía». Tiempo adelante, juicios análogos escuché a políticos que le alcanzaron: Romanones, Sánchez Guerra, García Prieto, Dato... Vázquez de Mella, que le había tratado mucho, me aseguró que el sentido político de Melchor Almagro, liberal y autoritario a la vez, le elevaba por encima de derechas e izquierdas. Hombre tan sereno y bien templado, no podía saber que, andando el tiempo, el menor de sus hijos sería víctima, en Granada, de un bando de nuestra guerra civil, y del otro bando, el nieto que llevaba precisamente el nombre de Melchor, caído heroicamente en el frente de Jaén.

A los pocos meses de fallecer mi tío, nació yo. Mi conciencia se fue abriendo al conocimiento de las cosas cuando persistía aún la emoción de muerte tan próxima y llorada. En las casas de toda la familia estaba el retrato de tío Melchor —barba

negra, mirada fogosa—, ocupando lugar preferente; en la que había sido su hogar, un medallón de bronce, obra de Querol, daba plasticidad a la memoria del eterno ausente, vivo en el corazón de su viuda, mi tía Pilar, bellísima y haz de virtudes, y de sus hijos Melchor, Pepe y Vicente, a quienes esperaba muy desigual destino. Parientes y amigos lloraban a Melchor Almagro por natural cariño y, sin duda, también por humano interés. Todos habrían subido a la vez que él. Aunque me fuese dando cuenta de lo que tío Melchor había sido y de lo que hubiese llegado a ser, quedé más convencido, por el mágico poder de la letra impresa, cuando, a los ocho o nueve años, leí el *Viaje a España*, de Amicis, que me dio mi padre en vista del efecto que *Corazón* me había producido. Por aquel libro cruza la figura de Melchor Almagro, muy joven, elegante, simpático, director de «La idea», conversando con Amicis a través del Albaicín, en animado diálogo.

Para mi abuelo debió de ser un golpe terrible la pérdida de su único hijo varón, con tanta vida cargada de promesas por delante. A papá Rafael le halagaba, de seguro, que su hijo fuese ministro, pero se envanecía al mismo tiempo de que varios sobrinos suyos ocupasen escaños en el Congreso o en el Senado, y no porque se constituyeran en oligarquía, sino porque cada uno de ellos, en virtud de méritos propios, había ganado personalidad. Tal es el caso ya referido de los Díaz Moreu y también el de los Villanovas, hijos de don José Genaro, opulento hombre de negocios, senador que fue por la Universidad de Granada —caso curioso y singular— sin ser catedrático, y de doña Dolores de la Cuadra, prima de mi abuelo, nacida en la isla de Wight por vivir allí su padre, antiguo diputado liberal, emigrado de España; Juan Villanova fue senador por Granada y su hermano Luis, diputado por Huéscar, distrito donde los de La Cuadra tenían decisiva influencia. Luis Villanova casó con una mujer de exquisito y cultivado espíritu, Isabel-Roma Rattazzi y Bonaparte-Wyse, biznieta de Luciano, el hermano más cualificado de Napoleón. Hablando con otros chicos, les dije un día, con una jactancia verdaderamente pueril, que Napoleón estaba en mi familia. Todavía oigo las carcajadas de aquellos niños. Pero yo, sin embargo, seguí pensando que si Napoleón tenía

un hermano, y su hermano una biznieta, y esa biznieta una hija, y esta se había casado con un primo de mi madre, la cosa no tenía nada de particular ni de increíble.

Los La Cuadra tenían tanta influencia en Huéscar que otro de ellos, su primo Pepe Carreño, fue también diputado por ese mismo distrito varias veces, derrotando en una de esas elecciones al candidato del Gobierno. Pepe Carreño es el hombre famoso de los chistes, que muchos creen personaje mítico o creación folklórica. José Carreño de La Cuadra fue gobernador civil, diputado a Cortes, director general... Y no llegó a más porque su gracia descarada, su vida bohemia y quizá también su tartamudez, acabaron por cerrarle el camino de la política. Yo le conocí siendo muy niño, en mi primer viaje con mis padres a Madrid. Veo y oigo a Carreño, de capa y chistera, rizado el bigote, tartajosa la dicción, chispeante la frase. Entre las muchas anécdotas que se le atribuyen quizá sea la de más entretela una que he oído contar multitud de veces, y es la siguiente: Teniendo Carreño que estoquear un becerro en una fiesta estudiantil, le pidió a un amigo suyo, gran aficionado, un manual de Tauromaquia y, al devolvérselo, le dijo: «Ya me sé el libro del torero; dame ahora el libro del toro.» Y es chistosa esta otra ocurrencia que recoge León y Castillo en *Mis tiempos*: A un figurón de Granada le fueron concedidos los honores de jefe superior de Administración Civil, con derecho a uniforme. «No te ocupes del espadín —le dijo Carreño—, yo te lo regalaré.» Pero pasaba el tiempo y Carreño no cumplía su promesa. Soñando con lucirse el día de la procesión de la Virgen de las Angustias, el fatuo señorón se impacientaba y llegó el día de tan esperada solemnidad sin recibir el espadín anunciado. ¿Tendría que renunciar el personaje a vestirse de uniforme? Carreño, consumando su juego con la vanidad de hombre tan pomposo, le hizo llegar este recado: «El armero no me ha enviado el espadín; pero te mando, por si te sirve, una escopeta.» Anécdota que hace gracia si nos situamos en aquella época de bromas pesadas y jocosa ociosidad. Es célebre su salida del salón de sesiones del Congreso, mientras hablaba el general Cassola: «¡Adiós, Aníbal!»

El distrito de Huéscar quedó en la familia durante muchos años. Heredó políticamente a Luis Villanova y a Pepe Carreño, el sobrino político de ambos, Pepe Morote —hermano de Luis, el periodista—, buen abogado, al que le convino mucho, en un principio, a los efectos del encasillado, el haber contraído matrimonio con una Barroeta Carreño. Cosa parecida ocurrió con el distrito de Motril, puesto que el heredero del acta que sucesivamente obtuvieron Luis y Emilio Díaz Moreu fue su sobrino y primo mío, Isidro Romero, auditor general de la Armada y magistrado del Tribunal Supremo, hombre buenísimo y leal como he conocido pocos.

Según he ido internándome en el conocimiento de nuestra historia política, se me ha mostrado cada vez más claramente la conveniencia de estudiar la representación parlamentaria, desde las primeras Cortes del régimen constitucional, a través de las familias que la obtuvieron y, probablemente, se llegaría a la conclusión de que los lazos de sangre operaron a este respecto con mucha mayor fuerza que los movimientos, no diré ideológicos, sino pura y simplemente de gobiernos y partidos, como si a la sucesión en el mandato electoral se acogiese la última de las vinculaciones familiares.

Los Almagros que hicieron política en Ubeda no pasaron de alcaldes y diputados provinciales. Mi tío Melchor prefirió actuar en Granada, por obvias razones de bufete y porvenir político, y en Granada hubo de constituir su hogar. Ya había fallecido mi tío Melchor cuando su primo Blas Aguilar fue elegido diputado a Cortes por Ubeda, de filiación conservadora. Hombre, mi tío Blas, que parecía nacido para hacer favores, gozándose en el servicio a los demás; era ese pariente de buenísima condición que solían tener en Madrid las familias de provincias «estilo Restauración» o «Regencia» y al que todos le pedían papeletas para la tribuna del Congreso o para ver las Caballerizas y la Armería Real y butacas de este o aquel periódico para asistir al teatro. Mi tío Blas era alto funcionario del Senado y redactor palatino de «La Correspondencia de España», personalmente muy afecto a la

reina María Cristina: «la augusta Señora», como él la nombraba siempre, no ya en sus crónicas de Palacio, sino también hablando en familia.

«Yo tengo una minoría en las Cortes», cuentan que decía papá Rafael, humorísticamente. La verdad es que sus parientes no eran diputados o senadores todos a la vez. Pero también es cierto que mi abuelo disfrutaba de cariñoso ascendiente sobre ellos y que conseguía colocar a los que solicitaban su mediación cerca del hijo o sobrino influyente, gozando lo indecible en mandarle una credencial de cartero a uno o la orden de concesión de un estado a otro.

En la familia de mi madre, el concepto del parentesco era amplísimo. Por mucho que se alejasen las ramas del tronco, todos se trataban de tíos, primos o sobrinos, tendencia fomentada por mi abuelo, afectivo de suyo, abierta su casa a todos, y no concebía que uno de ellos llegase a una ciudad en que viviera un pariente y no se hospedase en su casa. Papá Rafael predicaba con el ejemplo, y así todos le querían y le respetaban cómo a un patriarca. No importaba que los parientes, próximos o lejanos, para reconocerse como tales, tuvieran posición o no, pues en dar efectividad al afectuoso y mutuo trato no mediaban razones de vanidad o de bajo interés. Recuerdo que una vez, yendo con mi madre, en Granada, de compras por el Zacatín, nos paró un tipejo de mal aspecto, muy derrotado. Mi madre no le mostró ningún despego, le dio unos duros y, al separarse de nosotros, me dijo:

—Es un primo lejano mío; sus malas costumbres lo han llevado a esa situación tan triste. No olvides la lección. Pero si te lo encuentras, dale algo, no evites el saludo; al fin y al cabo, es pariente nuestro.





## LA NIÑEZ, ABANICO ABIERTO

Tres años y medio tenía yo cuando murió mi abuelo, y recuerdo la congoja de mi madre, la inquietud de mi padre, el movimiento extraordinario en casa, cuando llegó la noticia de que papá Rafael estaba gravísimo. Mis padres se dispusieron a marchar a Ubeda inmediatamente. No me lo ha contado nadie. Es este, de seguro, mi primer recuerdo bien contorneado.

Morir, desaparecer para siempre... ¿Cómo adquiere el niño esa noción de que las personas que le rodean, queridas o no, pueden irse, se van a otra parte de la que no se vuelve? ¿Ha preguntado algún niño qué es la muerte? ¿Qué rara luz estremecedora ilumina esa palabra «muerte» que acaso baste por sí sola para descubrir su sentido? ¿Qué dolor, qué impresión de ausencia, puede experimentar el niño, ajeno a toda distinción de vida y muerte, sin memoria ni conciencia aún? ¿Qué primera semilla de pena, de angustia, de nostalgia sin motivo cae en el corazón del niño, para producirle, tiempo después, el dolor por la muerte de un ser apenas entrevisto, hombre lejano, espectral: una especie rarísima de pena retroactiva?

Recuerdo, sí, la consternación de que yo fui partícipe en el grado inseguro que correspondía a mi incipiente sensibilidad. Recuerdo los besos de mi madre al marchar, dejándome sus lágrimas en las mejillas. Yo quedé impresionado por algo como un desgajamiento de mi ser. ¿Dolor, tristeza, desazón...? Mi memoria es muy discontinua en las imágenes que ahora me devuelve, a una distancia no

sé hasta qué punto real. Me veo trasladado con mi hermana a la casa de nuestra tía Pilar, la antigua casa de tío Melchor, en la calle del Aguila. Tía Pilar se fue también a Ubeda, con su hermano Pepe. Me veo en una habitación de esa casa, con vistas al jardín; recuerdo un cuadro que representaba un imponente guerrero, de tamaño natural, y unas tazas de reflejos cobrizos sobre una mesita de la que colgaba una cenefa de madroños. Y veo a uno de mis primos —¿Melchor, Pepe, Vicente...?— dándome, para que me entretuviese, los juguetes que ellos, mayores que yo, habían abandonado ya. Marcharon también a Ubeda tía Joaquina y tío Pepe. Y recuerdo a sus hijas —Conchita, Pepita, Anita— con lazos negros. No sé cuánto tardaría yo en darme cuenta de los preciosos ojos de las tres, de su cutis, entre flor y porcelana. Sus hermanos, mis primos Rafael y Joaquín, me darían pronto esa impresión desconcertante de los «mayores»: ¡qué cosas sabrán ya de la vida...!

«Se ha muerto papá Rafael...» Yo sentí, presentí, que me faltarían caricias, caramelos... Y veo a mi madre en un aire de inciertas luces, a su vuelta, con un velo negro el borde de la falda, esto es, hasta el suelo, y la oigo decir: «Niños, no os asoméis al balcón...» Media puerta de la casa, cerrada. Los postigos de balcones y ventanas, entornados. Muchas visitas, muchas. Y tal vez fuesen misas por mi abuelo las que se celebraron en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús la mañana en que mi madre me llevó por callejuelas que serpeaban entre casas que se demolían y algunas que se iban construyendo, dándome los hombres que andaban muy arriba, sobre tablas, entre palos, impresión parecida a los del circo, tal vez porque no se caían... ¿Por qué los albañiles no preferían ser acróbatas, alambristas, titiriteros...? Estaba naciendo la Gran Vía de Colón.

La pena de mi madre debió de calar muy hondo en mi espíritu, puesto que la memoria se me anticipó, dando cierta fijeza a los recuerdos de esos días, polarizados en la muerte de mi abuelo y dejando perder los demás en la sombra, quizá penumbra ya, de esos primeros años, para que de esta suerte el precoz y singular

recuerdo perennizase la filial condolencia. Algún tiempo habría ya pasado cuando vuelvo a ver a mi madre, vestida de gris, con una mano en su manguito y la otra cogida a la mía, por la carrera del Genil, camino de la iglesia de la Virgen de las Angustias, para rezar una Salve. Como otros días subíamos a San Nicolás o a San Luis, en el Albaicín, o íbamos a la Magdalena, en busca de San Blas, abogado de los enfermos de pecho y garganta.

¿Qué efecto me causaba, desde la plaza de San Nicolás, el panorama del Generalife, de la Alhambra, la Vega, Sierra Nevada? Me figuro que sorpresa, no. «En Granada basta con subirse a una silla para ver un paisaje», decía Matías Méndez. Y era en San Luis, en la setena de los «reviernes», donde me invadía una emoción religiosa de la que ya me daba perfecta cuenta. Seguramente que en otras iglesias mis sentidos experimentarían idéntica impresión, producida por el alarde litúrgico de música, incienso, canto, luces, casullas. Pero esta emoción la guarda mi memoria referida precisamente a San Luis, quizá por la intimidad de iglesia tan recogida, porque allí oí un fervorín: «Yo soy feliz, yo nada anhelo...», que me conmovió mucho, y porque una tarde, al entrar por otra puerta, descubrí un jardincillo de muchas flores: rosas, celindas, lirios..., y la sacristía materialmente cubierta de pequeñas cornucopias. «En casa tenemos una igual, pero solo una», pensé.

Yo iba contentísimo a donde mi padre, o mi madre, o juntos los dos, me llevasen, sin tener que sentirme dócil. Espontáneamente lo aceptaba yo todo, viniese de donde viniera la indicación, no ya por la obediencia debida a mis padres, sino por la confianza que me inspiraban las personas mayores. Nada malo me habrían de mandar o aconsejar.

«El día que resistas a algo que te digan, te haré un regalo», solía decirme tío Fernando —«el joven»—, que tenía fama de haberse divertido mucho. Bailaba muy bien el vals *Boston* y era un gran cazador. Hacía, además, juegos de manos, como en el circo. Se había educado en Gibraltar. Yo le admiraba mucho.

Hacia ese mismo tiempo veo a mi padre, conmigo en brazos, balanceándome, sobre un artefacto de madera y cristal:

—¡Que te meto ahí...!

Estábamos en una habitación de casa para mí desconocida, que llamaban «colegio», pero que no lo parecía, aunque colgasen de las paredes mapas, cuadros de pesas y medidas, un encerado. Yo había entrevisto ya, al pasar por la calle de Ballesteros, el colegio del Patriarca San José, por cuyas ventanas salía, cantada, la tabla de multiplicar. «Cinco por cinco, veinticinco...» O las provincias del Reino de Galicia: «La Coruña, Pontevedra...» O la oración final de la clase: «Os damos gracias, Señor...» Pero aquel colegio donde mi padre me tomó en brazos para hacer como que me metía en la urna extrañísima, puesta sobre una mesa en la que acababan de almorzar unos cuantos hombres, era un colegio, indudablemente, de otra clase. Los bancos habían sido retirados, unos junto a otros, a lo largo de una pared, y a poco empezaron a desfilar hombres de muy distintas cataduras, con un papelito doblado en la mano que otro señor tomaba e introducía en el artefacto aquel. Había mucha gente en pie que entraba y salía; más gente a la puerta de tan ruidoso local, porque todos, los de dentro y los de fuera, hablaban a gritos, y cuando un grupo de esa gente dejó en casa a mi padre, con reiteradas y zalame-ras muestras de afecto, me enteré de que aquel colegio donde no había más niño que yo, entre tantas personas mayores, era para que mi padre saliese concejal por el distrito de San José. Y supe también que los concejales se encargaban de que las calles estuviesen limpias y de que hubiese guardias para que los borrachos no alborotaran demasiado.

Parece extraño que mi padre me llevase consigo a un colegio electoral, y yo mismo me he preguntado alguna vez cómo podía ser así. Pero aquella misma tarde oí decirle a mi padre que todo iba como una seda, y que don Romualdo, su ene-



*Mi padre, Ricardo Fernández Abril*  
(Retrato al óleo, por Juan Rivas)

migo en aquella contienda, no había dado suelta a sus «leones», como amenazó la víspera.

Don Romualdo era republicano y ebanista. Mi padre, liberal, de Moret, y muy popular en todo Granada, por lo que en aquella elección nadie se pegó con nadie ni hubo necesidad de comprar ni un solo voto, según yo fui oyendo a unos y a otros, en un ambiente de tal familiaridad, que el recorrido de aquellos colegios por las cuevas del Albaicín era un paseo como el que tantas mañanas daba también con mi padre, y a tono con su criterio de que los niños debían ir conociendo las cosas de la vida que pudieran o debieran verse.

—Hay que abrir el abanico de la vida al niño, que luego el tiempo se encargará de ir cerrando el varillaje.

El *Juanito*, que en mi niñez era el libro de lectura infantil más difundido en colegios y escuelas, ha desacreditado el tipo del padre que todo lo sabe y todo lo enseña a su hijo, haciéndole enojosa su conversación a fuerza de instruirle, a todo evento, lo mismo en el respeto a las peras del huerto ajeno que en la pretendida técnica, con rousseauniana pedertería, de cualquier oficio manual. Mi padre me hablaba de lo que buenamente se le ocurría y pudiera interesarme. No tendría yo más de siete años y me encantaba oírle leer en voz alta alguna página de *El criterio*, de Balmes, o parrafadas de aquellas en que Castelar canta a España, haciendo tan emotivo su énfasis retórico. O leía yo por mi cuenta los libros que mi padre o mi madre me daban, como *De Madrid a Nápoles*, de Alarcón, algunos volúmenes de la primera serie de los *Episodios nacionales*, las *Leyendas*, de Bécquer... Y, sobre todo, recuerdo el sumo encanto de los *Cuentos de la Alhambra*, de Washington Irving. Durante muchos días estuve intrigado por el misterio que pudieran ocultar las habitaciones, en el ala derecha del palacio árabe, a que se refiere Washington y en las que él logró entrar con las llaves que le proporcionó doña Antonia, su patrona, saliendo desencantado. Ni misterio, ni encantamiento, ni secreto, ni

nada: salones desiertos, altos de techo, silenciosos, desmantelados... Pero ¿y si yo lograra entrar...? ¿Es que los misterios se revelan a todos por igual...? ¿No había niños, como los de Amicis, capaces de aventuras y de arranques como el ir de los Apeninos a los Andes, a que las personas mayores no se decidían...? ¿Por qué no sería un niño el que descubriera el misterio de la Alhambra...?

Para todo lo que fuese precisamente estudio o enseñanza, tuve un profesor que iba por las mañanas a casa, don Gabriel, pequeño y encogido, con algo de sacristán. El fue quien me enseñó a leer y a escribir, y más tarde me fue explicando Gramática, Geografía, Aritmética, Historia Natural... La otra Historia, no la de los animales y plantas, sino la de los hombres, la verdadera Historia, la que mi padre me hacía vislumbrar en el fondo de sus relatos —le recuerdo, sentado conmigo, frente al pilar de Carlos V, hablándome de la Reconquista—, esa Historia vendría después, según sus planes, con más Aritmética —¡qué horror de Aritmética!— y Geometría, y Física... Esto suponía el colegio a plazo corto, con un desagrado enorme por mi parte.

Mis amigos, los que ya iban a este o aquel colegio, me contaban que en la hora de asueto jugaban a las bolas o al toro; que el maestro o los pasantes daban correaos sobre las palmas de las manos abiertas, tendidas precisamente para eso; que la lección se aprendía de memoria hasta donde marcaban los pasantes, con lápiz, una cruz u otra señal; que al desaplicado o desobediente le ponían de rodillas y, si merecía mayor castigo, con orejas de burro, además; que todos los niños chupaban no sé qué producto correoso llamado «palodús»... ¡Ah! Y que un colegio llamado «Academia Pestalozzi» habían tenido que cerrarlo por malos tratos a los niños. En otro colegio se dividían los niños, para emularse, en dos bandos, cartagineses y romanos. Los que me contaban esto último, no sabían qué quería decir romano ni cartaginés. No me satisfacía, y aun me disgustaba, esa perspectiva de colegial, consolándome el que se retrasaba de día en día eso de ir al colegio, porque mis padres mismos no acababan de convencerse. ¡Qué espanto de colegio!

Colegio: problema planteado en casa de solución demorada. Colegio: palabra horrenda. Pero he aquí otra palabra que oía sonar y resonar en la tertulia de casa, como un viento que todo lo sacudiera y de la que se apoderaron los niños más adelantados para llamarse de otra manera, en sus juegos de policías y ladrones, de cristianos y de moros, de cartagineses y romanos. Ahora jugaban a españoles e insurrectos o yanquis. Porque la palabra sobrevenida, para mí, fulminantemente, era esta: «Cuba.» Seguramente que se hablaría también de Filipinas; pero yo no oía otra cosa que Cuba.

—¿Cuándo se llevan a Salvador para Cuba...?

—¿Le tocará a Pepe ir a Cuba...?

—¿Estará ya Emilio en Santiago de Cuba...?

Salvador, soldado de Infantería, era criado de mi abuelo, y su marcha a Cuba con un batallón del Regimiento de Córdoba se pierde en lejanas brumas, de las que solo emergen, con referencia a ese momento o a otros ulteriores, el bullicio de las calles y las notas de color —rojo y amarillo, de seguro— en colgaduras y banderas, en botoncitos, lazos, cintas, escarapelas, moñas, en el pecho o en la cabeza de las mujeres y en la solapa de los hombres. Yo no podía vincular, naturalmente, los colores a nada que no fuesen los colores mismos, pero no me di por contento cuando mi madre, cediendo a mis deseos que podían derivar en barraquera, prendió en mi trajecillo de marinero un lazo azul o verde. No sé. Pero ni rojo ni amarillo.

—No; no, de los mismos colores que los demás...

Son los recuerdos de familia clavitos que dejan bien fijos en la memoria sucesos que de otra suerte resbalarían sin dejar ni la más leve huella. Por el concierto que

la banda del Regimiento de Córdoba dedicó a mi tío Pepe Corral, ascendido a coronel, y por el comentario de toda mi familia a la arenga de mi primo Melchor, ya adolescente, a una de las manifestaciones patrióticas de aquellos días, desde un balcón de *El defensor de Granada*, me es dado revivir la emoción de las guerras de Ultramar, en tenues resonancias de lejanos compases de marcha militar; la de *Cádiz*, seguramente. Y para adquirir, a su vaga e indirecta manera, la emoción del desastre final, coincidió la noticia de que tío Emilio había salvado la vida en un combate, con el nacimiento de mi hermana Asunción. No dejé de notar que en ese día mismo no vi a mi madre y que mi padre puso marcadísimo empeño en que nos llevasen a mi hermana Pilar y a mí a casa de tía Joaquina. Cuando volvimos, al día siguiente quizá, supe la gran novedad de que una hermanita había llegado de París, ¡Qué dramático destino de enfermedad mental mecía su cuna, con mano invisible!

No me acostumbraba a la falta de Salvador, con el que algunas tardes me mandaba mi madre a los Jardinillos.

—¿Cuándo volverá Salvador...?

—Pero ¿no sabes que Cuba está muy lejos...?

No podría Salvador volver tan pronto de Cuba. Ni más tarde tampoco volvería. El machete de un mambí acabó con el pobre Salvador.

Mi tío Pepe, muy gallardo, tanto como cariñoso, tenía el pelo rizado y unas manos muy cuidadas. Su mujer, tía Joaquina, era muy lista y todo corazón. Recuerdo a tío Pepe con su guerrera, cruzada de agremanes, de botón a botón, y muchas medallas o placas sobre el pecho.

Más tarde supe que había ganado la mayor parte de sus ascensos por méritos de guerra, y ya no dejaron de caer sobre él mis consabidas preguntas:

—¿Qué fue la guerra carlista...? ¿Por dónde cae el Maestrazgo...?

«Este niño no pregunta cosas de niño», decía, no mi tío Pepe, que jamás se impacientaba, sino otro pariente, temeroso, sin duda, de que pudiera preguntarle algo que él no supiera.

Mi padre, como tenía que figurar con el Ayuntamiento en las procesiones y subir al Sacromonte el día de San Cecilio, aparte otras ceremonias, se vestía de frac con cierta frecuencia y nos gustaba verle tan arrogante, contento siempre, gozoso de su popularidad, a la derecha del alcalde, por ser uno de los tenientes de alcalde, en los desfiles oficiales. Mi hermana Pilar temía que alguna vez mi padre tremolara el pendón de Castilla desde el balcón del Ayuntamiento, según práctica tradicional del 2 de enero: «¡Granada!» «¡Granada...!»; había que empezar por gritar, chistera en mano, y la muchedumbre reunida en la plaza del Carmen contestaba «¿Qué... » en tono de broma. En la misma histórica fecha era de rigor asistir a la representación de una antiquísima comedia de moros y cristianos, *La toma de Granada*, atribuida a Felipe IV, que zurció varios romances y compuso algunos de añadidura, como también Tamayo y Baus, añadió una tirada de versos: «Inclitos reyes de la patria mía...» Hacían reír las gracias de Angulema y Calabaza, así como el público se llamaba a la parte en el reto del moro *Tarfe* y declamaba a la vez que Garcilaso la vehemente respuesta:

La Virgen pones impío  
de tu caballo al codón.  
Yo pondré tu corazón  
bajo los cascos del mío...

Los niños no podíamos darnos cuenta de que muchos de los palcos y plateas estaban ocupados por descendientes de los conquistadores, caballeros maestran-tes de romancescos apellidos. Si lo hubiésemos sabido, los habríamos abuchea-do por no aceptar el desafío a que Tarfe les retaba:

Salga el Conde de Cabra,  
salga Pérez del Pulgar...

Un día nos dijo mi madre:

—A papá lo van a hacer alcalde.

—¡Qué alegría...!

—Sí, pero nos va a costar mucho dinero. Esos cargos imponen grandes gastos y, además, papá tendrá que desentenderse del bufete.

Fueron aquellos días de inquietud, de grata inquietud, y de mucho trajín, porque mis padres pensaban dar una fiesta en casa con ese motivo. Pero una tarde llegó mi padre dándole a mamá una noticia, sin concederle grande importancia, pero sí algo contrariado:

—Ha caído Sagasta.

—Gracias a Dios —apostilló mi madre—. Ya no hay para mí preocupación...

Me parece que nadie estuvo enfermo en casa durante esos años de mi niñez. Al-gún catarro: cataplasma. Alguna infeccioncilla: purga de ricino o agua de Loeches. En ocasión más alarmante: quinina, en un frasco muy ancho de cristal azul. A veces, el termómetro, en el sobaco o en la ingle: «No es nada, unas decimillas»,

solía decir mi madre. En seguida, acción de gracias. «Dios te salve, María...» Sin embargo, casi todos los días pasaba por nuestra casa un médico, don Eduardo García Duarte, muy viejo, alto, con bigote de guías caídas, enjuto, apergaminado, amarillento como si se hubiese desprendido de su cartulina alguno de los viejos parientes cuyo retrato conservábamos en un álbum, cobrando cuerpo y vida para andar por el mundo. Para mí era como un nuevo abuelo que me daba caramelos y me pellizcaba el carrillo. Otros días nos visitaba su hijo Rafael, elegantón y perfumado, rizada la barba negra y partida la engomada cabellera por una raya en medio que le llegaba hasta la nuca. No se le caía de los labios una pipa aparatósima, con un puro de pie como las velas en los brazos de un candelabro. Los dos eran republicanos, y tanto el uno como el otro hablaban con mi padre de política, refiriéndose a cuestiones que yo no podía entender. Pero el vocabulario se me iba quedando y no desesperaba de aclarar poco a poco el sentido de cada palabra: conspiración, mitin, Cortes, huelga, derechas, izquierdas, socialismo, concordato, disidencia... Pero nada se me pegaba tanto al oído como los nombres propios. Silvela, Sagasta, Moret, Weyler... («Uveyler», decían algunos) me sonaban a cosa familiar. Quizá más que ninguno Martínez Campos. «Cuando estuvo Martínez Campos en Motril y almorzó en casa...», oía contar a mi padre.

Alguna que otra vez visitaba a mi madre Angelita Losada, a la que llamaban impropriadamente condesa de Gavia, pues si su padre había sido conde de ese título y su hermano lo era entonces, ella no lo fue jamás. Angelita Losada, visita que mi madre heredó de mi abuelo, su contemporáneo, hablaba de lejanas gentes de Ubeda, de Jaén, de Córdoba, de Granada misma, que mi madre había conocido de niña o de referencias, y por eso la entretenía más la evocación, y de otras personas más próximas y aún actuales: las Lienores, las Dávilas, los Calvaches, los Medinillas, las Messías, Luisa Villalobos... Me parecía, oyendo conversar a Angelita Losada y a mi madre, que estaban leyendo una novela de la que yo no quería perder ni un solo párrafo. Nunca vi, hasta conocer a Angelita Losada, una mujer tan pintada y que fumase como los hombres. Vivía cerca de casa, en la misma

calle de Jesús y María. Nosotros, en casa muy bonita, pintada de azul con cierre de cristales, cancela y patio de mármol, esquina a Ballesteros. Ella, en una casa solariega, un palacio, con entrada por la plaza de los Girones. Y aunque no mediaba más que unos cuantos metros, Angelita dejaba a la puerta de casa el coche para volverlo a tomar. En el coche, la esperaban dos, tres, quizá cuatro perros, muy quietecitos bajo su manta.

Por fin, al colegio. Mis padres prefirieron el del Patriarca San José por ser el mejor de Granada; pero yo creo que también por hallarse situado a un paso de casa. Me impuso cierto pavor el patio con profusión de poleas, pesas, paralelas, trapecios... Quizá no fuese tan numeroso el material de gimnasia como me pareció en aquel momento. Pero bastaba y sobraba para que yo me alarmase.

Una cosa era que a mí me gustase ir al circo y otra muy diferente que me obligaran a hacer títeres. Pero no tardé en tranquilizarme, porque me dijeron que no se daba clase de gimnasia, y que todos aquellos aparatos no servían más que para adornar el patio y por si algún niño —posibilidad remotísima— quería hacer pruebas de su agilidad y fuerza, por si estudiaba luego para militar. Me fui convenciendo de que en el colegio imperaba un régimen familiar. Por ello, tal vez, le llamaban todos «don Pepe» al director y dueño don José Rodríguez Aguilera, hombre buenísimo. Su hijo, de mi edad, era un niño más, y su hija, algo menor, Clotildica, alternaba con todos nosotros en las horas de asueto.

Como yo sabía ya algo más que los párvulos, me puso don Pepe en la «clase elemental», y muy a poco en la «superior». El peor rato que yo pasaba era cuando tenía que salir a la pizarra para hacer números o dibujar alguna figura geométrica. La tiza me inspiraba incluso física repulsión. En cambio, me lucía diciendo de corrido, uno por uno, los nombres de los reyes godos: «Ataúlfo, Sigerico, Walía»..., y experimentaba una satisfacción verdaderamente excepcional en la lectura de las *Poesías selectas castellanas*, recopiladas por don José Aguilera —abuelo de

don Pepe—, maestro también, siempre que no se tratase de *Las naves de Cortés destruidas*, por don Nicolás Fernández de Moratín. Mi emoción llegaba al máximo con *Noche oscura del alma*, de San Juan de la Cruz, y mi gusto de lector, descendiendo muchísimo, hasta aceptaba aquello de «Yo vi sobre un tomillo —quejarse del pajarillo», de don Esteban Manuel de Villegas. Todo menos «Las naves...»

Don Pepe, en sus frecuentes admoniciones a los niños de tan abigarrada clase —unos, hijos de familia distinguida, cogollo de Granada, y otros, de gente baja, aunque no pobre, con puestos en la «plaza» y en la pescadería— solía decirnos:

—«A ver si estudiáis más, si sois buenos y juiciosos. Bien podíais seguir el ejemplo de Américo Castro Quesada, que ha sacado todos los premios en la Universidad.»

No me iba tan mal en el colegio como yo temía, ni mucho menos. Con todo, mi mejor rato era el de salir. Esperaba que sonasen las campanadas de las cinco como una verdadera liberación. Una tarde me acompañaron hasta casa cinco o seis chicos a quienes había yo prometido repartirles algunos juguetes que me sobraban: más bien era que no sabía qué hacer con ellos. Les regalé, entre otros, una escopetilla con sus fulminantes y una cuadrilla de toreros de cartón, con sus picadores, su toro, sus monosabios y todo. Uno de los niños entre quienes distribuí esos juguetes me correspondió con los cuentos de Calleja que me faltaban para completar la colección. Deliciosos cuentos de Calleja, tan variados, rápidos y claros.

Yo me quedé con estampas y cromos, con una caja de soldados de plomo, un juego de «arquitecto» —cubos de madera, algún cono y otras piezas geométricas— y un teatrillo en el que representaba algunas escenas del «Tenorio», con personajes de papel pegado a un cartón que recortaba con su silueta. Un taco

de madera las mantenía de pie y un largo alambre clavado en el taco permitía moverlos sobre el escenario.

Mi compañero de juego en esto del teatrillo era Miguel Gómez de Roda, hijo de Gómez Tortosa, ingeniero militar que había estado en Cuba y de Araceli de Roda, muy amigos de mis padres, con quienes jugaban al tresillo en las noches de invierno, así como en las de verano subían a la Alhambra para comer en Siete Sueños. Miguelito murió no mucho después. ¿Qué efecto me produjo su muerte... El hombre, párvulo o adulto, tarda mucho en advertir que la muerte también puede venir por uno cualquier día.





## MAR DE MOTRIL

Me veo, saliendo de un túnel, en un coche de caballos que asomaba trabajosamente a una altura sobre tierras muy quebradas, y, al fondo del paisaje, algo así como un cristalito, ensangrentado y reverberante.

—«¡El mar! ¡El mar!», gritó alguien.

Yo no había visto nunca el mar y dejé de verlo en aquel momento, apenas entrevisto, no sé si por que la noche dejó caer su telón o simplemente porque las revueltas de la carretera lo quitaron del horizonte. Lo que sí sé, entre borrosas imágenes, es que una mañana —la siguiente, debió de ser—, me llevaron mis padres a que yo viese el mar, y a bañarme, en total despliegue de olas, muchas olas, espumas, muchas espumas, a pleno alcance de mis ojos, de todos mis sentidos; mar inmenso, inmensurable, sin puntos de referencia —acaso fuese ésta la primera razón de mi asombro— que me permitiesen decir; aquí o allá, o más allá aún, o junto a aquello otro; fluida llanura vastísima que, muy lejos de la playa, perdía su azul para convertirse en verde de indecisa pradera, todo a una luz, con un rumor, un olor, un movimiento acompasado, que me impresionaron muchísimo.

Sentía el mar a mi alcance; más aún, lo experimentaba, lo vivía con todo mi cuerpo, zambullido en las olas que se deshacían en la playa y que, tal vez, me llevasen en su juego, lejos, mar adentro, donde ya no se bañaba nadie y sólo se advertía a alguno «haciendo el muerto», palabra esta que no me gustaba nada. ¡Qué débil

yo, en mi trajecillo de baño, llevado de mano desconocida, viendo por el agua transparente, azulada, verdosa, soleada, la huida de la tierra, bajo mis pies; el mar, en rampa de pura arena...! ¿Hasta dónde...?

Para que yo viera el mar y me bañase, tuvimos que dar la vuelta a la casa en que íbamos a pasar el verano. Porque aquella barriada de casas con un cobertizo sobre la puerta —«chambado»— se había construido de espaldas al mar y la calle a que se abrían las casas llevaba a una plaza con una «tienda» o caseta en medio, donde bailaban, a la caída de la tarde, muchachas y muchachos, llegados de Motril en un tranvía de muías o en coche propio, y alternaban en esas reuniones las diez o doce familias de veraneo en el Varadero.

Porque estábamos en el Varadero, puerto y playa de Motril: a un lado, el peñón de Salobreña, con el sombrerete de un castillo en ruinas, y al otro lado, el cabo Sacatrif, con el airón de un faro cuyo parpadeo daba al cielo estrellado y al mar en sombra, una expresión nueva para mí.

Quando en las noches del estío  
azul y blanca está la mar...

Cantaba tío Fernando el joven, muy aficionado a la zarzuela, que tenía para todo el cantable oportuno. Como estábamos en vacaciones, todos los niños y las personas mayores formaban corros a la caída de la tarde y por la noche. Yo me sentaba con mis padres y mi hermana Pilar en la playa, con las familias amigas que hacían la tertulia, si no es que cenábamos allí mismo: unos «espetos» —sardinas recién pasadas por el fuego, insertas en una caña—, como plato especial y dulces de los muy ricos que hacían en Motril, como la «torta real». Respirábamos un aire blando, suave, lento, de «noche tropical», como decía tío Emilio.



*Mi tío Melchor Almagro Díaz*



*Mi tía Pilar*



*Mi tío Emilio Díaz Moreu*

—«Como en Cuba», seguía diciendo tío Emilio, llegado a Motril por primera vez, después del combate de Santiago de Cuba; y no recuerdo, claro es, literalmente las razones que diese para establecer ese parecido; pero cualquiera podría darlas por su cuenta, en vista de la semejanza o identidad del clima, cultivo, tipos humanos, modos de hablar... A mí no me faltaba el punto de comparación de la vega de Motril con las vegas cubanas que venían estampadas en las cajas de puros, o en los cromos del chocolate «Juncosa», de colores muy recargados, dando una impresión de naturaleza en paradisíaco esplendor. En todo caso, hubiese bastado con los cañaverales y la morenez acentuadísima de gentes muy calmosas. Recuerdo, singularmente, el ardimiento con que tío Emilio contaba la pérdida de la escuadra de Cervera en Santiago de Cuba y en concreto del barco que él mandaba, el «Cristóbal Colón», mas esta frase: «para no poder salir, lo mejor era no haber entrado». Más que en sus palabras, le recuerdo en su traza física: ancho de cara y de cuerpo, marcial bigote, los ojos chispeantes y embolsados, algo de papada... Y terminado su desahogo, prodigando gestos y ademanes, con su peculiar animación, dejaba caer las manos sobre el bastón, entre las piernas, para que descansaran de tan vivos movimientos.

Todavía los niños del Varadero jugaban a españoles e insurrectos. Yo también, pero un poco a remolque, no porque hubiesen ganado los insurrectos, sino porque, verdaderamente, no me gustaba jugar. Me divertía mucho más el ver jugar a los otros chicos. Y en esas noches cubanas de Motril, me encantaba oír habaneras y guajiras, cantadas por una amiga de mi madre, que se llamaba —me parece— Conchita. Cantaba habaneras y guajiras que en Motril conservarían, de seguro, la gracia de su origen.

Soy cubanita,  
soy de la patria hermosa

donde se agita  
más armonioso el mar...

¿Por qué no sería, en efecto, cubanita esa Conchita tan bonita, que también cantaba otra habanera que yo quise retener en mi memoria? Difícil empeño, naturalmente.

—«¿Me la quieres dictar...?», le dije un día. Conchita me la dictó, y yo la fui escribiendo en una libreta donde me proponía copiar los versos que más me impresionaran, y esa habanera me emocionó tanto, que acabé por aprendermela de memoria.

Tengo mi hamaca tendida  
¡ay!  
a la orillita del mar  
y mi caballo ensillado  
¡ay!  
en medio del platanar.  
Sombra me da el monte,  
la brisa su rumor,  
trinos el sinsonte,  
pero nadie amor.  
¡Qué bella es la vida,  
que marchando se va!  
Bogando voy,  
con mi hamaca tendida,  
de acá, para allá,  
de allá para acá.

Conchita marcaba con sus tostados brazos el vaivén de la hamaca, que a mí me recordaba el de los mecedores de Granada, columpios entregados, más que a su propio impulso, al antojadizo empujón de los mozos, meciendo a las muchachas con caprichoso ritmo, en las fiestas de campo. Yo también me sentía mecido en hamaca o en columpio, gozosamente, por Conchita y cerraba los ojos para imaginármelo mejor. «De acá para allá...», experimentando una sensación extraña. Conchita era muy morena, muy mimosa, sobre la espalda le caía su caudalosa mata de pelo. Yo la recuerdo todavía y siempre cantando y riendo. «De allá para acá...»

Un día que, de seguro, no fue el único, me llevaron a dar un paseo hasta Calahonda o Castell de Ferro, en la falúa del puerto. Y otros, en sentido contrario, hasta Almuñécar: palmeras, rica merienda. ¡Qué delicia!

Otro día fui con mi padre en un barco pesquero, a la Rábita, para visitar a mis tías Juana y Encarnación —«las titas»—, en Albuñol. Subimos por la Rambla hasta su casa, la de mis abuelos, junto a la iglesia: casa ensombrecida por la memoria reciente de dos hermanos muertos. Mis tías estaban allí, fieles a los ecos dormidos de una familia que se extinguía. En el comedor, estaban todas las sillas a la mesa. En todos los cuartos, las camas hechas. Los trajes de los que habían muerto, en las perchas. Recuerdo, colgada, la sotana del santo tío Frasquito. Sus libros, muchos, en un gran estante. Un quinqué en la mesilla. Un rosario, colgado en una de las perinolas de la cama. Todo animado por un aliento que no podía calificarse ciertamente de vital, pero que no hacía pensar de ninguna manera en la muerte. Vida del espíritu en el recuerdo. Allá se quedaban tía Juana, alta, garrida, hermosa, y tía Encarnación, pequeña, ajada, contraída por un dolor terrible que sólo confesaba para decir: «Es un regalito que el Señor me ha mandado para probarme...» ¡Qué tristeza seguramente la de mi padre, en esa visita a la casa de su niñez...!

Otro día, una barcaza llevó a la playa dos pescadores muertos. Pusieron los cadáveres sobre una lona extendida. Dos hombres que parecían jóvenes; sucios sus desnudos cuerpos, hinchado el vientre. Yo los ví. ¡Qué horror!

Otro día me caí en la acequia sobre la que un puentecillo daba acceso a nuestra casa. No hubo tiempo para asustarse, porque el remojón fue levísimo. Mi padre lo tomó a broma: —«Mira que si la acequia te lleva al mar y te pierdes...» A pesar de todo, para mi madre, ¡qué susto!

Otro día estuvimos en la casa de nuestros parientes los condes de Torre-Isabel. Vi cosas que inspiraba a las visitas el mismo comentario: —«Parece un museo.» Ido-lillos o amuletos de marfil, de azabache, de cuerno; puñales y sables, espadas que llenaban yataganes, procedentes, en su mayoría, de los años vividos en Ultramar por él. ¡Cuánta cosa rara!

Otro día, o varios días seguidos, estuvimos en la Golgoracha con nuestros tíos Encarnación Gómez y Fernando Díaz. La gente del campo bailó y cantó en una noche de fiesta un fandango que no era como el que yo había oído cantar a las criadas en otras ocasiones. Me parecía una pantomima de las del circo.

... Y saiga usted  
que la quieren ver bailar,  
saltar y brincar  
y andar por el aire.  
Que esta es la jeringonza del fraile.  
... Con lo bien que lo baila esta moza.  
dejarla sota,  
sola bailando...

Las parejas se deshacían para cambiarse unos con otros, en vueltas muy rápidas, hasta no quedar sino una sola mujer bailando, arrebatada por un aire frenético. ¡Qué baile más moderno, a fuerza de antiguo!, pienso yo ahora.

Otro día estuvimos en el cerro de la Virgen de la Cabeza, patrona de Motril. Mi tía María se llamaba María de la Cabeza. Cabeza, Cabecita, se llamaban otras tías y primas por ese lado de mi familia. Muchas Cabezas, en Motril, mucha devoción a la Virgen de la Cabeza, en su pequeño Santuario, entre azucenas.

Era el 15 de agosto, fiesta también de la Asunción de Nuestra Señora, nombre de mi madre. Día grande, muy celebrado en casa y en mi corazón. Desde el cerro del Santuario, aseguraban que se veía, en los días claros, las costas de Africa. Más claro que aquel no era posible, y, sin embargo, yo no veía a lo lejos otra cosa que un barco pasando el parche de sus velas por la línea sangrante del horizonte, a la media luz del atardecer. Pero el espectáculo estaba muy cerca de la playa: la imagen de la Virgen de la Cabeza, blanco el manto, era llevada por el mar, en barca adornada con claveles y flores diversas, y grandes faroles en alto, y antorchas, según mi recuerdo. Como notas agudas, sobre las olas dormidas, música de cornetas, de los Carabineros quizá, o de alguna banda del pueblo. Y el reiterado estampido de los cohetes: estrellas de colores caían en el mar.

Otro día, dos hombres se apuñalaron en riña feroz. Dormían la siesta, muy cerca los dos, tumbados en la playa; no se sabe de qué hablarían al despertar, pero sí que sacaron las facas. Uno resultó muerto, y el otro, casi muerto. Yo no pensé nada de aquel suceso, uno de tantos, sin duda, entre gente somnolienta y terrible.

Otro día, fui con mis primos Ricardo Moreu, ahijado de mi padre, y Fernandito Díaz, a ver la fábrica azucarera del conde de Agrela, en Salobreña. Un señor que serla el ingeniero, o cosa así, nos lo explicó todo. Pero yo no recuerdo nada de lo que dijese, si es que le presté alguna atención, pues no creo que la mecánica

apuntase entre mis vagas aficiones. Con la particularidad de que toda máquina, todo lo que respondiese a ciencias exactas o físicas, me inspiraba, desde muy niño, una gran admiración: admiración supersticiosa, no curiosidad intelectual. Jamás se me ocurrió preguntar cómo funcionaba un reloj, que tanto suele intrigar a los chicos. Bien es verdad que en un orden de superiores consideraciones, la naturaleza me impresionaba enormemente, conmoviéndome hasta lo más íntimo de mi espíritu, como lo experimenté aquella misma tarde, cuando volvíamos de Salobreña y de súbito descargó una tormenta imponente. Me sentí sobrecogido ante la grandiosidad del espectáculo, soberbiamente instrumentado por truenos como jamás he oído. El mar, crispado en olas altísimas, desafiaba, con reflejos de luz cambiante, al relámpago casi continuo, y todos respirábamos de satisfacción al notar que el temporal iba amainando y que la lancha, a punto de zozobrar más de una vez, recobraba su equilibrio. Yo casi deploré, a pesar de todo, que cesara tan hermoso alarde de las fuerzas de la Naturaleza y del supremo poder del Creador. Pero, ni entonces ni nunca, se me ocurrió pensar en la razón científica de tormentas y temporales: ¿por qué...? Pero ¡qué más daba! Ni siquiera pregunté jamás por qué llovía, cómo no prendió en mi memoria palabra alguna de las que el ingeniero pronunciara. Motril, con su mar y con su playa, me había hecho vivir la realidad nueva de la ola, la caracola, el barco, el faro, los carabineros..., de igual suerte que antes había aprendido a decir, sin saber cómo, papá y mamá, mesa y silla; casa y calle... Pero aquello otro de tubos, ruedas y calderas, me parecía muy feo para que yo aprendiese los nombres exactos. ¡Qué fácilmente se me quedó, en cambio, la palabra «falúa», tan bonita...!

Todo esto parecerá una bobada, pamplinas de niño, y lo son, desde luego. Pero así me ocurría. Si olvidé, o no escuché siquiera, la explicación de la fábrica de azúcar, no perdí detalle, por el contrario, de lo que oí contar uno de aquellos días acerca de lo que pasaba cuando caía un alcalde y subía otro: el nuevo jefe de los «municipales», se echaba en seguida a la calle, en busca de su antecesor, y apenas le tenía ante sí, le espetaba un conminatorio: «Esnúate» (desnúdate), imperativo

que él mismo ayudaba a realizar, despojando al cesante de la guerrera y de la gorra galoneada de cinta verde. Si no era muy exigente, se contentaba de momento con esas prendas, pero había quien dejaba en calzoncillos al jefe saliente en plena calle.

Anécdotas como esa me divertían mucho. Otros años volvimos a veranear en el Varadero, sin novedades que mi memoria retuviese. Pero siempre que pienso en el mar, en cualquier mar, escucho el jadeo precisamente del mar de Motril; más bien, su canción, lenta y dulce, quizá melancólica, con ritmo de habanera o guajira: bajo el ojo alerta de la luna impenetrable y el parpadeo del faro de Sacatrif.

# IV

## TEATRO, CINEMATÓGRAFO, CIRCO: MAGIA

De un vago y remoto fondo de resonancias zarzueleras y coplas de lavadero o patinillo doméstico, mezclado con declamación y citas de versos en familia, o «funciones» vistas desde nuestro palco en el Isabel la Católica o en el Principal, emerge, como un capricho de la memoria, con figura y voz perfectamente individualizadas, un hombre cantando versos: un cómico, el primero que me dio la impresión de que los había, como un oficio que estribaba en eso precisamente. Se llamaba Francisco Fuentes, nombre muy notorio en Granada porque su padre había andado en cosas de teatro y construido la casa árabe de la plaza de la Mariana, donde luego, ya en mis tiempos, vivió la «Tortajada», «cancionista» famosa, muy corpulenta, de pecho alto y ancho como un pupitre.

Veo a Fuentes, ante mí, haciendo «Don Juan Tenorio», en imagen persistente, mucho más perfilada y puntualizada que la de otros actores a los que yo viera y oyera después. Indudablemente, se me quedó más clavada esa imagen en mi memoria por que era la vez primera en que el teatro ganaba mi interés, y presumo que contribuyó poderosamente a tal efecto el que Fuentes representase una obra de gran atractivo, el «Tenorio» de Zorrilla, que tanto halaga los sentimientos elementales del niño y del hombre que todavía es capaz de respirar la atmósfera de su niñez.

Muy niño, muy pueril es preciso ser para ceder a la seducción del desplante, del amor verboso y musical, del cuento de muertos y fantasmas, del desafío porque sí... Yo era muy niño, de unos seis años, cuando Francisco Fuentes, traspuesto en Don Juan Tenorio, me asomó a un mundo presentido y fantástico, con melódicas palabras: Doña Inés entre sus brazos, en un sofá, ante una balustrada que, sin duda, permitía dominar un paisaje maravilloso; campesinas flores, orilla amena, olivares, un río, una barca, más un pescador que esperaba cantando el día... ¡Oh sí! ¡Quién se asomara a la balaustrada, de mármol, seguramente, para ver la barca con su vela, o sus velas, y el pescador, por supuesto! Pero aunque yo me empinaba cuanto podía, arriba en el palco, y hasta me puse de pie sobre la silla, confiando en que mis ojos llegarían al fondo del mundo prometido, más allá de la tentadora barandilla, no alcancé a ver nada, y me hubiese gustado entrar en el escenario para convencerme de que la barca existía, y si no, desengañarme del todo.

Mucho tiempo adelante me fue dado escuchar a Valle-Inclán, entre otras teorías —no tan arbitrarias como muchos creen—, la del forillo. «Del forillo —pontificaba don Ramón, en su tertulia de la Granja El Henar (¡qué lejos todo!) —depende gran parte de los efectos escénicos. El pasillo, el salón o el jardín insinuados en el forillo, establecen la comunicación del escenario con el mundo de fuera. La comedia debe sugerir la realidad más allá del decorado...» Oyendo a Valle-Inclán y mirando a mi niñez, llegué a pensar que algo de eso había en la fe que Fuentes y Zorrilla, de consuno, me infundieron en la barca del pescador de *Don Juan Tenorio*, que se mecía en el río que pasaba todas las tardes por el teatro de Isabel la Católica: aquel teatro grande, destartalado, isabelino, de ajada suntuosidad.

Esa realidad presentida tras el forillo, ¿no tendría que ver más con el sueño, con el ensueño, que con la realidad misma...? Realidad soñada, vivida, porque mientras se duerme y sueña, indudablemente se vive, siquiera sea al margen de la vida cotidiana. Para el niño que yo fui, el teatro me daba la impresión de una realidad

no contrapuesta a la otra, a la vivida, desde que me levantaba hasta que me acostaba, llevado por mi madre —con una metáfora popular o imagen pura, que mucho después hallé en Gerardo Diego— al «teatro de las sábanas blancas». Y esta expresión —muy del repertorio de mi madre, rico y gráfico, en sumo grado— ejerció, a lo que pienso ahora, una cierta influencia sobre mi balbuciente concepto del teatro como realidad, vida y sueño, aislados o entremezclados, según la ocasión. Balbuciente digo, por ser obvio que, según va el niño apoderándose de las palabras, la idea de las cosas se perfila con más o menos nitidez, y es claro que me llegaría el momento de saber que cuando se me hablaba de llevarme al teatro no era ciertamente para meterme en el de «las sábanas blancas», aunque uno y otro sirvieran de motivo a sana e indispensable evasión.

Fue en *Hamlet* donde mi emoción de precoz espectador caló con cierta hondura. Me bastaba, para sentirme impresionado, con ver al príncipe de Dinamarca con una calavera en la mano, en un cementerio como el del *Tenorio*; me bastaba con darme cuenta de la locura de Ofelia y con la aparición del fantasma de un rey. Lo que entendía de *Hamlet* me hacía presentir lo que no llegaba a entender. La atmósfera de miedo y de misterio respirada en *Hamlet* llegó a pesar tanto sobre mí que durante unas cuantas noches me fue muy difícil conciliar el sueño. En cambio, ¡cuánto me hacía reír el mismo Fuentes, no obstante su voz de campana rota, en un juguete cómico: *Tortosa y Soler!*

Gran juguete era también para mí, por distintas razones, una zarzuela muy larga, con muchos cuadros, *Los sobrinos del capitán Grant*, que vi en el teatro de la Alhambra, todo él de madera, próximo al paseo del Salón, que solo se abría los veranos y que en algunas temporadas se transformaba en circo. Viendo *Los sobrinos del capitán Grant* adquirí la noción de que si el mundo del teatro descubierto por mí, poco a poco, tenía uno de sus polos en *Hamlet*, tal vez estuviese el otro en aquella zarzuela que tanto me divirtió con sus ingleses, sus espías, sus fumadoras, su sabio chiflado, su sargento *Mochila*, que encontró un canuto de hoja de la

lata en la tripa de un pez. Me dejó estupefacto ver el fondo del mar, en pie sobre las tablas, con extrañas luces y sombras, con buzos que subían y bajaban, a los compases de una música —un *vals*— que me llevé pegada al oído.

En ese mismo teatro de la Alhambra, o en el Circo de Colón, improvisado con tablas y lonas en el Humilladero, pasé los ratos de mayor regocijo de mi niñez; regocijo que bien podía calificar de paradisíaco por su absoluta inocencia. Si existía alguna malicia en aquellas «piececillas» del teatro por horas, se disolvía en el halago de la música a cargo de unos barquilleros —los de *Agua, azucarillos y aguardiente*— exactamente iguales a los que andaban por el paseo del Salón y por los Jardinitillos. O de los quintos —«pelotón de los torpes»— de *El cabo primero*, que me hacían recordar a los asistentes de mi tío Pepe. O de mozuelas, como aquella Mari-Pepa de *La revoltosa*, que bien podía estar de «cuerpo de casa» a nuestro servicio, o de costurera, o peinadora de mi madre. O de aquella gente bulliciosa de *El santo de la Isidra*, que eran semejantes, después de todo, a mi niñera, su novio, el zapatero remendón de la esquina, el guardia municipal que pasaba por la calle con las manos a la espalda, el sastre de aquel portal, o la vieja pizpireta de más allá, con flores en la cabeza y mantón... Esas zarzuelas que me gustaban por lo que tenían de cosa familiar, y otras, con trajes de época que trasladaban a un mundillo de cuento de Calleja, me gustaban también: *La viejecita, El tambor de Granaderos, La guardia amarilla*... Todo me gustaba, por unas razones o por otras, prevaleciendo el motivo supremo del cantable y elailable.

*Hamlet* me había conmovido de arriba abajo, y muy a fondo, mientras que las zarzuelas sólo afectaban a mis ojos y a mis oídos. Entre el insomnio y el tarareo, ¿qué había...? ¿Qué podía haber, para mí, en cuanto a efectos teatrales...? Yo no me hacía, naturalmente, esas preguntas, pero no podía por menos de advertir que *Traidor, inconfeso y martir* me interesaba por lo que tuviese de común con *Hamlet*; el verso, la imaginación, el modo de hablar... ¡Qué se yo! Y que las zarzuelas y las obras cómicas, aun sin música, atraían por lo que eran reproducción de la vida,

en mi casa o en la calle, en todo aquello que yo tenía a mi alcance comprobar. La vaga intuición de continuidad, entrevista por mí, respecto a la realidad y al escenario, era como una galería subterránea que enlazaba el teatro inventado y serio con ese otro que reelaboraba, a su manera, para divertirme, los tipos y las cosas de mi alrededor. Como quiera que fuese, se comprende, sin gran esfuerzo, que un niño, más o menos fantástico o fantaseador como yo creo que lo fui, considerase muy cercanos esos dos órdenes de cosas: las que parecían imaginadas y las comprobables por los sentidos. Pero ¿dónde descubrir la linde de la imaginación y la realidad...? ¿No había en Granada casas «de miedo», no existían duendes y aparecidos, no murió la madre de Concha la corsetera a los tres días de oír los tres golpes en la pared con que San Pascual Bailón anuncia la muerte...? Jamás rezaré a San Pascual Bailón —pensé—; no quiero el favor de esos avisos.

El mejor regalo que podían hacerme mis padres era llevarme con ellos al teatro. O que me llevaran, con mis hermanas y mis primos, nuestras niñeras, o una antigua criada, Ramona, que a todos nos había visto nacer. Cuando ya era mayorcillo, mi padre me dejaba en una butaca muy recomendado al acomodador y luego me recogía él, muy interesado en que yo le contase lo que me había parecido la obra representada. Vínculo a esta época el recuerdo de dos compañías de teatro dirigidas, una por Juan Espantaleón, y otra, por Casimiro Ortas, respectivamente. Esos nombres se han prolongado en sus hijos, actores también muy conocidos, en días muy próximos. Ya por aquel entonces debían de trabajar con sus padres. Don Juan Espantaleón era un cómico viejo, sin barba ni bigote, afeitado cualquiera que fuese su papel, y su gesto, su ademán, las modulaciones de su voz, le eran suficientes para hacer reír; en *Los hugonotes*, en *San Sebastián mártir*, por ejemplo. Casimiro Ortas ponía zarzuelas que no eran —por «verdes», según decían— como las que yo citaba antes, vistas a Servando Cerbón, gracioso como un payaso. Pero alguna vez representaba Casimiro Ortas zarzuelas que podían ver y oír las familias, y una de ellas fue *El dúo de la Africana*.

Dada mi afición al teatro, mi padre comprendió la necesidad de encauzarla con buenas lecturas, y puesto que *Hamlet* me había dejado una huella imborrable, quiso utilizar las obras de Shakespeare como piedra de toque para mis ulteriores impresiones y para la formación de mi gusto, a cuyo efecto me regaló la edición del teatro de Shakespeare, de la Biblioteca Clásica de Hernando.

Fueron aquellos tres o cuatro tomos los primeros libros de que yo pude considerarme dueño. Verdaderamente, ya me sentía mucho menos tentado por los libretos abreviados de zarzuela «con todos los cantables que tiene la obra», pregonados en los entreactos o a la salida del teatro, a la vez que otros vendedores voceaban: «¡El buen bombón parisién, a perra gorda el paquete!» Pero las zarzuelas, de todos modos, me divertían.

El sentido de la realidad que yo, vagamente, pudiera poseer, antes se avenía con las capas y los mantones, las boinas y las alpargatas, las monteras y las sayas de las gentes del pueblo que daban vida a zarzuelas y sainetes, e incluso aceptaba antes las armaduras y los capacetes, los jubones y los miriñaques, las casacas y las pelucas de los dramas históricos, que las levitas y las americanas, los *paletots* y los manguitos, los sombreros adornados con un pajarraco y los botines, de las comedias que reflejaban las costumbres de la clase a que yo pertenecía.

«Jacinto Benavente y los hermanos Alvarez Quintero vienen pegando», era frase que yo oía a las personas mayores, con las naturales variantes. Pero es lo cierto que yo, viendo las comedias nuevas de esa clase, me sentía como en visita. Y me dolía un poco el no poder cambiar impresiones con niño alguno de mi edad. Casi todos salían del teatro como entraban, a pesar de haber reído o llorado muchas veces, a compás de la carcajada o del lloriqueo de sus criadas, elementalísimas en sus reacciones, como es natural. Únicamente me entendía muy bien con un niño algo menor que yo, espigado y risueño, Antonio Gallego y Burín, al que yo conocí en el café del Pasaje, yendo él con su padre, yo con el mío. Simpatizamos pronto,

y recuerdo que un día, hablando de *Los galeotes*, que acabábamos de ver, me dijo que a él le gustaría ser cómico y hacer el papel de Pedrito.

«—A mí, no... —repliqué con mucha decisión.

»—Entonces, ¿qué...?

»—Me gustaría ser titiritero.

»—¡Qué disparate...! Si tú ni siquiera bajas las escaleras de dos en dos escalones...»

Estaba yo influido por la admiración que me inspiraban los hermanos Borza, acróbatas del Circo Colón, uno de los cuales, Humberto, había saltado, dos o tres días antes, según contaban, desde la peluquería de Felipe, en un primer piso de la calle de Reyes Católicos, a la acera de enfrente para saludar a un transeúnte: proeza que no creí del todo, pero que me causó una enorme impresión. Mucha agilidad, mucho arte, mucho arrojo habría que tener para que se le atribuyera hazaña semejante. Como también me dejaba pasmado la indiferencia con que «La Géraldine» se mecía en un trapecio a gran altura, sentada muy tranquila, como si se tratase de un columpio a ras del suelo, o se balanceaba colgada del travesaño con una sola mano. Me asombraba que lo hiciese una mujer tan gruesa, con unos muslos y unas piernas tan desarrolladas como las de cualquiera sota de la baraja.

Realmente, el circo me tenía hechizado, como a tantos otros niños: el fastuoso circo de doña Micaela Alegría, sobre todo, fue para mí una revelación. Dio sus funciones en la Plaza de toros, y nunca había visto yo espectáculo semejante. Ni trapecios y alambres a tal altura. Ni payasos y tontos tan graciosos. Ni pantomimas tan pintorescas y animadas, como aquellas de gauchos y cowboys que

parecían vaticinar películas de ahora. Ni animales mejor amaestrados. Ni caballos tan bonitos, como uno blanco, idéntico al *Poderoso*, de mi abuelo, solo que con la cola larguísima y haciendo primores de inteligencia y arrogancia.

El circo empezó a fascinarme con el desfile de la cabalgata que recorrió las calles céntricas, a modo de anuncio, como lo habían hecho otros más desmedrados circos. ¡Qué hermosos todos los caballos que luego, llegada la hora de actuar, trotarían, galoparían alrededor de la pista, las crines al aire, y que participarían en atrevidos ejercicios! Pasaban las trapezistas, las *cenyères*, sentadas en carretelas como grandes señoras, solo que disfrazadas y erguidas, para recibir los aplausos del público agolpado a lo largo de las aceras. Pasarían también ellos, los acróbatas de toda clase; pero no los recuerdo con el detalle tan acusado que dejaban en mí, al desfilan, los payasos, enharinado el rostro, y en el traje de seda un sol o estrella y flores, en caprichoso bordado de lentejuelas. Y los pobres «tontos», y los excéntricos musicales, y los ilusionistas; y como habitantes de un mismo mundo fantástico, también los porteros de la pista me causaban admiración con sus levitones galoneados y de colores llamativos. En los cuentos de Calleja, la fantasía poblaba jardines, selvas y castillos de princesas, hadas, gigantes, gnomos que nunca vería; y he ahí que de pronto, por la mañana en la calle y luego por la tarde en el circo, me era posible ver unos hombres y unas mujeres absurdamente vestidos, sin que faltase algún gigante o algún enano, para mayor asombro de aquella realidad increíble, por lo anormal y lo disparatada. Mágica realidad, irrumpiendo, más aún que el teatro, en la calle. Sin telón, ni bastidores, ni bambolinas.

Una tarde me llamó mi padre desde la calle: «¡Baja!, que vamos a ir a ver una cosa que te va a gustar.»

Me lo fue explicando mientras nos dirigíamos al paseo de la Bomba.



*La casa de mi niñez en Granada: Jesús y María, 5*

«Han puesto una caseta donde funciona una linterna mágica como la tuya. Solo que más mágica todavía, porque las figuras se mueven como si vivieran de verdad...»

Y en efecto, se movían. Vimos en aquella barraca unos obreros que salían de la fábrica; unas mujeres que se bañaban en un río; un incendio en Dublín; un tren que marchaba sobre el público, hasta cubrir todo el lienzo, dándonos la impresión de que iba a pasar por encima de nosotros, sobre el pasmado público de la «entrada general», en largos bancos de madera y sobre el de «preferencia», en sus sillas de anea o rejilla como las del paseo. Mucha gente empezaba, de seguro, a asombrarse con un órgano extraño y grandote, a la puerta de la barraca, de estruendosa trompetería, con una figura, de madera o de lo que fuese, representando a un director de orquesta con barbita, que movía la cabeza y la batuta de lado a lado, entre columnas salomónicas pintadas de purpurina, que giraban incesantemente, con lo que todo aquel pintoresco y descomedido retablo musical inducía ya a la estupefacción.

«¡Vayan pasando, señores! ¡Vayan pasando...!», gritaba un hombre a la puerta. Y otro hombre, dentro, explicaba, también a grandes voces, lo que en el lienzo aparecía, no siempre bien encuadrado y cortándose frecuentemente la proyección en dos mitades. Y es de hacer constar que oí una advertencia dirigida al niño que se sentaba a mí lado por un señor que debía de ser su padre: «Cierra los ojos de cuando en cuando, que el cinematógrafo sienta mal a la vista.» Es lo que también dijo, más tarde, en Madrid, a mis padres tía Clara Lanza, muy delgadita y espiritada señora, con aire de afectuosa reconvención: «¿Es posible que vayáis a eso y que llevéis a los niños...? Si es como dar puñaladas a los ojos...»

¿Qué tendría que ver todo eso que aparecía en la estirada sábana, no ya con la linterna mágica, sino con el juego que tantas veces vi hacer a mi primo Rafael Corral con sus manos, enlazando los dedos de tal modo que daban sobre la pared

la sombra de una cabeza de pájaro o el perfil de una vieja? ¿Y con aquel taco de pequeñas fotografías que, representando los sucesivos momentos, sin solución de continuidad, de un baile, daban la impresión, al ser pasadas rápidamente con la mano, de que las figuras se movían? ¿Y con aquel otro artificio, especie de pandero, que en tanto daba vueltas, permitía ver por unas ranuras la imagen de un caballo galopando...?

Estos primeros recuerdos de teatro y cine —y algunos otros también— acuden a mi memoria bastante desordenados. Pero no creo necesario traer aquí determinadas puntualizaciones cronológicas, ya que no se trata de un libro erudito, sino de un retorno sentimental. La autenticidad y la espontaneidad del recuerdo lo es todo y, por otra parte, mi memoria —aun siendo excelente— no deja de ser caprichosa o desigual: recuerdo mucho más los hechos que las fechas, las personas que los números, y quizá por eso me hizo mucha gracia —una gracia profunda, dada a esclarecimientos psicológicos —el chascarrillo que leí hace años en una revista:

«—Niño, ¿qué premios has obtenido este año...?

»—Dos.

»—¿En qué...?

»—El primero, en memoria. Y el segundo..., pues no me acuerdo...»



# IV

## VIAJE AL SIGLO XX

Bien se veía que aquella vez no tomábamos el coche para ir de paseo, como tantas tardes, al Salón. Me habían hecho levantar al amanecer y cargaban en el coche —distinto al de cualquier día— bultos muy diversos y los parientes y criados que salían con nosotros hasta la puerta, quedando en casa, nos deseaban «Buen viaje», en tono un tanto solemnizado. Ibamos a Jaén, y no en tren, porque la vía férrea daba tan gran vuelta por Bobadilla y Puente Genil —llegué a saber— que todavía circulaba la diligencia, no vencida, y las familias que tenían coche propio de caballos gustaban de utilizarlo, reacias a prescindir de un sistema que hacía del viaje algo doméstico y a plena voluntad, quebrando las etapas en la venta preferida.

De Jaén iríamos a Madrid, ciudad muy adelantada, según oía yo decir con mucha frecuencia, y así estaba yo por creer que nuestro viaje tenía alguna relación con el siglo xx, cuya llegada anunciaban las personas mayores en sus conversaciones, como si fuese nuestro plan —el de mis padres— salirle al encuentro. Y hasta me representaba yo —en delirante bobería— al nuevo siglo no sé si como un niño, menor que yo, desde luego, o como un paisaje recién hecho, bañado en luz no vista hasta entonces: «luz no usada», me hubiera yo dicho de haber leído ya la oda a Salinas, de fray Luis de León. El siglo nuevo, en fin, era cosa que yo no acertaba a representarme exactamente, ni tampoco me hacía cargo de lo que significaban los años en la vida del hombre.

—¿Tú viste llegar al siglo diecinueve...? —le pregunté a mi madre, que llevaba un velillo moteado, cayéndole de un *canotier*, en tanto corría el coche, al galope de tres caballos: dos y uno.

—¡Pero si un siglo tiene cien años y yo tengo veintinueve...! —me contestó mi madre.

—Entonces, ¿yo no podré llegar a ver el siglo veintiuno...?

—No, no; tampoco...

La llegada del siglo *xxi*, si yo, a pesar de todo, lo alcanzaba, me intrigaría menos que la del *xx*, puesto que ya estaría hecho a esas novedades. Y pensaba si los años —ciento, o los que fuesen— correrían mucho o poco, o unos más que otros, necesitando, como aquel caballo remolón de la derecha, mayores y más apremiantes trallazos. Correrían los años y corría el coche, dejando atrás montes distantes, que se desperezaban extendiéndose en ondulada línea sin fin, al sol incipiente y quedaban atrás también, pero mucho más de prisa, árboles derrengados y polvorientos, de viaje a su manera, animándose unos a otros, con brazos reducidos a muñones, al modo que yo había visto en Granada repatriados de Cuba, vestidos —medio vestidos, medio desnudos— como un mendigo, sólo que con gorro de quinto.

«—¿Cuándo llega el siglo veinte?

»—El día de Año Nuevo, cuando ya estemos en Madrid.

»—¿Cuando los villancicos...?»

Para mí, el tiempo de los villancicos era el mejor que podía imaginar: más dulces, más juguetes, más alegría, música y gente en casa. ¿Y cómo estaría yo de grande para entonces? ¿Cuánto habría yo crecido para Año Nuevo, para el siglo nuevo?

Yo, por supuesto, estaría más grande. Porque no pasaba día sin crecer un poco o un mucho. «Desde el sábado has crecido», me solía decir bromeando don Gabriel, el profesor que iba antes a casa por las mañanas para enseñarme las primeras letras, las primeras sílabas, las primeras palabras escritas: «A-ni-ta, ca-mi-so-la, re-la-mi-da.» Y a enseñarme también, en gran portfolio, estampas de tipos raros, de animales que sólo allí existían, de ciudades que yo hubiese querido buscar, seguro de encontrarlas en algún rincón de Granada, tan ciudad como ellas; tan ciudad como Bombay, por ejemplo. ¿Y por qué no también como Chicago?... Si me dejaran subir al Albaicín y bajar por el otro lado, quizá me encontrase allí a Chicago o a Bombay. Pero tal vez habría que ir más lejos: a otra parte más difícil o a otro siglo. ¿Y si me traía el siglo xx esa ciudad que el portfolio me hacía soñar, pero traída de veras, hecha y de bulto?... O acaso acabara por dar con ciudades así, llegando hasta el final por las cuevas que horadan el Sacro Monte, y que me llevarían, guiado por la magia de los gitanos, al mundo de los cuentos que me contaban las criadas, de los cantos de la rueda de niños y niñas en las placetas del barrio, de los romances que mi madre me recitaba al oído:

Almenas tiene de oro,  
paredes de plata fina:  
entre almena y almena  
está una piedra zafira,  
tanto relumbra de noche  
como el sol a mediodía...

O a lo mejor estaba la ciudad soñada a la vuelta de esa o aquella esquina con farola, que yo veía desde el Cubo de la Alhambra, en grande y ancha gradería de casas, campanarios y cipreses: de arriba abajo, en tapiz soleado, del cielo al Darro.

Cuando llegase el siglo xx —dentro de unos días—, ¿cómo estaría yo de alto? Porque cada día me sentía crecer más, sin necesidad de que nadie me lo dijera, y recordaba haber sido yo más pequeño, más niño aún, y me veía, historia de mí mismo, en el retrato que guardaba mi madre: yo, en brazos de mi ama, vestida de pasiega, con franjas de terciopelo, con collares y pendientes de monedas de plata y oro. Pero ¿crecer no es irse haciendo persona mayor? ¿Cuánto tiempo haría que los viejos habían sido niños? ¿Sería yo pronto viejo también? ¿Viejo como tío Fernando «el viejo», tan arrugado...? ¿Como don Francisco, el vecino, con sus patillas? ¿Como tío Pepe San Martín, con su bigote y su barba rizada que pinchaba? ¿Como los apóstoles de la iglesia de las Angustias, con sus barbas grandes y largas? ¿Como mi padre, con su barba tan corta...?

«—¿Cuánto falta para que llegue el siglo?

»—Veinte días.»

Veinte días, siglo xx. ¡Qué cuenta más fácil! En las de Aritmética había muchos números más. Seguíamos corriendo en el coche. Pueblos, cortijos, caseríos, árboles, puentes, ventas... Atrás también, muy atrás, mi casa; en un cajón, la cartilla, que ya no me servía, y el peto de coracero que me habían comprado en «La Estrella del Norte», y el abollado casco con llorón de cerda. ¿No sería el siglo viejo como el camino que perdíamos a nuestra espalda? ¿No sería el siglo nuevo como ese Madrid a donde iríamos desde Jaén y del que tanto oía hablar? ¿Y qué relación habría entre el siglo nuevo y mi vida misma...?

Yo preguntaba nombres de ventas, nombres de pueblos que sonaban en mí con timbre de campana matinal. Mañana genuina aquella, porque era una mañana que me descubría, que me anunciaba muchas cosas nuevas. Cortijo de Arenales, Venta de la Nava, Venta del Zegrí, Campillo Arenas, Venta de las Palomas... ¡Ah! Y Venta de Barajas, como las cartas que servían para jugar al tresillo. Y Jaén, pueblo más grande que los otros; catedral más chica que la de Granada, vista de lejos, bajo un cerro. Poco después, vista de cerca, subiendo los ojos hacia las torres.

No sé el tiempo que estuvimos en Jaén. A lo menos una noche, porque me veo durmiendo y despertando en cama extraña, oyendo en algún momento una voz muy arrastrada que venía de la calle: «Ave María Purísima. Las doce y media y sereno.» Nos fue a ver tío Antonio Almendros Aguilar, tío de mi madre. «Poeta», decían de él, y tenía que serlo, puesto que llevaba una mosca larga y melena, como veía yo pintado a Zorrilla. Mi madre recitaba un soneto de él, a Cristo Crucificado, y guardaba un abanico de sabe Dios cuándo, en que tío Antonio había escrito, con letra muy menuda y bien delineada: «Yo hice versos a tu abuela—, mi queridísima tía...» Y continuaba no sé cómo.

Hacia Madrid, el tren, noche adentro. Yo me caía de sueño en los almohadones. Mi padre tomaba y dejaba un periódico o tarareaba, llevando el compás con los pies sobre el largo calorífero de latón. Traqueteo y cantable me arrullaban. Pero no me dormía. ¡Qué pesadez, qué impaciencia, qué desasosiego en el confinamiento de la «berlina»! El cristal de la ventanilla, sobre el fondo negro del campo que huía, daba el reflejo del departamento mismo, a luz macilenta. En ocasiones yo me acercaba a la ventanilla para pegar mi cara al cristal y descifrar el paisaje, en clave de sombras. Las sombras se hacían como chinescas al parar el tren en las estaciones y las estaciones debían de tener algo así como un sereno, puesto que se oía una voz somnolienta: «¡...un minuto!» Minutos, horas. El reloj los contaba. Pero ¿y los días, y los meses, y los años, y los siglos? El reloj también crecería para contarlos todo en el siglo nuevo. Como que ya no tendría doce horas, sino vein-

ticuatro. Lo había oído yo comentar a personas mayores: «Cosas del ministro de la Gobernación». Cayó en mí eso de «ministro de la Gobernación» y prendió para siempre en curiosidad tremenda. Ya no dejaría de preguntar cómo era posible que ese ministro mandase hasta en el tiempo y ¿en qué mandaban los otros ministros y quién podía más que ellos, el rey o la reina regente?

Desvelado, veía amanecer, mucho más veloz el tren que el día. Tardaba en abrirse la tiniebla a claridades de un tono azulado, malva, lechoso, dorado. Y veía al revisor correr por el largo estribo, saltando de coche en coche, dando al aire helado el cabo de la bufanda, y yo recordaba a los hermanos Borza, que hacían títeres muy difíciles en el circo de Colón, allá en Granada.

Ya quedaba poco. Ya quedaba menos. Tres cuartos de hora, veinticinco minutos, ocho minutos. ¡Qué despacio...! ¡Cuánto tarda...! «Villaverde es ya Madrid», dijo mi madre, recogiendo bultos.

Muchos coches, máquinas, vagones a lado y lado. Otro tren rozando el nuestro. Pitidos prolongadísimos. Entrábamos en la estación de Madrid. Catedral extrañísima, ¿Dónde que no fuese una iglesia había yo visto techo tan alto y tantas vidrieras? El techo del café Colón no llegaba a tanto. Ni siquiera el del teatro Isabel la Católica.

La emoción que Madrid me iba produciendo se resolvería en cantidad. ¡Cuánto de todo! De todo, más, mucho más que en Granada. Más gente, más coches y más tiendas en más calles, más plazas y más paseos. Y más grandes, por supuesto, los paseos, las plazas, las calles, las tiendas... Muchos más caballeros de chistera, gabán de pieles, *paletot*, *macferlán*, levita; muchos más hombres de hongo, de capa, de gorra de visera, de blusa, de chaqueta. Muchas más mujeres de sombrero y manteleta, de *boá* y manguito, de larga falda, recogida la cola; de mantón o toquilla, de pañuelo a la cabeza. Más niños vestidos de marinero, jugando con un

aro o en velocípedo. Más camareros y más porteros con patillas. Más «rondines», es decir, «guindillas»; más guardias civiles, más soldados, muchos más soldados que en Granada. ¡Cuántos y qué distintos y de qué colores y uniformes más variados! Yo no había visto en Granada soldados más que de dos o tres clases, y ni los de plomo, ni los recortables de los grandes pliegos que vendía Maximino en la plaza de San Gil, me daban idea de los que me ofrecían las calles de Madrid y, sobre todo, la plaza de Oriente, la mañana aquella en que mi tío Rafael —con su faja amarilla de auditor general— me llevó a ver el Palacio Real.

Húsares de chaquetilla roja o azul, según fuesen —lo aprendía en seguida—, de Pavía o de la Princesa; dragones, con su fulgurante casco, como los lanceros, y estos con una banderola en su lanza; batidores de gala, con negros y grandes gorros peludos; cazadores de Caballería, con su alto ros celeste; cazadores de Infantería con vivos verdes; alabarderos, como guardias civiles, solo que de aire más elegante, y todos con perilla; los de la Escolta Real, con coraza de plata y casco emplumado, en vistoso escuadrón, tras el landó en que iba una tarde el rey, que no era el niño de los duros o los sellos —pelo rizado y cuello desnudo—, sino un chico muy delgado, sonriente, de guerrera gris y ros de charol.

¡Qué variedad, qué profusión, qué alardes de bocamangas y hombreras, de solapas y faldones, de capas, capotes, capuchas, esclavinas y pellizas; de galones, de manoplas, de escarapelas, de cartucheras, de cordones, de cueros y charoles, de altas botas relucientes; de sables, espadas y espadines; de trencillas, alamares, borlas, penachos, plumeros...! Y el casco, la teresiana, el ros, el tricornio, el sombrero apuntado, el morrión, el chacó... No podía por menos de hacerse realidad ante mi vista la «cabalgada» de aquellos romances que mi madre me recitaba:

¡... Cuánta de la lanza en puño,  
cuánta de la adarga blanca,  
cuánta de marlota verde,

cuánta aljaba de escarlata,  
cuánta pluma y gentileza,  
cuánto capellar de grana...!

Muy bonitas deben de ser las batallas, pensaba yo, con soldados así vestidos, sin dejar de ver junto a lo brillante y maravilloso la utilidad del soldado, tan gallardo, de alpargata, mochila y bayoneta. Preguntaba el nombre de todas esas cosas, y tanto como verlas me atraía el saber cómo se llamaban. «Dormán», «portapliegos», «fornituras», «gola»... Cada cosa, su nombre propio. ¡Qué rico y sorprendente el mundo de las palabras, de los nombres de las cosas y también de las personas!

Yo preguntaba a mi padre quiénes eran los amigos con quienes se saludaba o se detenía para hablar un rato.

«—Preguntas más —me decía— que el padrón...»

Y en seguida: «Don José Garzón. O el conde de Vilana. O Nicolás Martín, el de la «espadería», bonita tienda de la calle de Preciados. O Juanito Villanova. O el marqués de Mondéjar...» Y yo, acto continuo: «¿Qué es un subsecretario? ¿Qué es ser conde? ¿Y qué diferencia hay entre conde y marqués?»

Muchos coches, sí; muchísimos, y de todas clases.

Muchos caballos. Y muchas bicicletas. Y entre lo que por su gran número más me asombraba, la novedad del tranvía de muías y no digamos la del tranvía eléctrico. En tranvías de muías íbamos a la plaza de Santo Domingo para ver a tío Emilio; en tranvía eléctrico a la calle de Serrano, hasta Jorge Juan, para ver a tía Pilar. ¿Y más allá? Madrid debía de ser grandísimo; lo era, sin duda, porque siempre había gente que continuase el viaje hasta sabe Dios dónde, y había tranvías que tardaban



*Vista de la Alhambra y de Granada desde la Silla del Moro*

muchísimo en volver. Ninguna calle dejaba ver el campo y se hablaba de lugares que me hacían recordar el portfolio de mi profesor en Granada. En Madrid había de todo, como si Madrid, todo entero, fuese un desbordado Bazar X, el de la calle de Carretas, y allí, por lo visto, se podía encontrar, en una u otra forma, el mundo maravilloso que mi imaginación soñara al lado allá del Albaicín. Oía hablar en Madrid como lugares frecuentados por cualquiera, de «Rusia» y del «Pacífico». En el Retiro acampaba una tribu de esquimales. En la Casa de Fieras encontré al león, la jirafa, el elefante, la cebra, el camello, del portfolio. Me divertí multiplicarme, desconcertarme, perderme, en los espejos del Laberinto Árabe. En la calle de Alcalá estaba el Salón Japonés, con el título formado de bombillas eléctricas, rojas y amarillas.

Bombillas eléctricas de colores sobre las puertas del Salón Japonés. Y a lo largo de la calle de Alcalá, como lunas de juguete, grandes globos de luz azulada; «arcos voltaicos», decían. Pero a mí nada de eso me causaba impresión. Me la habían ya producido, en nuestra casa de Granada, unos hombres con una escalera de mano, unos alambres y unos chismes muy raros, que se presentaron una mañana para instalar luces que se encenderían por sí solas, como así fue, dentro de una pera de cristal, especie de fantástico guardapelo; rizo luminoso que no se apagaba de un soplo por mucho que se empeñasen las criadas en conseguirlo. ¡Lástima de quinqués, arrumbados en seguida! En adelante no vería yo más en el tocador de mi madre, ni en las mesillas de noche, candeleros y palmatorias, mariposas y capuchinas; ni candiles o velones en la cocina.

También había ya visto en Granada un coche rarísimo que andaba solo, llevado desde París por Julio Benalúa, y luego, otro más, el de García Noguera, casado con Carlota Montoro. Todos los miraban de hito en hito y se detenían, vuelta la cabeza, para seguirlo viendo, sin salir de su asombro. Tanto como los niños, preguntaban los mayores cómo podía operarse prodigio semejante. «Sin mulas, caballos, ni *trole*, ni *ná*», como yo oí cantar en *El último chuto*. En Madrid no había sólo

un coche de esos, ni dos, sino de seguro más de veinte o treinta: «El automóvil, mamá...»

Más cinematógrafos también en Madrid que en Granada, como que en Granada sólo había uno y en barraca de feria. Los cinematógrafos de Madrid estaban en su salón de verdad, con butacas como las del teatro; sin pregonero a la puerta, que yo recuerde, ni explicador dentro. Largo tren era ese de la palabra «cinematógrafo» del que empezaban muchos a desenganchar más de la mitad de las sílabas. Mi primo Melchor decía ya «cine», y era bastante. ¿No decían «Natura» los poetas de aquella «Recopilación» que yo no olvidaba y en la que había leído, con emoción superior a toda otra, los versos de San Juan de la Cruz que me hicieron vislumbrar otro mundo: «Mi amado, las montañas, los valles solitarios, nemorosos...» («¿Qué significa «nemorosos», papá?»).

Las máquinas hacían milagros a su manera; nuevas máquinas, como la del teléfono, la del automóvil, la del cinematógrafo... Los globos ya eran otra cosa, porque no tenían máquina: bastaba con la buena voluntad del aire. Pero ¡qué asombrosa otra máquina la que recogía la voz del hombre y la metía en una caja de madera para que saliese por una gran trompeta...! La vi y la oí en una tienda de la calle del Barquillo, que hacía parar, con voz agria y chillona, a mucha gente tan pasmada como yo.

Pegado a la luna del escaparate había un cartel que se me grabó en la memoria a fuerza de leerlo siempre que pasaba por allí, extasiándome con la jamás vista, maravillosa y gran juguetería. El cartel era como una poesía que yo recitaba intrigadísimo, persuadido de que no serían mejores los regalos esperados de los Reyes Magos; los míos, los de mi santo. Todo vendría seguido y pronto: la Pascua, el Año Nuevo, el siglo nuevo, los Reyes Magos... ¿No sería el siglo xx como un rey mago, más poderoso y mago aún que Melchor, que Gaspar y que Baltasar?

El anuncio que yo leía y releía en el cristal de la tienda de la calle del Barquillo, aún lo leo y releo dentro de mí: «Gramófonos, fonógrafos, máquinas de escribir, motores eléctricos, lámparas incandescentes, material de luz y timbres. Pídanse catálogos».

«Pide uno», decía yo, movido por un resorte que no fallaba, a mi padre o a mi madre, imaginando que en este catálogo se me revelaría el secreto de todos los cuentos, de todos los romances, de todas las palabras, de todas las fantasías, de todas las ciudades, de todas las maravillas, de todos los sueños del mundo. El secreto de todos los secretos en maderas de barniz muy brillante, en metales bruñidísimos, en cables e hilos que dibujaban ochos o se trenzaban en tirabuzón, emitiendo como un fluido espiritual que yo recogí complacido y turulato. En ese escaparate radicaba la poesía de lo misterioso e inverosímil, en formas corpóreas, tangibles.

Recibiríamos al siglo xx en el campo, porque nuestra casa de Madrid estaba fuera de Madrid, junto al Jarama, compartida con tía Joaquina, tan guapa y cariñosa, y con tío Pepe, tan bueno y pulcro, que había formado sociedad con mi padre para la explotación agrícola a gran escala de la finca. Fue entonces cuando descubrí unos alrededores que no parecían de Corte y unos caminos como los de cualquier campo. Pero el carril que conducía a nuestra casa me resultó simpático, con un esquema de alameda que ya se desarrollaría, y más me atrajeron las sendas que buscaban el río, el Jarama, bien hallado en su limpia modestia de caudal. Yo correteaba hasta allí o me montaba algún tiempo después en el trenecillo que iba a la fábrica de la Poveda, encantándome el vaivén de la vagoneta, o me entretenía en el palomar, o iba con mi padre más lejos, de paseo; él a caballo, yo en una jaquilla, y alguna vez parábamos en «Villa Rosita», merendero casi pegado al puente colgante. Allí el campo se quebraba y en los cerros nevados de un invierno muy crudo y en la curva del río silencioso, veía yo el modelo de mi nacimiento, según lo iba instalando mi madre en el salón de casa: una casa de campo, ancha y

destartalada, que siempre me ofrecía alguna habitación imprevista, cajones y alacenas que explorar. Mi nacimiento tenía nieve y también tierra de color chocolate, como el paisaje del puente colgante. Pero ¿cómo reproducir este puente, con sus barandillas y la complicación de sus tirantes de hierro? Nunca nevó tanto que el campo se pusiera blanco del todo, sino a trechos, en franjas o manchas de suelo fangoso, pareciendo el paisaje vendado, bismado, bajo un cielo de algodón. En el salón había una enorme chimenea, además de la camilla, que no podía faltar, y muchas butacas. Y un cuadro: San Isidro Labrador. Y otro, la Sagrada Familia.

Era un tiempo frío y maltrecho que acabaría seguramente con el año y con el siglo, como había acabado con nuestro guarda Tesifón, cuyo cadáver vi envolver por su viuda, la guardesa Victoria, ayudada por mi madre y mi tía, en una sábana blanca como la nieve. «Ha muerto porque le ha llegado su hora», dijo alguien. También le llegaba su hora al año viejo y al siglo viejo. Volvía el estribillo de mi obsesión. Un año, otro año, otros cien años con el siglo que iba a empezar. Decir «siglo xx» me parecía poco, algo de corto alcance. Pero ¡qué impresión de lejanía me daba el año 2000 en su imponente redondez! ¿No lo alcanzaría nadie de los que yo conocía? ¿Ni yo...? En cuanto veía un viejo le preguntaba: «¿Cuántos años tiene usted?» La respuesta, naturalmente, variaba. Había viejos de sesenta, de setenta, de ochenta años, con picos variables. Y un viejo encontré de cuarenta y tres años. Pero ninguno de ciento.

«—¿Es que nadie tiene cien años?

»—Alguno habrá que los tenga, pero es muy raro.

»—¿Yo no veré el año dos mil?

»—¡Qué obsesión más tonta!»

La noche última del año y del siglo cenamos entre aires y bullicio de fiesta extraordinaria. Luego, en el salón donde estaban el nacimiento y la gran chimenea, mi madre rezó el Rosario, nosotros alrededor, y mucha gente más, porque subieron todos los criados y los trabajadores que cabían allí con sus familias. Flotaba en el ambiente una emoción indefinible y al sonar las doce el reloj de la consola —qué lenta, solemne, patética sonería— todos prorrumpieron en un «¡Feliz siglo nuevo!», con una alegría que no acerté a comprender. ¿No les temblaba el alma dentro de esas palabras? Miré por el balcón: noche de clara luna impasible, en paisaje de formas inalterables. Habíamos llegado al siglo xx, o el siglo xx, fantasma sutil y angustioso, llegaba a nosotros, sin otro estremecimiento que el de mi propio espíritu, hasta su raíz, y me abracé a mi madre poco menos que llorando.

«Pero ¿a qué viene eso?», me decía ella también conmovida.

Yo callaba y cuando la servidumbre y toda la gente de campo se reunieron en el patio, inundado de luna, a bailar y a cantar, yo permanecía arriba, escalofriado, indeciso, triste. «¡Que entremos en el siglo con buen pie!», había dicho mi padre, pero mi pie vacilaba sobre el umbral del siglo xx. Porque el siglo debía de tener una puerta quizá semejante a la boca de un túnel. Apenas si atendía yo a la algazara del patio. Sobresaliendo del ruido caprichoso de zambombas, chicharras y panderetas, me llegaba un rasgueo de guitarra, acompañando coplas de allá —granadinas y medias granadinas—, ya que granadinos eran, en su mayoría, los labradores que llevaron mi padre y mi tío Pepe a la finca, por tratarse del cultivo de la remolacha, y no recuerdo qué coplas cantaron, salvo una que me hizo compartir la nostalgia de todos y me hubiese bastado, de seguro, con el principio para emocionarme:

La Virgen de las Angustias,  
la que vive en la Carrera...

Dormí poco o soñé mucho. Soñé con el túnel, un túnel abierto por doce duendes; en su fondo, no sé si próximo o distante, ofrecía un punto de luz, ¿Salida a otro siglo? ¿Salida a otro tiempo o a otro mundo? ¿Fin de mi propia vida? Al día siguiente —soleada mañana— fuimos a oír misa a Arganda. Había nacido el siglo xx. Cien años por delante: túnel incierto. En su transcurso, mi vida y mi muerte.



# VI

## CORTE Y CORTIJO

Aquel invierno que sirvió de túnel, o más bien, de puente, para pasar de un siglo a otro, fue extraordinariamente frío. El agua de una especie de gran regadera con que Felipe, el cochero, estaba una mañana lavando el coche, se quedó congelada en el aire, colgando como un chupón. Y aduzco este recuerdo porque esa misma mañana fuimos a Madrid, como hacíamos a veces en coche, por la carretera de Valencia y otras en tren, un trenecillo que venía de Arganda, jadeante, y que tomábamos en Vaciamadrid, más que pueblo, cuartel de la Guardia Civil.

Llegando a Madrid por la estación del Niño Jesús, me encantaba la perspectiva que, según bajábamos por la calle de Alcalá hacia la plaza de la Independencia, se dominaba mejor: el Buen Retiro, a un lado; la Cibeles, en primer término, y al fondo, la calle de Alcalá en cuesta arriba, con la cúpula de las Calatravas —que me parecía reina de las alturas— sobre el cielo crepuscular, o recién anochecido, y unos cuantos tranvías y coches —de caballos, claro es— dando la impresión de movimiento, de animación extraordinaria, al niño que tenía en la memoria, hartamente presente, la tranquila Puerta Real de su Granada.

Madrid seguía pareciéndome muy grande, y un día, ya de primavera, en que vi a mi primo Pepe Almagro, desde un balcón de su casa, en la calle de Jorge Juan, venir por arriba, donde apenas se vislumbraban edificaciones y se presentaba el campo, no me imaginé de dónde pudiera venir.

—De los toros... —me dijo.

¿Es posible que hubiese algo tan lejos, más allá de Claudio Coello...? Pues sí, la Plaza de Toros. No creo que hubiera visto yo ni una corrida en Granada. Realmente, en Granada, las gentes de cierta clase no iban nunca a los toros, sino a la salida, y nada más que en las fiestas del Corpus. Las familias distinguidas esperaban en el paseo del Triunfo, metidas en sus coches, a que terminase la corrida, y entonces volvían en caravana hacia el Salón, muy ufanas y contentas de lo que no habían visto.

Pero en Madrid bien se advertía que el público entraba en la plaza como nosotros mismos, entre una multitud que ya de por sí era un espectáculo. Los picadores, a caballo; las cuadrillas, en jardinera. Predominio de coches descubiertos: hegemonía de la «manuela». Omnibus como los que iban a las estaciones, solo que sin equipajes y desbordando regocijo. La segunda parte del espectáculo consistía en el paseillo de las cuadrillas. Por mi terrible afición a los nombres propios, no podía ignorar que toreaban aquella tarde Luis Mazzantini, Antonio Fuentes y Emilio Torres, alias *Bombita*; el primero, de Elgóibar (Guipúzcoa); el segundo y el tercero, de Sevilla, puntualizaban los carteles. Yo apunté esos nombres en la libreta de forro de hule que mi madre me compró para que anotase las cosas que se me ocurrieran. Y la verdad es que no se me ocurrió sino registrar, como en ese caso, los nombres de los toreros, y cuando iba al teatro, el de los cómicos.

Tanto como la salida de las cuadrillas al ruedo me gustó el pasodoble que tocaban: música callejera a la que siempre, niño y grande, he sido ingenuo aficionado. Luego me aburrí soberanamente. Cada toro pasaba por los mismos lances. Me repugnó ver a los caballos, ¡qué caballos más feos!, y cómo se les trataba, con las tripas fuera. ¡Con lo que me gustaban a mí los caballos...! La única compensación la hallé en la estupenda agilidad con que uno de los toreros —Fuentes, que parecía un gitano señorito— clavaba unos palitroques en el morrillo del toro.

Eran las banderillas de que hablaban los niños del colegio en un lenguaje que era casi el único que no me importaba entender. Allí, en Granada, hablaban mucho de *Lagartijillo* y de su sobrino *Lagartijillo Chico*. Yo, cuando volviese, hablaría de Fuentes, y hasta de Mazzantini y de *Bombita*. Oí a mi primo Joaquín decir que Mazzantini era «el rey del volapié». No se me olvidaría.

¿Cómo se me habría de olvidar Mazzantini, si poco después lo vi de paisano, de cazador, en casa, cuando fue al Porcal con los del «Mirlo»? «El Mirlo» era una sociedad de caza a la que pertenecían don Alberto Aguilera, el marqués de Tovar —luego duque de esa misma denominación—, el conde de Garay, Natalio Rivas, Pepe Sabater, Tomás Ariño, Niembro, el empresario de la plaza de toros de Madrid... Durante unos días cazaron, jugaron al tresillo, charlaron, discutieron de política. Me parece ver todavía las perdices cazadas, tendidas en el suelo del ancho patio, en largas hileras, con la pechuga para arriba. Y a un lado, nada menos que una oropéndola. Mi padre la había matado pensando en mí. Era un espléndido regalo de colores y matices: verde, azul, rojizo... Mi padre la hizo disecar y la puso en mi cuarto. Mucho me gustaba el pájaro. Pero ¿y el nombre...? Lo silabeaba yo como si paladease un bombón: «o-ro-pén-do-la».

Don Alberto Aguilera era por entonces alcalde de Madrid, popularísimo, como a todo el mundo se le oía decir. Había en él algo de abuelo, de patriarca. Hombre enorme, destartado, acogedor; de lacia barba y ojos de mirada leal, dicharachero, muy dado a abrir los brazos y a toda suerte de vivos ademanes. Podía hacer de Padre Noel, y también de oso; un oso buenísimo... Debía de andar mal de dinero, porque sus levitas me parecían demasiado usadas, observación que hice la primera vez que le vi, a plena luz, en la calle de Alcalá, yendo yo con mi padre. Don Alberto bajaba de un tranvía. Aliviado de tan enorme peso, dijérase que el tranvía corrió con mayor agilidad y rapidez.

Don Alberto vivía en un modesto piso de mesocracia galdosiana, en la calle de la Magdalena. Portal oscuro, escalera más oscura aún, pasillo mal alumbrado; sofá y butacas de raído terciopelo en una sala. Don Alberto ya había sido antes alcalde de Madrid y gobernador civil, y ministro de la Gobernación. Vivía como un empleado, y cuando tuvo no sé qué ingreso extraordinario, lo aplicó a la fundación del Asilo de Santa Cristina. Se ocupaba por entonces de hacer un parque más allá del paseo de Rosales, y estaban ya los nuevos «bulevares» abiertos a la circulación. Despreocupado de sus intereses, atendía a los de Madrid con celoso empeño. Todo esto me llegaba a mí vagamente, como a niño que entendía a medias el lenguaje de las personas mayores, por mucho que se esforzara.

Con don Alberto Aguilera llegó al Porcal, dando la impresión de hombre que gozaba de su confianza, un periodista muy elegantón que mucho tiempo después sería gran amigo mío, Manuel Bueno, director de una revista, *Madrid*, en la que algo tenía Aguilera que ver y de la que precisamente por eso era suscriptor mi padre. Fue la primera revista que yo empecé a coleccionar, pues sus grabados me entretenían mucho y publicaba unos cuentos terroríficos. Su autor, Edgar Poe, ¡qué nombre más raro!

Me gustaba conservar también los números, muy pequeñitos, de otra revista que llegaba de Granada: *Idearium*. Traía fotografías de allí, y cuentos o poesías de aire muy distinto al normal, y como un día dijera mi padre que ese título le recordaba «al pobre Angel Ganivet», este nombre ya no se me olvidó a mí. Ni esta otra observación: «Publica versos modernistas.» Sería mi primo Melchor, no mucho después, quien, hablando con mis padres, me diese alguna idea de eso.

De Mazzantini, muy corpulento y arrogante, se me quedaron grabados dos rasgos fisonómicos: cejas muy arqueadas y barbilla partida. Hablaba con mucha prosopeya, y si yo no hubiese sabido que era torero, le habría tomado por cómico. El conde de Garay —Víctor como le llamaban todos— usaba el primer monóculo

que yo veía. A Natalio Rivas, amigo más aún que pariente de mi padre, habría que considerarle, visto desde hoy, como un señor muy de su época; peinado de tupé y raya a un lado, las guías del bigote ensortijadas, cuello de grandes pajari-tas, corbata con una herradura de brillantes; la cadena de oro del reloj cruzando el chaleco, camisa y puños almidonados, botas de charol, el bastón colgando al brazo, hombre muy efusivo y conversador. Venía de la Exposición de París, y gustaba de describirla con todo detalle. Mi madre hizo gran amistad con su mujer, Concha, jovencísima, incluso a los ojos de un niño, Concha se hacía querer desde un principio por su natural agrado. Solían ir juntas a la tribuna del Congreso y alguna vez al teatro. Con ellas fui una tarde al Español, donde vi *El loco dios*, de Echegaray. No entendí nada. Pero me sedujo la voz de María Guerrero, a la que yo no había visto aún trabajar, ni tampoco a su marido, Fernando Díaz de Mendoza, pues no habían actuado todavía en Granada. Otra tarde volví con mis padres, y vi *El vergonzoso en palacio*. Los versos me gustaban siempre, y los trajes me parecieron lujosos y, de seguro, lo serían. Otra tarde estuve con mis padres y mi hermana Pilar en Lara. Vimos *El barón de Tronco Verde*, creo que de Ricardo de la Vega.

Pepe Sabater era hermano de María, casada con Juan Montilla, que iba para ministro, y primo de las Sabateres, tan amigas de mi madre y de sus hermanas, pues las había de todas las edades. Eran diez, todas guapas, vistosas, animadas, de bonitos nombres en su mayoría: Estrella, Amalia, Patrocinio, Bernardina, Fermina, Clara, Aurora, Pilar, Carmela, Pura... Venían a ser como una prolongación familiar, sobre todo en sus años de solteras. Todas casaron muy bien: una fue marquesa; dos, generalas; otra, presidenta de Sala del Supremo; dos o tres fueron esposas de ingenieros en pingüe posición. Yo conocía a Pepe Sabater porque siempre que mis padres veían una revista era seguro que se decían el uno al otro: «Mira a Pepe Sabater», pues no dejaba de aparecer retratado en todos los banquetes, fiestas de sociedad, etc. Yo comprendía muy bien la popularidad de Pepe porque los niños no dejan de apreciar la atención con que se les trata, y para mí siempre tenía caramelos que sacar del bolsillo. Cuando se enteró de mi afición a los libros,

me regaló uno, muy ilustrado, sobre las capitales de Europa. Yo no sabía aún que sus paisanos le hacían diputado o senador, pero lo hubiera considerado muy natural, y al enterarme de que en su quinta, en las afueras de Madrid, por Atocha, se celebraban muchos desafíos, pensé que todos contaban con él para todo, de puro servicial. Batirse no tenía nada de particular, y apadrinar o dar facilidades a los duelistas se estimaba como una señaladísima prueba de amistad. Lo sabía desde que mi padre tuvo un roce con el entonces alcalde de Granada, Fernando de Medina y Fantoni, y sus amigos más íntimos se le ofrecieron para apadrinarle en un posible duelo. Mi madre pasó días desagradables, pero aceptaba lo que mi padre resolviera, y dio un suspiro de alivio cuando se evitó el lance, gracias a la intervención del arzobispo, don José Moreno Mazón, hombre de mucho mundo, extraordinariamente obeso, que se constituyó en casa todo un día y aun pernoctó en ella para que mi padre no pudiera salir.

Durante nuestras estancias en Madrid parábamos en el hotel Iberia, a la entrada de la calle del Arenal. Pero a mi padre le gustaba comer en el «Buffet Italiano», en la carrera de San Jerónimo, y una noche en que mi hermana Pilar y yo, con Rosa, la niñera, que llevaba en brazos a Asuncioncilla, íbamos hacia allá, me pareció atravesar una Puerta del Sol distinta de la de cualquier otro día. Ni un solo pregón del *Tren Expreso*, de Campoamor, ni del *Zaragozano*, ni de *Don Nicanor*, tocando el tambor. Ni gentes charlando en las aceras. Ni un tranvía, ni tampoco un *simón*. Aquella Puerta del Sol era un mar humano con oleaje que iba y venía tormentosamente, según unas parejas de la Guardia Civil a caballo, se lanzaban en uno u otro sentido.

«¡Que no se casen! ¡Queremos clase!», cantaban algunos grupos de jóvenes como si se tratase del estribillo de un cuplé. Eran estudiantes que protestaban contra las vacaciones concedidas por motivos que yo no sabía cómo relacionar con la boda de la princesa de Asturias. Rosa, asustada, desconcertada, hacía lo imposible para ponernos a salvo de los pisotones y empellones. ¡Si no fuese más

que eso...! ¡Si la Guardia Civil disparase...! Y aunque no hubiera tiros, ¿cómo explicar a nuestros padres que Rosa nos había metido en el tremendo peligro de ser atropellados, arrollados, arrastrados, por aquella muchedumbre dislocada, de perdernos en uno de sus remolinos...? Otros gritos se alzaban más fáciles de entender: «¡Abajo los frailes!» «¡Viva la República!» Rosa no decía nada: temblaba y daba codazos, según podía. Sonó un cornetín. Ahora sí que se iba a armar... Pero instantáneamente la masa perdió cohesión, y dejándonos llevar por los grupos que huían hacia la calle de Espoz y Mina, nos vimos en la carrera de San Jerónimo. A la puerta del «Buffet» esperaban mis padres, nerviosísimos, desencajados por la inquietud, sin saber qué partido tomar. Yo les abracé como el que vuelve de la guerra, puerilmente ufano de mi imperturbalidad. Había recibido el bautismo del fuego..., que no llegó a arder.

No, no se hizo fuego en la Puerta del Sol en aquel preciso momento; luego, ahí mismo, o en otro lugar de Madrid, no lo sé; al menos no lo oí comentar. Pero en Granada hubo, por lo menos, un tiro que causó la muerte de un muchacho en la calle de los Reyes Católicos. Todo el alboroto estuvo organizado por una Sociedad de trabajadores, «La Obra», que había fundado Rafael García-Duarte, el médico que frecuentaba nuestra casa, en colaboración con un tipógrafo italiano, Gabriel Llanelli. «Me han desbordado los obreros. Yo los organicé para educarlos», decían que Duarte había dicho. Mi padre, hablando de ello en una sobremesa, recordó que en cierta ocasión le había advertido: «Tenga usted cuidado, Rafael... Esos cuervos son los peores de criar. Le sacarán a usted los ojos...»

¿Qué relación guardaba con tales motines el estreno de *Electra*, en el teatro Español, de Madrid...? Se barajaban en las conversaciones que yo oía, dos nombres no desconocidos para mí: el de Galdós, porque había leído ya algunos *Episodios nacionales* —¡aquel inolvidable Gabriel Araceli...!—, como antes digo, y el de Francisco Fuentes, porque yo le había visto trabajar ya en Granada, como también antes refiero. Le admiraba a la manera asombradiza del párvulo, y me hubiese

encantado que mis padres me hubiesen llevado al Español. «Ni lo pienses...», me dijeron a una. «Eso no puedes verlo tú, ni nosotros tampoco hemos ido.»

Algún tiempo después también decían que una zarzuela de la que se hablaba muchísimo, *Enseñanza libre*, tampoco se podía ver. No era fácil presentir que, al cabo de treinta años, oyerá yo al maestro Falla, sentado al piano en su Carmen de la Antequeruela, el tango y el chotis de *Enseñanza libre*, que a principios de siglo sólo cantaban, y no sin cierta picardía, las criadas, los estudiantes desenvueltos y los aficionados incondicionales a la «sicalipsis». El maestro Falla hizo girar el taburete cuando acabó de tocar aquellos números de *Enseñanza libre* para decirnos:

—¡Este Jerónimo Jiménez! Tenía tanta inspiración y gracia como Chueca, que ya es tener, solo que, además, sabía mucha música. A lo mejor no saben ustedes que en el mismo curso del Conservatorio de París en que Debussy obtuvo el segundo premio de piano, Jerónimo Jiménez sacó el primero de armonía y composición.

Meses antes fuimos todos a Sevilla: «la familia del to Maroma», decía mi madre. Natalio animó a mi padre al viaje. Natalio acompañaba a Moret, que sería mantenedor de los Juegos florales anunciados para un día de la Feria, y mi padre, que era moretista, tenía gusto de asistir a los homenajes que se rendirían a don Segismundo, aparte la satisfacción que él experimentaría en que todos conociésemos Sevilla. Los Juegos florales quedan postergados en mi recuerdo. Muy adornado el teatro de San Fernando. Mucha gente, vestidísima. Moret habló mucho, con voz muy entonada, de España, de Sevilla y del amor. Caballero alto, de porte muy señorial: la barba, amplia y cuidadísima; los bigotes, largos y afilados en sus puntas. Yo nunca había visto ademanes tan acompasados a una palabra que me parecía cantar. Otro día le dedicaron una fiesta en un barco precioso, que nos dio un paseo por el Guadalquivir, hasta que un golpe terrible de lluvia acabó con la excursión. Yo era quizá el único niño que iba en el barco. «Eres el más joven de

mis correligionarios», me dijo don Segismundo, pasando su blanda mano por mi barbilla.

Mi gran curiosidad era ver la Giralda. Pero no me sorprendió la que yo vi, como en las tarjetas postales, pegada a la catedral, sino la que asomaba por sorpresa, a la vuelta de muchas esquinas o por encima de cualquier tejado, dominándolo todo con un estupendo y alegre señorío. Al Real de la Feria nos llevó un señor muy prestancioso, don Félix Urcola, gran amigo de mi padre, pues se tuteaban. Era un caballero alto, fornido, con barba —¿cómo no?— y un sombrero de anchas alas, no de ala ancha: hombre decidor y que desbordaba buen humor. Su coche era de los mejores que iban y venían por la Feria, con extraordinario lujo en los tiros y guarniciones. «¡Cómo la gozaría a papá Rafael!», dijo mi madre.

Por saber yo —o medio saber— lo que era la Feria de Sevilla, me sentí capacitado para discutir con mis amigos de Granada y mis compañeros de colegio sobre qué ciudad era mejor: Sevilla o Granada; Málaga tenía muchos partidarios.

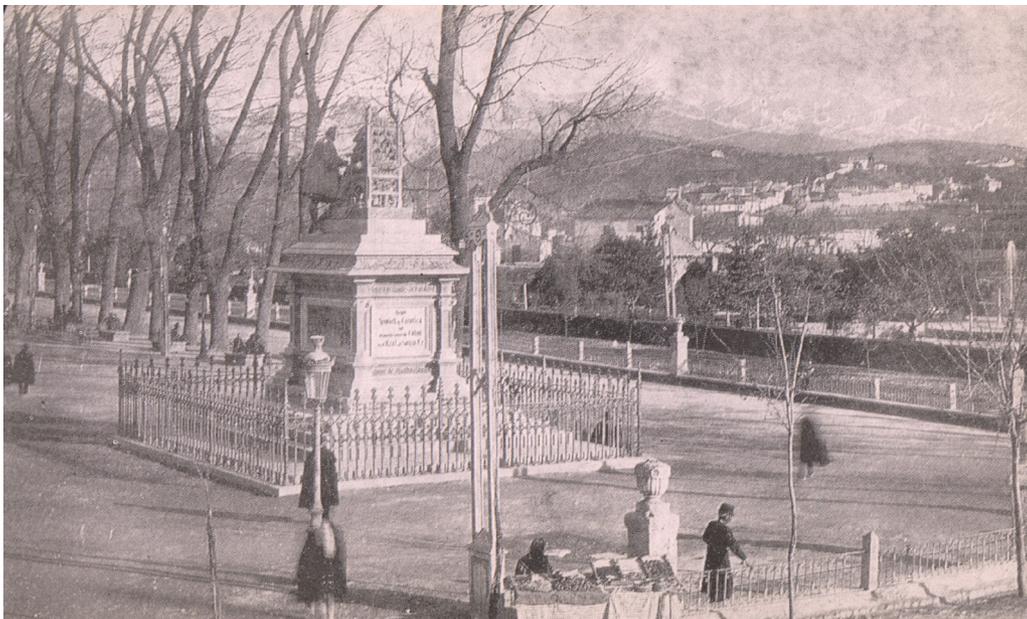
«¿Cómo vas a comparar la calle Larios con la de las Sierpes?», decía, por ejemplo, un sevillano a un malagueño.

La cuestión se complicaba cuando sevillanos y granadinos sacaban a relucir el barrio de Santa Cruz y el Alcázar frente el Albaicín y la Alhambra. Se solía llegar al empate. Pero los malagueños no se conformaban y aducían nada menos que el mar. Recuerdo que una vez se hizo imposible seguir la discusión por lanzar un granadino este argumento: «¿Dónde habéis visto una Sierra Nevada a pleno sol...?»

Fuimos varias veces de Madrid a Granada y de Granada a Madrid. Motivó uno de estos viajes la necesidad de que mi padre hiciese acto de presencia en Guadix por ser candidato a la diputación provincial por ese distrito. Nosotros nos quedamos

en Granada, y él se trasladó a Guadix, donde debió de pasar algunos malos ratos en una ingrata lucha electoral. No le fue favorable el resultado, pero no por eso perdió su buen humor característico. Mi padre reaccionaba pronto ante cualquier contrariedad, y la ilusión por algo jamás le abandonaba. De su temple adquirí yo una idea muy clara y directa un día en que se levantaron los colonos o renteros o peones de labranza del Porcal con tormentosos barruntos de protesta. Por lo visto, exigían determinadas ventajas en sus jornales, y debió de soliviantarlos un catalán, Joaquín Vives, que leía con asiduidad, según observó mi padre, *Las dominicales del libre pensamiento*. Ello fue que una mañana se manifestaron aquellos hombres tumultuariamente, invadiendo el patio de la casa. Clamaban airadamente por ver a «Don Ricardo», y mi padre prefirió bajar para oírles, de hombre a hombres, y no que subieran en comisión, esto es, en tropel, que sería difícil desalojar luego. Muy alarmados, atisbábamos nosotros por las ventanas entreabiertas, y veíamos cómo el mar de cabezas, voces y puños se abría al paso de mi padre, muy dueño de sí, con la varita mágica de su gesto cordial. Había bajado sin arma alguna, por supuesto, y logró que la tempestad se aquietara.

Tanto a mi padre como a mi madre les hubiese complacido mucho que yo me aficionase al campo, a la caza, a los ejercicios físicos. Pero no... Lo que sí llegó a gustarme era montar a caballo, y daba vueltas, por la tarde, en una jaquita al paso. Cuando trotaba, me sentía a disgusto, y no era porque me asustase, ya que en una estúpida e imprevista prueba acredité mi valor, si es valor la impasibilidad, la inconsciencia, la actitud pasiva ante el peligro. Ello fue que para llevar la remolacha de todos aquellos cortijos a la fábrica de la Poveda, se estaba construyendo un ferrocarril que casi sería un juguete, y como se tendiesen completamente al aire unos carriles de orilla a orilla del Jarama, por vía de prueba —digo yo— del puente que se proyectaba, los obreros se dispusieron una mañana a lanzar una vagoneta o volquete.



*Monumento a Colón en el Paseo del Salón, de Granada,  
y vista de Sierra Nevada*

«¿Te quieres meter ahí...?», me dijo uno, en tono estimulante o tal vez bromeando. Pero debí de asentir, sin más, porque me encontré metido en la vagonetilla con alarmante vaivén, sobre la improvisada vía sin traviesas ni defensas; abajo, el río, tan ajeno como yo mismo al riesgo, pequeño pero cierto, que corría, sin inmutarme en absoluto.

«Eres más valiente que los boers», me dijeron los del lado de allá.

Algunas noches de las que pasábamos en Madrid, mis padres se vestían de etiqueta para ir al Teatro Real. Mi madre se despepitaba por la ópera, como decía ella misma. Le gustaba mucho cantar al piano arias de *Lucía* o del *Barbero de Sevilla*. Mi padre no compartía esa afición, y con su habitual buen humor decía que lo mejor de las noches del Real estaba en los entreactos, que permitían salir al foyer o subir a algún palco para charlar un rato. Una noche extremaron mis padres sus «tiros largos», porque estaban invitados a un baile en casa de la marquesa de Squilache, y otra vez hicieron lo propio para asistir a una recepción celebrada en Palacio con motivo del Congreso Iberoamericano. («Papá, ¿qué otra clase de Congreso es esa...? ¿Qué es ser iberoamericano...?»).

Por la carrera de San Jerónimo —me parece que fue ahí— vimos pasar un entierro con imponente acompañamiento de chisteras. Era el entierro de Campoamor, el poeta tan sabido por mis padres, como por tantas otras señoras y tantos otros caballeros. Se citaban, aquí o allá, versos de Campoamor más aún que los refranes, como también versos de Bécquer. Esa común popularidad de Campoamor y de Bécquer parecerá extraña a muchos, por el lastre prosaico del uno y el vuelo lírico del otro. Pero en la vida todo se mezcla, y cualquier incidencia vulgar sugería la glosa de una «dolora» o de una «humorada» demasiado sensatas, mientras que las «rimas» de Bécquer daban a los novios de entonces, por lo visto, la más expresiva fórmula de su amor. Una de las más antiguas e íntimas amigas de mi madre se sabía de memoria —o poco le faltaba— a Campoamor y a Bécquer. Esa

amiga, María Teruel, tenía mucha personalidad, de puro romántica, con tendencia —ahora me lo explico— a novelarlo todo. Era de Baeza, hija de un senador y mujer de Alfonso Guiral, que había sido alcalde de Granada, ganaba copas y más copas en el tiro de pichón no solo en Granada, sino en Madrid y Sevilla, y pronto sería el iniciador, en Granada, de las empresas cinematográficas, levantando en la plaza de Bibarrambla el «Palais Victoria», nombre este de su hija, niña muy guapa, rubia, amiga, como sus dos hermanos, de nosotros tres. Asunción, mi hermana menor, despertaba a la vida con la alegría y risueño bullicio de un surtidor. Su precocísima inteligencia maravillaba a todos. Alarmante, peligrosa, malhadada precocidad.

Mis padres lo pasaban muy bien en Madrid y en el campo. Pero el negocio agrícola debía de andar mal. Mi hermana Pilar, cinco años mayor que yo, recibía algunas confidencias de mi madre, que la decía: «Reza mucho, conmigo, con tus hermanos...» Y a mi padre le animaba: «Verás como todo se arregla...» En mi padre se advertía, a ratos, un abatimiento grande.

Había que volver a Granada, como de costumbre: «Pronto tenemos que empezar las visitas de despedida...», oí decir a mi madre, no sin cierta melancolía.

«Sí —repuso mi padre, más melancólico aún—, tenemos que despedirnos de muchas personas... y de muchas cosas.»

Cuando regresamos a Granada, sin plan ya de volver en corto plazo, había avanzado mucho la construcción del ferrocarril de Moreda, que hacía innecesario el antiguo rodeo por Bobadilla para ir a Granada. Llegamos por la nueva línea hasta Deifontes, y allí nos recogió un coche que nos llevó a la puerta de casa, de la que volveríamos a salir, naturalmente, para otros viajes, incluso a Madrid, pero no recorreríamos ya más —nunca más— el camino del Porcal; aquel carril bordeado de álamos que hacía recordar a mi madre los del Saladillo, los románticos álamos

de su juventud, en la finca predilecta de papá Rafael, en término de Villacarrillo, los álamos en cuyo tronco mi madre y mi padre, novios todavía, gustaban de grabar, con una navajita, sus nombres entrelazados o cruzados, como recordaban, tantos años después, enternecidos todavía, transmitiéndonos una emoción que yo estoy por calificar, indistintamente, de becqueriana o de campoamorina.

# VIII

## MIEDOS DE GRANADA

Me gustaba mucho entrar en las habitaciones a oscuras y permanecer en ellas largo rato, para demostrar que no me asustaba de nada, o quizá, por el contrario, para poner a prueba el miedo que, a pesar de mi alarde —no sé hasta qué punto consciente—, pudiese tener; no lo sé.

Así solía, a veces, perderme en mi casa, grande, antigua, con habitaciones a distinto nivel, salvado por escalones, cuando no por escaleras. Se trataba realmente de dos casas en una: centrada la principal en un patio de mármol con fuente de alto surtidor, entre macetas de bambú; un amplio cenador, con sofá, sillas y mecedoras de rejilla; de colores, los cristales de las puertas, y a mí me gustaba mirar por ellos para ver las cosas, el patio mismo, a rara luz azul, roja o verde. Larga cuerda tendida desde una ventana de la primera planta a la cancela permitía levantar el pestillo si alguien hacía sonar la campanilla. «¿Quién es...?», preguntaba la criada. «Paz», respondía el recién llegado. Centrábase la otra casa, accesoria, en un patinillo con pilar de oscura piedra y caño de chorro constante. La cochera, al lado. El pilar arrullaba de noche mi sueño, por dormir yo en un cuarto que daba a ese patinillo, junto a una terraza, con macetas de geranios y albahaca, bajo una parra que pintaba en el suelo jirones de sol. Una de esas terrazas, con aires de carmen, como el patio y el patinillo, que pintaba Muñoz Lucena, según yo lo veía en el *Blanco y Negro*, cuyas estampas tanto me solazaban cuando mi madre, por algún constipado o calenturilla, me obligaba a quedarme en cama.

Pero mis preferencias me llevaban siempre hacia el segundo piso y hacia la torre, que me permitía ver otras torres, presentir otros patios, en un paisaje de tejados y azoteas, realizado por torres de iglesia —San Matías, Santo Domingo—, al alcance de mi mano, de mi oído; a mayor distancia, el ancho cubo amarillento tostado de la catedral, y en lejanía, Sierra Nevada, blanca, blanquiazul, al sol de la mañana y de la tarde: azul, violeta, encendida por el sol poniente, en rojos muy vivos; plateada, en el plenilunio. Y girando la cabeza hacia atrás, la torre de la Vela; otro cubo, bermejo, con su campana, oída de noche entre sueños.

Los cuartos oscuros me atraían, sobre todo uno que era casi un desván donde se arrumbaban los muebles inválidos, las cosas que ya no servían para nada, y, pretextando buscar algo, yo subía hasta allá, dejando la palmatoria en un poyetín del pasillo. Pasado algún rato, me llegaba la voz inquisitiva de mi madre o de mi padre, lanzada por el hueco de la escalera:

—¿Dónde te metes, chiquillo...?

A veces cerraba yo la puerta para aislarme más y que no entrase luz alguna, extremando la prueba a que yo no sé por qué me sometía, y la amorosa voz apenas si me llegaba; voz soñada más que oída, y hoy oída en el recuerdo mejor que nunca. Quizá oyese esa voz más veces de lo que correspondía a la realidad. Mi natural temor a ser sorprendido en mi tonto refugio, prejuizaba un reproche en las naturales preguntas:

—¿Dónde estás...? Pero ¿qué haces ahí...?

—Nada... Ya bajo...

Tal vez soñaba. Acaso estuviese la clave del capricho que me rodeaba de sombras, en soñar, o hacer como que soñaba, si soñar es no pensar en nada. Alguna

vez sí que me dormía, arropado por la tiniebla, cómodamente, como sí estuviese en mi cama y no en un sillón cojo, con la tripa de algún muelle fuera. Me gustaba, sí, hasta una orgullosa satisfacción, probar mi impavidez entre las sombras de que tantos fantasmas pudiesen surgir, y en contraposición a los asustadizos niños de mi edad, amigos míos, y a sus niñeras y a sus criadas todas, e incluso a muchas gentes mayores, que hablaban de duendes, aparecidos, fantasmas, por supuesto, y, concretamente, de una «casa de miedo», no lejos de la nuestra, que había en el Realejo, deshabitada muchos años hacía; cerradas las puertas, ventanas y balcones, rotos los cristales, pero no los mismos de siempre, sino otros distintos, como si alguien por dentro se dedicase a romper los que iban quedando o a sustituir los ya rotos. Mas la absurda luz que se apagaba y se encendía, según las rendijas de un balcón mal cerrado, que alguien andaba por la casa. Y era lo más impresionante un sordo y profundo ruido de cadenas, que hizo mudarse a un vecino, no obstante ser persona tan valerosa que había ganado en la guerra de Filipinas dos ascensos: «Con los muertos que vuelven no quiero nada...», decía.

Yo pensaba que tenía razón. Si los muertos volviesen sería terrible... Pero ¿a qué iban a volver? ¿A meterse en aquella casa tan incómoda, para no ver ni ser vistos? Muestra cocinera aseguraba que se había encontrado, en la plaza de Santo Domingo, un fantasma la noche en que tuvo que salir, porque le avisaron, con tremenda brusquedad, que su madre había muerto de repente. Mis padres y Pilar, mi hermana mayor, se reían del fantasma. Pero la cocinera insistía: «El fantasma se metió por el cobertizo de Santo Domingo, y era de los peores, porque yo sentí un escalofrío que me dejó medio muerta. El fantasma dejó atrás una luz muy rara, como de mixtos —cerillas o fósforos, quería decir—. Los duendes no me dan miedo. Los duendes son otra cosa.»

El más popular de los duendes era *Martinico*, muy bueno y servicial. Rosa, mi niñera, me contaba que los duendes de la casa donde *Martinico* se había instalado por una temporada —¿cómo iba a vivir si no...?— se mudaron para huir de él, porque

les iba resultando engorroso, y como ya en la casa nueva echaran de menos las aguaderas, oyeron la inconfundible voz aflautada del duende, que decía: «Yo las llevo...» Le había tomado cariño a aquella familia, y se mudó con ella. Todo cuanto se perdía lo encontraba *Martinico*, y en algunos ratos de buen humor jugaba a esconder las cosas, para darse el gusto de encontrarlas y devolver la tranquilidad a los embromados señores.

Los duendes, por lo visto, eran más caseros que los fantasmas, aficionados a la calle, a barzonear o valsonear a sus horas. Preferentemente las de la noche, desde luego. En cuanto oían el toque de ánimas, los fantasmas del barrio se echaban a la calle, para cumplir la misión que oficiosamente se atribuían, andando de aquí para allá: pasar revista a los novios de amores contrariados, que solo se atrevían a *pelar la pava* por la reja, en las últimas horas de la noche, y a los borrachos, que no se acostaban nunca, porque les amanecía en la calle y tenían que seguir bebiendo, fieles a su destino. Para mí, el borracho no podía dejar de serlo. Yo siempre veía pasar a los mismos borrachos por mi calle de Jesús y María. Si los serenos daban fe de su vigilancia cantando las horas y golpeando el suelo con el chuzo, los borrachos se descubrían con un «¡Viva la República federal!» u otro por el estilo, cuyo sentido tampoco llegaba yo a penetrar.

¿Y si el fantasma era un borracho o un novio más...? Algún trasnochador que no creía en tales apariciones aseguró haber visto a un fantasma entrar en una taberna, no sé para qué —discurría yo—, porque el vino, sábana adentro, no podía saber a nada. Los fantasmas iban ensabanados, en eso estaban todos de acuerdo. ¿De qué otra manera podrían vestirse...? ¿Es que una sábana bastaba para que los fantasmas se pudiesen considerar vestidos...? Pero ningún fantasma, me contestaba a mí mismo, es una persona, sino un fantasma, precisamente. Medio vestido, medio desnudo; medio espectro, medio ser de carne y hueso.

Y la vela encendida que, según algunos, llevaban en lo alto —sobre la cabeza, sobre la calavera, sobre el vacío—, ¿para qué podía servir a los fantasmas? Gracias a la vela algo verían, ya que las farolas las apagaban muy pronto. Pero ¿tendrían ojos los fantasmas...? Si los fantasmas eran muertos —¡también era gana de callejar!—, habrían perdido los ojos, como otro cualquier muerto, al cerrarlos para siempre o serles cerrados por alguien de la familia. Me había producido ya honda impresión el oírle decir a mi tío Rafael que él cerró los ojos a su padre (la muerte no se basta para ultimar la caracterización de un cadáver: necesita de la mano del hombre).

En fin, los aparecidos, reales o simulados, no me amedrentaban, y si sentía miedo ante los muertos, era precisamente porque no volvían. No temía a las cosas cuya existencia o inexistencia pudiera comprobar o eludir, y en cualquier caso, me era especialmente grato el misterio, aunque nada fuese misterioso en su raíz. Pero me inquietaba todo aquello que no estaba a mi alcance prever, y lo que exigía de mí una cierta actitud que no fuese la pasiva, la de abandonarme, de igual suerte que me entregaba a las sombras, sumo estupefaciente, con el mundo sensible desvanecido.

No era raro oír hablar a las personas mayores de que el río Darro reventara el día menos pensado, en la Puerta Real, bajo cuya bóveda corría, desde las angosturas del Sacromonte y Jesús del Valle, en busca del río Genil. Lo anunciaba una copla, muy cantada y recantada:

Darro tiene prometido  
el casarse con Genil,  
y le ha de llevar en dote  
plaza Nueva y Zacatín.

Yo pasaba por la plaza Nueva y el Zacatín, por la calle de los Reyes Católicos y por la Puerta Real, no sin cierta inquietud; a ver —me decía— si los adoquines que cubren el río saltan de pronto sobre mí, sobre todos los transeúntes, sobre los veladores del café de España o del Suizo, sobre las tiendas, salpicándolo todo, de agua, fango, piedras, ratas... Lo más temible era para mí la rata, la asquerosa rata de agua que yo jamás vi, pero que debía de ser una enorme ampliación en hocico, pelo sucio y rabo de aquellos ratones de que alguna vez huí asqueado en un camaranchón de la Casería del Carmen, en Albuñol.

«Pero lo que lleva el Darro es oro», decía, como descubriéndome un mundo fabuloso, Paquito Soriano, el niño más gordo de Granada y de los más listos. «No, no. Ratas, muchas ratas», replicaba Rafaelito Duarte, hijo y nieto de los médicos de casa. «Cómo va a haber oro en el barro, entre tantas porquerías...? Ratas, muchas ratas...»

«Donde el Darro lleva oro es fuera del embovedado —insistía Paquito Soriano— y lo recogen unos hombres, por el Carmen de las Chirimías, y bajando por el camino del Avellano...» Pero si el río reventaba, seguía yo conjeturando, las ratas saltarían como fieras, más que terribles, nauseabundas, dispuestas a tomarse el desquite de tanto tiempo entre las porquerías del río enterrado y sin tener idea del aire libre ni del cielo. Y algo más aún: ¿No se llevaría el Darro la pastelería Suiza...? A la pastelería Suiza o al café Colón, en esquinas gemelas, nos llevaban mis padres al volver del paseo del Salón, donde su coche, con tantos y tantos otros —landós, berlinas, jardineras, *charrettes*...—, daban vueltas y vueltas, mientras, si era jueves o domingo, la banda del regimiento de Infantería tocaba en su «quiosco» músicas que no se pegaban al oído y otras que sí, tanto, que eran tarareadas por cualquiera, aquí o allá, con su letra y todo.

¿Dónde vas con mantón de Manila,  
dónde vas con vestido chiné...?

Pero ¿qué sería de la pastelería Suiza, de la Puerta Real, de la acera del Casino, si al Darro se le hinchaban las narices, como decía tío Fernando el joven? Ya fue triste que ardiese «La Estrella del Norte», paraíso de los niños, tienda de juguetes de donde procedía, sin duda, el que más me gustaba por entonces entre los míos: una gran mariposa metálica, que parecía volar si se izaba y agitaba en el aire el largo palo en cuyo extremo estaba prendida.

Me sabía de memoria el número de campanadas con que las parroquias avisaban que se había declarado un incendio y en qué barrio. *Una*, San Ildefonso; *dos*, San José... Vi una mañana cómo salía humo muy espeso de una casa de la calle de San Matías y cómo los bomberos hacían funcionar una maquinilla que no era mucho más grande que una regadera. Dirigía la operación, no sin cierta solemnidad, un señor de gran porte, don Antonio Joaquín Afán de Ribera, del que ya hablé antes: caballero de Malta y jefe de bomberos. No obstante su posición social, y a pesar de su nombre literario —«El de las tres Estrellas», en *El Defensor*—, a don Antonio le gustaba más que nada mandar a los bomberos y vestir el cargo. Un deporte como otro cualquiera... cuando no había deportes.

A mí me divertía, más que hablar con los niños de mi edad, oír a las personas mayores que se reunían en mi casa o en las tertulias que mi padre frecuentaba, como la que fundaron, entre varios compañeros del Colegio de Abogados o del Ayuntamiento, en un saloncillo de la parte alta del Zacatín. O como «La Pajarera», en el café del Pasaje, animada más que por nadie, según las veces que le oía nombrar, por don José España, catedrático de la Universidad, diputado y orador, más escuchado en la tertulia que en el Congreso, hombre desconcertante y bohemio, al que yo tal vez no viese nunca, pues murió por entonces. Pero sí recuerdo a un viejo de facha estrafalaria, con fama de listo y buen matemático, concejal republicano, don Luis Sansón. Le recuerdo por oírle hablar de esa posibilidad de que reventase el Darro, que tanto me hacía temer. Don Luis Sansón, hombre de muchos números y muchos cálculos dentro de su barbada y melnuda cabeza, sos-

tenía que el Embovedado era una construcción perfecta por su solidez, lo que no lo estorbaba para sentir la nostalgia del río descubierto. Alcanzó don Luis aquel tiempo, y describía, conmovido, el aspecto del río a la espalda de las casas, bajo puentes de verdinosa piedra, algunos de cuyos nombres yo retuve por persistir en las calles de que habían sido prolongación: «Puente del Carbón», «Puente de Castañeda», más otros que no sobrevivieron: de la Paja, de San Francisco, del Alamo... De noche —reconocía don Luis— daba miedo el pasar por la estrechísima acera, al pie de las casas que tenían su entrada por el Zacatín. Daba miedo el Darro, ya que no por el caudal de sus aguas, por la oscuridad, por la soledad, por el silencio del lugar. Pero ¡qué pintoresco, qué escenográfico debía de ser...!

«Daba miedo», recalca don Luis Sansón, con una vocecilla que daba miedo también, por afilada y fría, como un cuchillo que llevase entre los dientes y que, al cabo, tal vez pudiera ser blandido por las manos sarmentosas y casi negras del aquel hombre desmirriado que se parecía excesivamente, por sus barbas, su gesto agrio y hasta por la hopalanda u holgadísimo abrigo y el apuntado sombrero, a los judíos que me eran conocidos por las estampas de la Historia Sagrada: el Fleury.

Daba miedo el Darro a los viejos que llegaron a verlo al desnudo de sus pobres aguas y sus chinarrs. Daba miedo también a los jóvenes y a los niños que lo veíamos bajo bóveda sepulcral. Pero no había que fiarse...

Yo no sé si en Granada había más motivos de miedo o de alarma que en otra cualquier ciudad menos hechizada por oscuras fuerzas que, si habían creado maravillas, no renunciaban, por lo visto, a destruirlas. Porque ¿y si la Alhambra se hundía, cayendo sus torreones precisamente sobre el Darro, allá por el paseo de los Tristes y por San Pedro...? Yo no sé, repito, si en la Granada de mi infancia había motivos excepcionales para sentirse a un paso de reiteradas catástrofes, o si yo estaba predispuesto a dejarme envolver por las heladas ondas de un miedo

supersticioso. Ello es que contaba y recontaba las posibilidades de ese tipo. Además de las consabidas, del río que reventara y de la Alhambra que cayese víctima de su fragilidad, no faltaba quien señalase el peligro de una explosión total de la Fábrica de Pólvora del Fargue. Y la amenaza de las mujeres del Albaicín, que bajarían a la ciudad, desgañadas y coléricas, faca en mano, el día en que subiera el precio del pan, como más de una vez lo habían hecho, según refería tío Eduardo, al grito de «¡Pan a ocho!»

A que se derrumbase la Alhambra o a que ardiera por los cuatro costados, como ya se había incendiado, pocos años atrás, la Sala de la Barca, no le concedía Sansón —mi mentor, sin saberlo él, en miedos y alarmas— excesiva importancia. Era muy progresista, y la Alhambra, sobre ser un legado de siglos recusables por su atraso —debía de pensar, probablemente—, apenas si era otra cosa que una absurda y endeble obra de yeso y madera. No podía ser más explícito, en descargo de su conciencia, cuando confesaba, con implacable desdén: «Yo solo he subido a la Alhambra una vez, y eso porque fui en comisión con el Ayuntamiento.»

Más directamente nos afectaba a los niños «el Sacamantecas». Pero nos decíamos, ¿para qué querrá ese hombre las mantecas de los niños...? Algunos padres, para atemorizar a sus hijos, solían decir: «Que viene el Sacamantecas», y lo decían de tal manera, con tan visible escepticismo, que «el Sacamantecas» nunca llegó a asustar tanto como el *coco...*, si es que el *coco* asustaba. El «Sacamantecas», sin duda, no existía en Granada, y sí —por lo que luego supe— en Vitoria, apellidándose algo así como Garayo. Quien tenía muy próxima vida real era un tal Terribas —«Terriblas», como decía Paquito Soriano—; porque terrible tenía que ser un hombre capaz de envenenar a sus hijos con pasteles para deshacerse de ellos e irse a vivir con una mala mujer. Y Terrón, «Terroncico», ya que no Terribas también, se llamaba un bandolero de Motril: hortera muy decente de dicha localidad, que no sé por qué delito de amor saltó de la tienda al monte, y no paró de

hacer fechorías hasta que murió en un encuentro con la Guardia Civil. Terribas, Terrón: todo terrible.

Nunca he sabido de crimen tan nefando como el llamado «del Castillo de Locubín», por el pueblo donde fue perpetrado. Las personas mayores hablaban de él en voz baja o en términos indirectos, con sobrentendidos y perífrasis, para que los niños no nos enteráramos, y fue oyendo por la puerta enteabierta del despacho de mi padre a Lucianico Rivas —don Luciano, para los demás— como yo me enteré del crimen mucho menos que a medias, pues oí cosas que yo no acababa de comprender ni lo quería. Luciano Rivas había asistido en capilla al reo, antiguo compañero suyo de Seminario, ejecutado la madrugada misma del día en que Luciano contaba sus impresiones a mi padre. El relato, aun sin comprenderlo, me escalofrió. Tan difícil de contar era el crimen que, según me enteré después, el jefe del Gobierno, Sagasta, resuelto a denegar el indulto que siempre se pedía, discurrió el siguiente ardid: en la rituaría visita de los senadores y diputados de la provincia, instó a don Felipe Sánchez Román, que llevaba la voz del grupo, para que contase el crimen y las circunstancias en que hubo de ser cometido. Sánchez Román inició el relato con tan rebuscados rodeos y cautelosa lentitud, que Sagasta, obtenido ya el previsto afecto, no pudo por menos de decirle; «Pero amigo Felipe, si usted no sabe cómo contar el crimen de tan monstruoso que es, ¿cómo voy yo a contárselo a la Reina para proponerle la concesión del indulto...?»

Los niños más picardeados reconstruyeron, en su despierta imaginación, el repugnante crimen, sabe el demonio en qué términos. Pero hasta los niños más inocentes se interesaron por los detalles de la ejecución del reo, que a todos nos llegaron deformados por terrorífica tradición popular. Las velas que alumbraron la capilla eran verdes. La hopa, amarilla. La túnica del verdugo, negra. El verdugo había cobrado su paga en una bolsa tirada a sus pies, y besó al reo, pidiéndole perdón, al sentarlo en el sillón del garrote vil. El reloj de la cárcel fue retrasado en cinco minutos, por si llegaba el indulto. El indulto no sería preciso si el verdugo

era torpe y no resultaba estrangulado el reo a la primera vuelta del corbatín, pues la Reina perdonaba en ese caso. Muchos, grandes y chicos, fueron a ver cómo izaban la bandera negra en la Cárcel baja.

Otro crimen que me produjo efecto hondísimo, hasta el punto de quitarme el sueño por unos días, fue el asesinato de una señora que yo había visto poco antes, porque mi madre la visitaba alguna que otra vez, por ser prima de su abuelastra, «chacha Justa», viuda de mi bisabuelo Melchor Ignacio. Aquella señora, fondona, muy emperregilada, de bonitas manos con muchas sortijas, se llamaba Pastora García de Alarcón y Vallejo. Vivía en una casa de la calle de la Gloria, y la mataron, para robarla, su criada Antonia Samos y el novio de ésta, Diego Serrano, apodado *Perrinche* o algo por el estilo, quienes quedaron defraudados, pues se dijo que solo encontraron en el descerrajado armario cuatro cuartos y no sé que alhajas modestísimas. Cuando se celebró la vista en la Audiencia, yo me empeñé en que mi padre me llevase, y un ujier, de aquellos ujieres de facha prócer que voceaban por los pasillos: «¡Señor Presidente, señor Fiscal de Su Majestad!», me instaló en una silla, junto al estrado, con el posible disimulo, y como yo, al pasar junto al banquillo, le diese un fuerte codazo, sin querer, al *Perrinche*, le oí decir: «Me vas a quitar de en medio, niño, antes de tiempo», con un tono granguiñolesco que no olvidaré nunca, como tampoco su rostro patibulario.

Me aficioné demasiado a los juicios orales, hasta que mi padre tuvo el buen acuerdo de no llevarme más a la Audiencia: majestuoso, imponente, viejísimo palacio que me divertía mucho, pese a la adustez de su traza y ornamentación y a la gravedad de las funciones que allí se ejercían o se representaban, con extraños reflejos de la vida, como si se tratase del teatro, sobre todo en las galerías o pasillos, donde las gentes, con predominio de la baja o campesina, hablaban a gritos, gesticulaban, lloraban, discutían, se abrazaban, se iban, volvían, esperando algo, en un ambiente de general y anhelosa impaciencia.

En la sala que llamaban «de lo civil», solo entré una vez. Ahí no me entretenía. Apenas público: atmósfera en calma. Hablaba un señor pequeñito, enjuto, de ojos muy vivos, con palabra reposada y a media voz, sin emplear las frases dramáticas que me eran familiares, por oírlas en las otras salas: «a mansalva», «nocturnidad», «le asestó una feroz puñalada», «arrebato y obcecación»... Le oí, en cambio, una palabra rara, la más misteriosa que yo había oído: «enfiteusis».

Ya conocía yo a los abogados, compañeros de mi padre, y el que hablaba en la Sala de lo civil se llamaba don Guillermo García Valdecasas, que andando el tiempo sería catedrático mío en la Universidad, y, más que nada, orientador en lecturas y estudios varios. Luego hablé, con palabras muy lentas y aire solemne, pero también sin alzar la voz como los criminalistas, don Enrique Gamir Colón, superviviente, por lo que yo oía decir, de la gran época de los Bolívar y de mi tío Melchor.

Abogados la mayoría de mis ascendientes y colaterales, ¿lo sería yo también? En mi gusto por asistir a la Audiencia, ¿apuntaba la vocación? La curiosidad que me llevaba a la Audiencia pasó pronto, no sin abrir un período intermedio respecto a futuras aficiones. Me reduje a leer en los periódicos de Madrid la información de «Tribunales» y recortando la que en días sucesivos hubo de publicar el *Diario Universal* acerca de la vista del proceso seguido a Cecilia Aznar, y pegando con goma arábica esos recortes en pliegos de papel de barba formé un libro al que puse de título una frase que me había llamado la atención en otro periódico: «El segundo crimen famoso de la calle de Fuencarral.» No paré de preguntar hasta que mi padre me dijo cuál había sido el primero. El tarro de goma arábica no le dejé ya nunca de la mano. Hice lo mismo con la información del crimen de Don Benito. ¡Pobre Inés Calderón, pobre también su madre, acorraladas por dos señoritos depravados, con la complicidad de un sereno horrendo!

Pero varié pronto de materia en esa especie de rapsodias periodísticas a la muerte de Sagasta; aquel Sagasta del tupé que iba a hacer ministro a tío Melchor. Ya me dedicaría a coleccionar, por el mismo procedimiento del recorte, necrologías de políticos. Después de Sagasta, el duque de Tetuán... En seguida me extendí a biografías de nuevos ministros, o de aquellos otros, antiguos, que aún vivían, y como solían traer sus retratos esos mismos periódicos y revistas, me di a la tarea de copiarlos a lápiz o a pluma, y me divertía mucho más cuando me sentía capaz de rehacerlos a mi gusto, si se trataba, por ejemplo, de Aguilera, Moret, Montilla, Abarzuza..., a quienes yo había visto ya alguna vez o de los que oía hablar familiarmente en casa. Todo eso me divertía mucho más que jugar al toro, al salto de la muerte o a policías y ladrones.

En plan de alternar con otros niños, jugábamos en los patios de las respectivas casas, y muy raras veces al aire libre, en la placeta de San Matías, donde vivían los Aravacas: Pilarita, muy menuda y preciosa; Conchita, más pequeña; Nicolás y Mariano. Otra niña, estiradita y muy mona, se llamaba Almita Bowen. Ninguno sabíamos pronunciar ese apellido. Era hija de un inglés y había nacido en la India.

—Eso no puede ser —decía Nicolás, niño muy ingenioso y despejado—. ¡India y sin plumas en la cabeza! ¿Cómo puede ser india una granadina?

—Si yo no soy granadina. Nací en Calcuta —no recuerdo bien si dijo Calcuta o Bombay—, y mi apellido se escribe de una manera y se pronuncia de otra. Además, mamá es de Gibraltar...

Nada de esto explicaba que una india fuese una niña como otra cualquiera de las de Granada. Almita, con las otras niñas, cantaba, en rueda, «La viudita se quiere casar», «Doncella del Prado», «Al pasar el arroyo de Santa Clara», «Rey moro tenía tres hijas...» Nada me embelesaba tanto en las noches de aquel verano como oír

esas canciones del corro, más otra, muy graciosa por disparatada, que luego no he visto recogida en libro alguno:

Al salir de mi cuartel  
con hambre de tres semanas,  
me encontré con un ciruelo  
todo lleno de manzanas.  
Comencé a tirarle piedras  
y cayeron avellanas.  
Con el ruido de las nueces  
salió el amo del peral:

—Chiquillo, no tires piedras  
que no es mío el melonar.

De puro humano, es tópico el recuerdo de cuanto cantamos u oímos cantar en nuestra infancia para acompasar nuestra ulterior vida sentimental, obediente a un profundo ritmo secreto. Todos hemos abierto los ojos y los oídos al espectáculo del mundo bajo el ala tutelar de una canción que no olvidaremos nunca. No solo las canciones de cuna —demasiado perdidas en nuestra memoria incipiente— ni las del corro infantil, sino aquellos cantables de moda que, de niños, oíamos a las personas mayores, sin darnos cuenta de la virtud asociativa de la música, esa que llaman «pegadiza», tan superficial como se quiera, pero adherida, para siempre, al recuerdo de cualquiera, magnate o pobre hombre, sabio o ignorante, en unidad de acorde sentimental: todos iguales en la memoria de esas lejanas melodías. Tararear algo que yo oía —«Viejecita que vas al sarao...», a mi madre; «¡Mari Pepa de mi vida!», a mi primo Joaquín Corral...— es lo único que yo hacía, y eso, maquinalmente, en la oscuridad a que tanto me gustaba acogerme, sin que me asaltara motivo medroso alguno de los muchos que pudieran invadir mi ánimo. Hasta que me sentía zarandeado alguna vez por el trompeteo del

toque de retreta que un aire oficioso me traía del cercano cuartel de Artillería de Santo Domingo y que golpeaba ruidosamente los postigos cerrados de la ventana de aquel cuarto de trastos viejos donde yo jugaba a desaparecer, incluso a los ojos de mí mismo.

Hasta que un día vi y oí que había ratones. ¡Ah, eso no! La oscuridad no me arredraba; antes bien, me complacía, ya lo he dicho. Pero los ratones me producían un asco invencible.



# VIII ...Y TRISTEZA

Nos mudamos al piso segundo de una casa que se acababa de construir en la calle de la Duquesa y que comunicaba con la de la Piedad por un pasaje; casa que, por construirse a la vez que las de la Gran Vía, participaba de los adelantos que a ellas aportaban los arquitectos locales, pensando en Madrid y Barcelona. En todas se instalaron inodoros; en algunas, cuarto de baño, y en muy pocas, ascensor. Los más de mis amigos quedaban asombrados a la vista de tanta novedad. Mi madre me instaló en un cuarto para mí solo, con una mesa para que yo estudiara. Sobre la mesa, un panzudo tintero y una pequeña carpeta de hule. Al lado, un estante con tres o cuatro tablas para los libros; y con el deseo, más o menos pedagógico, de que no todos fuesen de texto, añadí a los cinco o seis de carácter literario que ya tenía, *De Madrid a Nápoles*, de Alarcón, que tanto me deleitaba, y tres tomos de poesías y leyendas de Bécquer.

Yo me sentía muy satisfecho, y hasta orgulloso, de mi cuarto. Pero echaba de menos el patio con su fuente y el patinillo con su pilar de la casa de Jesús y María, más la canción del agua, puro recuerdo al que yo asociaba otros que igualmente me halagaban con indefinible sensación. Tampoco solía oír en la de la Duquesa los pregones de los vendedores a su paso; música también, o a mí me lo parecía: «¡Moras, moritas, moras!», «¡Manzanilla fina de la Sierra!», «¡Bendito Dios, y qué higos isabeles llevo!», «Fresca, colorá como el fuego, sandía a perrilla y rajá!», «¡Quién quié agua, fresca, como la nieve, que baja ahora!», «¡A perrilla el cucurucho, son de limón, rosa y naranja!», «¡Los higos chumbos, gordos y dulces, gor-

dos!», «¡Cesticas e fresa!»..., pregones cantados más que voceados. Y tampoco tenía ya desvanes que explorar.

Con el cambio de casa cambiaron también, en parte, los amigos. Los de antes quedaban lejos, y ahora tenía dos en el piso primero: Félix y Jesús, hijos de un ingeniero de Montes, don Mariano Gallego, con los que intimé mediante la común amistad de Paquito Salcedo, y me encantaba repasar sus estampas de toros y de toreros. Cerca vivían mis primos Antonio Velázquez y los de Señán, hijos de un santo y sabio varón, mi tío Eloy, catedrático de Literatura de la Universidad, Rector de ella muchos años después, casado con mi tía Concha Díaz, quizá la prima predilecta de mi madre. Salíamos Antonio Velázquez, Adrianito Coronel y yo a la plaza de los Lobos, espaciosa y solitaria casi siempre, dotada para mí como de un misterioso y temeroso atractivo. ¿Qué lobos serían aquellos, capaces de llegar desde la sierra hasta allí...?

Mi madre debía de echar de menos, seguramente, la terraza en la que cuidaba sus macetas con amorosa asiduidad. Pero no se me ocultaba que una muy honda preocupación la invadía, por razones que mi hermana Pilar y yo vislumbrábamos —Asunción era aún muy pequeña—, sin más que ver a nuestro padre abatido y desganado.

—Fiebreillas —dijo un día Duarte—. Fiebreillas de Malta— puntualizó en otra visita.

—Sí, sí... —replicó mi madre, ensombrecida la voz—. ¡Si usted supiera cuánto le preocupan sus cosas! ¡Qué crisis de ánimo está pasando...!

Mi madre, mujer de fibra y muy sensitiva, reaccionaba pronto contra todo motivo de angustiosa alarma, y no le sería difícil de seguro animar a mi padre, dispuesto también, por su buen natural, a rehacer su ánimo. Por la noche, antes de acostar-

nos, mi madre nos hacía arrodillar con ella en el balcón que caía frente a la fachada del convento de la Piedad, donde una imagen de la Virgen de esta advocación se alzaba en su hornacina, y nos movía a rezarla con fervor:

—Una salve por la salud de papá... Tres avemarias para que se arreglen nuestros asuntos...

Por su parte, mi padre daba aliento a todos cuando conseguía recobrar el suyo, o la aparentaba, para infundirnos optimismo.

—Esto es cosa de días; en cuanto yo esté bueno mejorará todo lo demás...

Pasaban los días, las semanas, y comprendió que era necesario llamar a Fidel, el médico más sabio de Granada. Don Gregorio Fidel Fernández Osuna, tan sabio como serio. A los niños nos dejaba siempre fríos, chafados. Nunca le vi sonreír; hablaba secamente, pero en tono persuasivo. Un día apareció Fidel en casa con un ayudante y una máquina muy complicada. ¿Qué tendría que ver la mecánica con la medicina...? ¿No era eso de las máquinas cosa de ingenieros...? Pero la que Fidel llevaba a casa tenía su razón de ser, porque mi padre necesitaba corrientes eléctricas. Mientras las recibía, mi padre le decía a Fidel, bromeando ilusionado: «A ver si me pone usted una bombilla eléctrica en el entrecejo para ahuyentar pensamientos desagradables.» Yo había oído hablar de sanguijuelas, pero nunca las vi ni supe para qué servían; su solo nombre me asqueaba. En cambio, aquella máquina, sirviese para lo que sirviese, era evidentemente otra cosa, y ganó toda mi admiración para el gran médico que se la aplicaba a mi padre.

Mi padre salía algunas tardes en coche con mi madre a pasear por el camino de Huétor, tan oreado por la Sierra, o por la carretera de Jaén. Pero, en general, prefería quedarse en casa, sentado al balcón. Leía en alta voz el *Quijote* o las *Novelas ejemplares*, abriendo este o aquel libro al azar, y cuando se cansaba, le leía yo. Una

tarde, al empezar la lectura del prólogo de las *Novelas ejemplares*, no pudieron mis ojos por menos de pasar de la letra impresa al rostro de mi padre, para cotejarlo con los rasgos del autorretrato de Cervantes, pues advertía yo una cierta semejanza: «Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz corva, aunque bien proporcionada, y sus barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña...» Hasta aquí el parecido, salvo en los años que Cervantes contaba cuando se describe; pero no falta algún rasgo común entre los restantes:

«De color viva, antes blanca que morena...». Mi padre era alto y arrogante; calvo desde muy joven. Cuando andando el tiempo he sabido, o creído saber, en vista de ajustadas interpretaciones, cómo era Cervantes en su carácter y espíritu, he pensado que algo de su serenidad, de su indulgencia, de su cristiana filosofía ante los reveses que le deparó la vida, de su bien humorada condición..., esto es, de lo que había en él, y lo hubiese habido, como simple criatura humana, aunque no le asistiera el genio de la creación literaria, algo de todo eso, repito, realizaba el noble temple moral de mi padre.

Tardes largas, lentas, de verano triste; muy lentas, muy largas... ¿Por qué me entristecían también las cometas que tan familiares me eran por remontarlas tantos niños amigos, y yo mismo, alguna vez? Ahora me impresionan de modo especial las que yo veía elevarse lejanas, más allá y por encima del convento de la Piedad y del Jardín Botánico de la Universidad, abanderado por un estupendo eucaliptus; altas y elevadas cometas en el cielo sereno del atardecer: ascendentes, cabeceantes, anhelosas, con algo de suspiro... Pensaba yo en el Cielo: «Padre nuestro...» Pero después me abandonaba al aire que las cometas sondeaban: buscando Dios sabía qué caminos, ¿Sería absurdo, prematuro, que yo pensara entonces eso, o es que lo pienso ahora? Encarnación, la peinadora, contó un día en casa que una cometa tiró del niño que la había remontado, llevándolo al Cielo de bueno que era. Pero niño o no, bueno o malo, ¿por qué un hombre no habría de subir muy

arriba también, en cuanto se ayudara de un armadillo que no fuese solo de cañas y papel de colores?

¿No había ya globos que subían con un hombre sentado en un trapecio, que saludaba con su gorra de marinero en la mano y que aparecía muy contento, como el que yo vi en la plaza de toros, en una función de circo o tal vez como único espectáculo...? Lo que sí recuerdo es que le llamaban los carteles «capitán», y *El Defensor*, al día siguiente, «intrépido aeronauta». Y eso era, el capitán de un barco que pretendía navegar entre nubes y estrellas. Pero mi admiración a esas proezas databa de cuando oí a personas mayores hablar de «Cuzuqui», al que se tenía por loco o borracho, que debió de ser el primero en tantear los caminos del aire en Granada; y contaban que en una de sus ascensiones cayó en el patio de un convento de clausura, con escándalo tremendo de las pobres monjas, por creer que el demonio bajaba a la tierra, eligiendo su comunidad para hacer la primera visita. Nada me había asombrado tanto hasta entonces como el hecho —entrevisto y leído en periódicos y revistas— de que hombres de apellidos extranjeros subían en globos, no a merced del viento, sino dirigidos, en lo que cabía, que no debiera de ser mucho, y con gran peligro, desde luego. Por lo que el primer héroe del que yo adquirí noticia como ser vivo fue Santos Dumont, con sombrero de paja y una flor en el ojal, no con casco y armadura de guerrero como los héroes antiguos.

Algunas tardes decía mi madre a Rosa la niñera que nos llevase a la feria. Siempre había alguna, sin esperar a las más grandes y aparatosas del Corpus y de la Pascua de Navidad. Pequeñas ferias de barrio, en los domingos de verano y otoño; ferias de la Virgen de Gracia, de San Lázaro, de San Jerónimo, del Señor de los Favores, de San Rafael, con los mismos puestos y tenderetes de frutas y caramelos, tortas y bollos, juguetes y baratijas, como cajas de sorpresa y escopetillas; muñecos de barro, como los que Mariño vendía de ordinario en su tienda de la calle de Reyes Católicos y que hacían mis delicias; toreros, con su estoque y muleta; gitanas en

paso de baile, contrabandistas de catite y tabuco; colegiales del Sacro Monte, con su beca roja o azul... No faltaban imágenes de santos en barro, y me enternecían, en las casetas de la feria de Navidad, en el Humilladero o en el Paseo de la Bomba, y luego en el Embovedado, las figurillas del viejo con las manos extendidas sobre el fuego, los pastorcillos con sus ovejas en corto rebaño, o con alguna sobre los hombros y rodeándole el cuello, y nada digamos de los nacimientos en los que los Reyes Magos, mis Santos Patronos, me inspiraban muy especial y fervoroso interés. Ahí era nada: Santos, y Reyes, y Magos, y de Oriente... Por supuesto, figurillas las tuyas muy cuidadas por mí en el Nacimiento que nuestros padres nos montaban en casa.

—Pero ¿tú crees todavía en los Reyes Magos? —me preguntó un día Rafaelito Duarte de sopetón.

—Yo, sí —contesté vacilante, desasosegado, reprimiéndome.

—¿Cómo no sabes que los Reyes Magos son nuestros padres...?

Yo vi el cielo abierto para replicar a esa revelación de algo que yo sospechaba, no sin algún desencanto:

—¿Y tú te imaginas unos Reyes Magos que sean mejor que nuestros padres mismos...?

Mi padre era singularmente diestro, y se complacía muchísimo en el arte de esas encantadoras escenografías del nacimiento, y manejaba el cartón, el corcho, los cristalitos, el serrín, la hojalata, el musgo, con un gozo que mi madre compartía añadiendo siempre algo y enseñándonos villancicos como el que más me gustaba, por su mayor ternura y aparecer el Niño Jesús en la forma que más puede impresionar a un niño de este mundo:

Madre, en la puerta hay un niño  
más hermoso que el sol bello.  
Yo digo que tendrá frío  
porque viene medio encueros.  
Pues dile que entre, se calentará,  
porque en esta tierra,  
ya no hay caridad...

La Pascua de Navidad significaba muchas grandes cosas para que yo diese la importancia que hube de concederles, en las ferias de barrio, a los puestos de azeitonas, azofaifas, almecinas, nueces, granadas..., y a las peras o batatas en dulce, y a las tortas de aceite, y al tiovivo, y a algún recitador de romances que contaba crímenes, pintados o chafarrinoneados en el cartel de que era portador... A mí todo eso me entretenía y me quedé sin ver aquellas ferias a la luz de los bombos a la veneciana, porque mi madre no quería que saliésemos de noche, así como tampoco que nos alejáramos demasiado. Las ferias a que íbamos desde la calle de la Duquesa no eran las mismas que aquellas otras a las que nos llevaban desde la calle de Jesús y María, y por eso no subimos nunca a la de San Miguel el Alto.

«Rosa, que no tarde en volver con los niños, que se echa en seguida la noche encima.» «Cuidado con la bulla.» «Nada de columpios, que no tomen galguerías que ensucian el estómago», decía mi madre, que siempre nos esperaba con impaciencia asomada al balcón.

«Pero, Asunción, si los niños no vuelven de la guerra», decía mi padre.

Como si volviésemos de la guerra; todo eran preguntas a Rosa y a cada uno de nosotros. Vehementes y apasionadas preguntas, de respuesta muy fácil con sólo vernos: lo habíamos pasado muy bien. Lo único que me sabía mal en aquellas ferias eran los roscos de San Lázaro.

Las fiebres de mi padre iban remitiendo, aunque lentamente, y para acelerar el restablecimiento de su salud y espíritu, que tan preciosos nos eran, aconsejó Fidel un cambio de aires. Mi hermana Pilar, por hacerse más cargo de la situación, sabía que el viaje no era precisamente de recreo. Pero Asuncionilla y yo sentíamos una extraordinaria ilusión en irnos fuera. Ilusión por el tren, por no ir al colegio, por contar cosas a la vuelta. Me veo saltando, secundado por mi hermana pequeña, a la que llamábamos «Tantán», porque el carácter que en ella apuntaba era alegre como un repique: «¡Mañana nos vamos, mañana nos vamos...!» Y nos fuimos a Marmolejo, donde mi tío Balbino Quesada estaba de médico-director del balneario, y su mujer con él, mi tía Antonia, hermana mayor de mi madre, muy inteligente y cuidadosa de sus modales, y sus hijas Conchita, Magdalena y María, muy jóvenes, bonitas y simpáticas. Las dos primeras habían pasado temporadas en casa, y yo me veo en brazos de Concha o Magdalena mecido cariñosamente o sentado junto a una de ellas oyéndolas cuentos, versos o la canción de moda, o el vals «Luna de miel»...

Mi tío Balbino era un hombre de indudable mérito. Yo lo advertía en el respeto con que era oído y en el trato que daba a las personas mayores y a los niños, con el matiz que en cada caso correspondía, como médico que estaba acostumbrado a ver a los hombres en los enfermos, según hoy me parece. Tío Balbino tenía las cejas y el bigote pobladísimos y foscas, la barba entrecana. Cuando pasaba por Madrid, no era extraño que alguien le parase en la calle: «¿Cómo está usted, don José...?», y es que le confundían con Canalejas. Tío Balbino era un hombre más adusto que risueño, pero muy cortés y sobremanera bondadoso. Fuera de la consulta, yo le veía leer de continuo. Curioseando sus libros, di con uno del que no pude leer ni el nombre siquiera de su autor: lengua rarísima aquella, con muchas haches, efes, kaes, muy seguidas, sin el alivio de una vocal. Tío Balbino me sorprendió en mi perplejidad y con su habitual inclinación a enseñar, me deletreó el nombre extraño del autor de libro tan impenetrable: N-i-e-t-z-s-c-h-e. En cambio, leí sin dificultad, en otro libro, el apellido de su autor, raro, sí, pero no tanto, como

legible que era: Unamuno. El libro se titulaba *Paz en la guerra*. Ni aun me asomé a sus páginas, recusado por mí mismo ante aquello que no debía de ser muy claro. Ni tío Balbino me lo propuso. En cambio, me dio a leer un tomito de poesías de fray Luis de León.

Tío Balbino tenía su casa en Ubeda y se trasladaba al balneario que a la sazón dirigiera, para residir allí —Marmolejo entonces, como antes Puente Viesgo, Caldas de Besaya, Sobrón, Cestona...— y asistir a los bañistas y clientes en general con su ciencia y experiencia. Cuando en el transcurso del tiempo he tenido ocasión de hablar con algún médico que le conociera en persona o en sus libros, he oído encomiar su *Tratado de Hidrología* como una obra muy autorizada en esa especialidad, y también publicó un *Tratado de Fisiología*.

Doña Luisa Serrano, sobrina carnal del duque de la Torre y viuda recentísima de don Eduardo León y Llerena, uno de los amigos más íntimos de Sagasta, era la dueña del balneario. Otra sobrina del general Serrano se casó con un pariente nuestro, Frasquito Moreu, que hizo carrera política —diputado, senador, director general, gobernador civil de Barcelona...— y al que recuerdo como un vejete muy nervioso, aunque lento en su típica dicción de motrileño.

Ahora pienso en la Historia de España, durante la segunda mitad del siglo XIX, que desfilaría ante los ojos de doña Luisa o le entraría por los oídos. Para mí, en aquellos días de Marmolejo, era no más —y ya me bastaba— que una señora muy señora, amabilísima, en familiar almuerzo con su sobrina Paz, casada con el general Ochando, y los hijos de éstos: María Luisa, Anita y Ramón. Yo era el único invitado: doña Luisa quiso —aparte de guardar a mi tío Balbino esa deferencia— proporcionar a su sobrino-nieto Ramón la amistad de un niño de su edad. Doña Luisa vivía en una buena casa con honores de palacio, y como yo viese en un salón el retrato de don Federico Ochando de uniforme, con banda y muchas medallas, Ramón, ya mi amigo, porque simpatizamos en seguida, me dijo lisa y llanamente:

«Mi padre, como es general, podría ser rey.» Y yo le repliqué como si me moviera instantáneo resorte: «Y mi padre, como es abogado, podría ser presidente de la República.» Antes o después del almuerzo estuvimos en el parque del Balneario y en una galería encristalada, sobre el Guadalquivir vi a los agüistas haciendo cola. Frecuenté, hasta que Ramón regresó a Madrid, la casa de doña Luisa, afectuosa siempre, como si se considerara abuela de todos, y se afianzó mi recuerdo de la gallardía y belleza de la generala Ochando: verdes sus ojos; muy monas y simpáticas sus hijas: María Luisa, rubia; Anita, morena, peinada con el pelo hacia adelante en forma de visera.

Mi primo Vicente pasó unos días en casa de mis tíos —suyos también—, y con su expansivo carácter y sus ocurrencias alegró mucho a mi padre, que se ponía evidentemente en la quietud de aquella vida de pueblo, sólo animada en el Balneario por las mañanas, y por las noches en el hotel Madrid, donde asistí una vez a una sesión de juegos de manos. Mis primas se entretenían en tocar el piano o en pintar jarras y cacharros como los de Andújar con un barniz que les daba apariencia de porcelana, y les pegaban con cola unas flores que hacían con no sé qué pasta y las pintaban con sus colores naturales. A Concha le gustaba copiar las estampas de «Blanco y Negro»: paisajes de García y Rodríguez, mujeres de Cecilio Plá, marinas de Martínez Abades... y leían novelas de Pereda, Palacio Valdés o Muñoz Pavón, que yo leía luego. En frente de casa, en la calle del Hospital, vivía el prior o párroco; apellidado Avila, primo, según le oí blasonar, del padre Calpena, «el mejor orador segrado que tenemos en España». En su casa se solía jugar a la lotería de cartones o a las «prendas», bajo la dirección de doña Elena, la hermana del prior, mujer simpática y deferente con todos, con los niños principalmente. Retengo en la memoria como una tarde feliz la que pasamos en el campo, en el cortijo de no recuerdo quién. Bailaron muchachas y muchachos; se sirvieron embutidos y dulces exquisitos. No faltó quien cantase coplas a la guitarra. Se bebió bastante, y algún asistente quedó «a medios pelos». Fácil es vislumbrar, a través de este vulgar recuerdo, y precisamente por serlo, que la inocente Andalucía de

«Fernán- Caballero», localizada en los Puertos o en Bornos, se extendía hasta Marmolejo y sus tierras de olivar, con Sierra Morena al fondo, y a compás del Guadalquivir, larguísima y luciente aguja que todo lo va enhebrando.

En el fondo, yo me sentía melancólico, y no sin razón. Mi padre, enfermo, aunque no mucho, al parecer, pero sí lo bastante para preocupar a mi madre sobre todo, consciente de cuanto pudiese ocurrir, como si su extremada sensibilidad captase indicios o síntomas —algún leve mareo— que escapaban a los demás. Que no volviésemos a Madrid, que no pudiésemos volver en el plan de antes, significaba mucho más, sin duda, que mis nostalgias momentáneas, incluso de nuestra casa granadina de la calle de Jesús y María. Yo me daba cuenta de que muchas cosas iban quedando atrás irremediabilmente; mi niñez misma, apenas acusada en su biológica o psicológica autenticidad. No era esto exactamente, razonado a conciencia, lo que yo pudiera sentir, pero sí una intuición cuyos motivos determinantes la desviaban hacia causas más comprensibles e inmediatamente vividas. Nostalgia de mi cuarto en nuestra casa de la calle de la Duquesa, de la ancha plaza de los Lobos, del colegio de San José, de los callejones de Gracia, de los Jardillos, de la Puerta Real, hasta de la Gran Vía, que iría creciendo a la vez que yo. Pero no por eso ansiaba volver a Granada, y como tampoco me atraía la novedad del próximo viaje a Ubeda, pienso ahora que mi capacidad de ilusión debió de ser siempre muy escasa, y no es tan paradójico como parece que si en plena niñez me ilusionaba algo, no era un nuevo plan de vida, posible o imposible, sino volver atrás por el recuerdo. Mis recuerdos eran muy recientes, acordes con mis pocos años, recuerdos que apenas lo eran, ni lo podían ser, pero que se ajustaban a una ingenua medida sentimental y que tomaban cuerpo por los recuerdos ajenos que me proporcionaban las lecturas históricas y mi constante inclinación a oír hablar del pasado a las personas mayores. Ingente tutor o instructor descubrí en César Cantú, cuya *Historia Universal* devoré por aquellos días. Tutela, magisterio, sucedáneo inmejorable del colegio.

Total: que nos fuimos de Marmolejo a Ubeda, cediendo a la cariñosa y renovada invitación de mis tíos Antonia y Balbino. Dejamos el tren en Baeza y tomamos el coche que nos esperaba para llevarnos a Ubeda. Se había hecho ya de noche. Mis padres, somnolientos, fatigados, daban cabezadas en silencio. Yo adivinaba más que veía el paisaje de olivos, rápidamente insinuados al pasar entre sombras.

—«Este río es el Guadalimar», dijo mi madre, quizá para rehacernos contra el sueño, para distraerse ella misma de inquietudes actuales con paisajes de su infancia.

Pero el Guadalimar no figuraba en la retahíla de ríos que me habían enseñado a cantar en el colegio: «Miño, Duero, Tajo, Guadiana, Guadalquivir, Segura, Júcar y Ebro.» Tampoco figuraban el Genil ni el Darro. Ni tampoco el Manzanares, aunque pasaba por Madrid, ni el Jarama. Por lo que fuese, el Guadalimar no me sonaba ni me decía nada. Y, sin embargo, no sé cómo me sentí arrebatado por el Guadalimar, llevado en sus invisibles, y seguramente escasas, ondas, montado precisamente en una mayor, muy crecida, como sobre un caballo sumergido, dando al aire de la noche sus crines de espuma. Río Guadalimar, nunca visto hasta esa noche, nada alegre; río oscuro, sin rumor ni reflejos; cada vez más oscuro, entre orillas cada vez más angustiosas, que se iban acercando cada vez más la una a la otra, como una inmensa tenaza de tiniebla que... Mi madre me apretó la mano que me tenía cogida —suave y fuerte mano la suya, lindísima— y se puso en pie, palmoreando, para besarnos, jalearnos a todos, a mis hermanos, a mi padre, adormilados, en pie también ya.

«—Ea, ya estamos en mi pueblo...»



*Calle de los Reyes Católicos, en Granada, a principios de siglo*



# IX

## UBEDA SOLARIEGA

La emoción de la Historia me ganó antes en Ubeda que en Granada, con ser en Granada más profundas, extensas e importantes que en Ubeda las resonancias históricas y más valiosos los testimonios monumentales de todo orden.

Pero en Granada la Naturaleza manda con tan avasallador poder que disputa la primacía a la Historia como asimismo el Arte, tantas veces su aliado, y así invade los monumentos que más me han gustado siempre —ninguno tanto como el Generalife—, con flores, árboles, juegos de agua, que salta o corre; trémulo espejo en las albercas, naturaleza siempre, y la frágil construcción del Generalife, que apenas existe, de tan sencilla, se abre al paisaje, como lo mejor de la Alhambra y de la ciudad, en su conjunto quizá sean los miradores más altos y las torres, por las perspectivas que permiten dominar. En Ubeda, la Historia, de vuelo más corto, pero de muy concentrada virtud, campea a sus anchas, sin rivalidad con la Naturaleza; callejea a su gusto —callejas, callejuelas, plazoletas, plazoletillas...— y contra su predominio nada puede la guerrilla de los olivos, trepando, disciplinada, por los cerros —famosos «Cerros de Ubeda»— que brindan caminos innumerables al amigo de las digresiones, y aun a la evasión definitiva, como le ocurrió, por lo visto y recordado, en días muy lejanos, a tío Prudencio: «Se fue por el León y no ha vuelto», según tradición familiar, cuajada en esa especie de proverbio como aquel otro de las Ramírez, hermanas solteronas, que cuando paseaban en su coche decían al cochero: «... a donde quieran las mulicas». Así eran las Ramírez de complacientes.

Mi madre, muy aficionada a estas historietas y anécdotas, contaba también la de «Higuerón», el tonto que, acostumbrado a que los niños de la calle le hiciesen blanco de sus burlas, las imploraba, gemebundo y grotesco, tan pronto las echaba de menos: «¿Chiquillos no me decís...?»

La emoción de la Historia, vaga pero cierta, me envolvía como onda sutil, emitida por las piedras labradas —oscuras, casi negras, rojizas, verdinosas— que se erigían en caserones, conventos e iglesias, sin que a la vuelta de una esquina me asaltase, como en Granada, la naturaleza con imprevisto paisaje, tantas veces en irreal lejanía. Y esas piedras me hablaban —como también podían haberme hablado las de Granada— en un lenguaje que se hacía aún más expresivo, si me fijaba precisamente en los escudos de dinteles, fuentes, tumbas y capillas. Mucho antes de saber que hay blasones «parlantes», todos me hablaban de sucesos que algo tenían que ver con las cosas que mi texto de Historia contaba —en letra grande o chica, según—, con retratos de reyes, príncipes o capitanes, idénticos por su barba, ya que no por el capacete o por la peluca, a los caballeros que me encontraba por la calle o se reunían en mi casa o en el casino; sólo alguno que otro con bigote o afeitado del todo.

Yo entreveía lances heroicos en los leones, aspas, bandas, estrellas, redondeles, calderas... Y como yo viese en alguno de aquellos escudos alzarse un castillo sobre una gran rueda de molino, llegué a pensar que también los labradores, los aceituneros, tenían su blasón. Y que acaso lo tuviesen también —¿por qué no?— los alfareros de la calle de Valencia, a los que me gustaba atisbar, al pasar, haciendo cántaros y pucheros, de igual suerte que me atraían los guarnicioneros, los canteros, los cardadores, los alpargateros, los que hacían serones, capachos y esteras de esparto.

Sería absurdo pensar que yo, a los siete u ocho años, me fijase en esos oficios por lo que tenían de históricos. Pero recuerdo que vislumbraba algo muy viejo, per-

sistente, inmutable, en aquellos artesanos por el estilo de aquello otro que, mucho más historiado y pomposo, me hablaba desde las piedras armeras: escudos ahí grabados, sin el color o esmaltes, naturalmente, que lucían los pintados en las ejecutorias —palabra que aprendí muy pronto—, con las que yo me entretenía revolviendo papeles y cosas viejas en un arcón del que no se ocupaba nadie en casa —la de tío Balbino y tía Antonia—. Yo miraba y tocaba, más que leía, las ejecutorias, porque con eso me sentía feliz, de un modo que los otros chicos estaban muy lejos de comprender.

«¿Tú no sabes lo que es una ejecutoria...?», solía yo preguntarle a mis amigos. A ninguno le importaba saberlo, ni tenía idea de lo que se trataba: «¡Bah!» Bien es verdad que a las personas mayores, tampoco, «¡Vaya un modo de perder el tiempo!», decían, menos mi tío Balbino, que argumentaba comprensivo: «Si al chiquillo le entretiene eso y a nadie perjudica, ¿por qué se lo vais a censurar?» Mi madre, animándome, me enseñó qué eran y cómo se formaban los árboles genealógicos.

«¡Cuántos volantones tenéis en la cabeza...!», decía mi padre. Otra vez, tiempo adelante, le oí decir: «Sí, en Ubeda hay muchos linajes, muchos caballeros. Todos han estado en el entierro del Conde de Orgaz. Pero apenas se despide el duelo, corren al casino a jugarse hasta las pestañas.»

El juego, la matanza —¡qué riqueza de embutidos!— y el aceite constituían las preocupaciones de Ubeda. El juego transcendía, como hoy la información deportiva, a los colegios, a los corros de los niños, perfectamente enterados por lo que se hablaba en su casa: «Ayer se jugó tío Alfonso el coche, o Perico Gómez la cosecha, o Manolo Moreno el cortijo...» Yo sabía que se jugaba al monte, pero no en qué consistía ese juego, aunque, llevado de las palabras, establecía una lógica asociación de imágenes; coche-cortijo-monte. Me parecía respirar el aire serrano

de los romances de bandoleros, como el del «Chato de Jaén», que hacia aquellos años merodeaba por las tierras aquellas, robando más que matando.

El tresillo era, por lo que yo veía, otra clase de juego y le bastaba con el manejo de fichas de colores. Mi padre, muy aficionado, tenía todas las tardes su partida en casa o en la de don José Gallego Díaz, un señor de mucha mayor edad, enlevitado, corpulento y decidor, chamuscado el bigote blanco por un puro sempiterno. Había sido director general, era senador vitalicio. Yo no me apartaba de la mesa de los tresillistas.

«¿No te cansas de ser un mirón...?», me decían. Pero yo no miraba, sino que oía, y me aguantaba las preguntas a que daba lugar la charla intermitente de los tresillistas en las treguas del juego. Tantas veces, que no me atrevía a hacer ni la primera, porque hubiese tirado de muchas más: por ejemplo, la tarde en que don José Gallego habló de la abdicación de don Amadeo. ¡Si yo me hubiera atrevido a preguntar...!

Esto parecerá absurdo. Pero así era. ¿Precocidad...? Puedo decir que sí, sin inmodestia, porque no me gusta nada la precocidad que se exterioriza en formas impropias de la niñez. ¿Es que yo fui un niño sin niñez? Quizá, o seguramente. Pero yo me consideraba feliz con mi lápiz o mi plumilla, mis cuadernos y mis revistas.

Cuando Pepito, el de Estrella, o Nicolasito Vázquez venían por mí para jugar en la Coronada, yo les seguía más bien contrariado que satisfecho. Pero no perdía la tarde, porque allí, en ese paseo o plaza florida, me era dado ver rosas excepcionales en Ubeda, de no buscarlas con insistentes miradas en los balcones con tiestos que me hacían recordar calles de Granada, o en fijar mi atención en ventanas como la que se abría, muy de raro en raro, por cierto, a espaldas de casa, en una muy derrengada casa del callejón llamado de la Muerte, corto y retorcido, lóbrego y fangoso, sin otra nota viva de color que los geranios de una maceta y el lazo,

de un azul muy fuerte, de una niña escuálida, de ojos febriles, que apenas se asomaba a la ventana era llamada desde dentro por una voz muy agria e imperativa:

—Tránsito, métete...

¿Sería esta la primera vez que yo me sentí atraído por una niña o muchacha? ¿Despertar del amor...? No lo creo, ni entonces se me ocurrió pensarlo. En todo caso sería un amor conmisericordioso: mucha más piedad que amor. Se trataba de una chiquilla enferma o quizá no tan chiquilla. Cada día yo la encontraba más exangüe, más descolorida, con la quebradiza palidez del nardo; más desencajadas las facciones, más hundidos los ojos y llameante, eso sí, la mirada. Yo acechaba el momento en que Tránsito volviera asomarse desde la puerta de la cochera, porque la ventana de Tránsito se elevaba sobre la calle mucho menos que nuestros balcones, y así la veía a poca distancia, y levantando mis ojos un poco veía los suyos, que, desde más arriba, no era fácil, porque casi siempre tenía la cabeza baja, como si buscara en el suelo algo que se le hubiese caído. ¿O es que miraba hacia abajo precisamente porque yo estaba allí en la puerta de la cochera, casi vacía por cierto? Al morir mi abuelo nadie heredó su pasión por los caballos y los coches. Yo nunca supe, ni lo podía saber, si Tránsito se daba cuenta de mi curiosidad, de mi interés, de mi compasión, de lo que fuese. Tal vez cambiásemos alguna mirada, pero nunca palabras. Y tampoco sabía yo por qué, cuando dejaba de verla, no acertaba a reconstruir su rostro, en la recentísima, blanda memoria: fenómeno muy raro: por eso lo cuento. Unas veces recordaba sus ojos, siempre ardientes, y alguna vez, ni siquiera los dos, sólo uno, encendido y más animado y luminoso que nunca. Y acaso también la nariz, larga, muy descolgada, como si, próxima a caer, se despegara del entrecejo.

Menos que nada retenía yo su boca. La veía, me parecía verla, dibujada con un largo trazo ceniciento, sin fijeza. Porque se borraba en seguida, como si un pintor indeciso renunciara a pintarla. Siempre los rasgos fisonómicos a ráfagas; la cara,

incompleta; la comisura de los labios, en un solo lado: un rizo del pelo, negro y con mucho brillo, cayendo sobre la frente o sobre la oreja; la barbilla quizá y, otra vez, un ojo, quizá los dos. Sobre el rostro, nunca visto por completo, caía una especie de caprichoso antifaz, un velo de sombras, que se corría de lado a lado o de arriba abajo, jugando a tapar y destapar. Al cabo de muchos años, he visto retratos pintados por artistas de gusto muy moderno que acaso recibiesen su primera inspiración de ese modo pueril de ver personas y cosas: pueril, pero no caprichoso, por determinarlo una prematura memoria selectiva.

Era preciso que volviese a ver a Tránsito para que su semblante recobrase la integridad de sus facciones y la impresión total de tristeza y sumisión. Hasta que un día murió la pobre infeliz: «como se apaga una lucecilla», dijo una vecina. Pero ¿quién podía morir de otra manera?

Vi sacar el cadáver en una caja blanca y llevársela unos hombres con blusa calle abajo: callejón, claro es, de la Muerte. Sentí mucho dejar de ver a Tránsito, pero no tanto como yo pudiera imaginar. Al principio, sí que seguía viéndola, en la totalidad de su rostro. No su figura, jamás vista, porque la ventana no permitía ver sino el busto y la cabeza. Como si el cuerpo y la sombra se fundiesen en el nombre, nunca olvidé que la chica triste, más fea que guapa, pero de raro atractivo, se llamaba Tránsito. Otras mujeres o niñas de Ubeda se llamaban Desposorios, Iluminada, Guadalupe, Verónica, Capilla, Linarejos...

La vida que, lógicamente, le negaba todo al «callejón de la Muerte», circulaba a toda hora por la Corredera, y los balcones de casa ofrecían la comodidad de un «coche parado», comparación que no le fallaba a ninguna visita. La Corredera se inundaba de bulliciosa alegría en la feria de San Miguel, cuando los coches enjaezados, la mayoría a la andaluza, y muchos con mantones de Manila sobre la plegada capota, se dirigían a la plaza de toros o volvían de la corrida en animadísimo desfile. ¡Qué guapas estaban mis primas —Magdalena, Concha, la otra Con-

cha, Consuelo, María—, con sus mantillas de encaje o de madroños! Una de esas noches hubo baile en casa y a mí solo me correspondía oír, desde la cama, los compases, lentos y dulces, de la música, casi siempre un vals (¿Se tocaba todavía el de las Olas? ¿Se tocaba ya «Quand l’amour meurt»?). Otra noche, ya en pleno invierno, mi primo Luis —el nieto más parecido a nuestro abuelo— llevó a unos muchachos con guitarras y bandurrias para darles una serenata a mis primas. Se cantaron jotas, fandangos y se me pegó al oído la letra de esta copla:

Los ojos de mi morena  
ni son chicos ni son grandes;  
son como aceitunas negras  
de olivaritos gordales.

Toda la seducción que pudiese ejercer la Corredera se centraba para mí en los «Portalillos» —soportales—, en la confitería de Lechuga, y el mayor encanto del Real —calle estrecha, con muchos comercios, que me recordaba al Zacatín, de Granada— radicaba en la tienda que llamaban «La Loma», donde yo me proveía de papel y lápices. Mis escrituras eran simplemente copia de los versos que me gustaban del *Blanco y Negro* o de los libros de Zorrilla, Espronceda, Campoamor, Bécquer que tenía mi tío Balbino entre muchos más de Medicina y de viajes. Me divertía también copiar a pluma los retratos de hombres célebres que encontraba en periódicos y revistas o en las estampillas de las cajas de fósforos que yo coleccionaba: estupendo *totum revolutum* de toreros, poetas, reinas, músicos, pintores... Los ordenaba yo en sus respectivas series y aprendí los nombres. ¡Cómo si no me hubiese enterado yo de que habían existido *Paquiro*, Leonor de Aquitania, García Gutiérrez, Juan de Juanes, Gluck...?

Mi padre, sin confianza en los colegios y sin profesores particulares de su gusto, creía que lo mejor era esperar a nuestro regreso a Granada, donde yo ganaría el tiempo perdido. Mientras tanto, él me hablaba como siempre, de Geografía, de

Historia, de Gramática y de dos Ciencias, a las que él era muy aficionado: Física y Astronomía. La Física no me interesaba y, en cambio, me fascinaba la Astronomía por relacionarse con el cielo, maravilla de las maravillas, pero sin que me estimulase la más elemental curiosidad —increíble limitación— a saber del Sol y de la Luna, de las estrellas y de las nubes aquello que no viese. Me bastaba la contemplación en el cielo de un milagroso manto de Dios. Nunca acabé de entender lo que el Zodíaco pudiera ser, pero los signos me atraían por su plástica representación. Me defraudaba, claro es, el no verles tal y como se les representaban en los libros, señoreando el espacio. ¿Se habían eclipsado? ¿A qué selva habría vuelto Leo; en qué mar nadaría Piscis; por qué campo corretearía Capricornio, con sus cuernos ensortijados; hacia donde dispararía Sagitario sus flechas...? Bien es verdad que tampoco se veía el Boyero y en cuanto al carro de la Osa mayor, mucho había que afinar con la mirada y con la imaginación.

Cediendo quizá a consejos de algún pariente o amigo, mi padre acabó por pensar que me convenía ir a un colegio, aunque sólo fuese para someterme a la disciplina de un horario y a la emulación con otros chicos. Me desmoralizaba la larga vacación. Me llevó al colegio de don Antonio Medina, con mi querido primo Rafael Fernández, pero la prueba debió de resultarle poco satisfactoria, porque antes del mes dispuso que dejase de ir y yo me alegré mucho, como también de que no se decidiese a mandarme a un colegio más reputado, el de San Luis Gonzaga, en Baeza, dirigido por un cierto señor Soler, donde estaban internos mis primos Rafael y Melchor Quesada. La idea del internado me empavorecía y a mis padres punto menos. Tratábase de un caserón con un patio de grandes arcos, pasillos enrevesados, cuartos angustiosos, muchas camas en una oscura galería. A mí solo me gustó cuando fuimos a ver el colegio un castillete de porcelana que había sobre la mesa en la sala de visitas y que dejaba pasar por sus ventanitas una luz como la de los quinqués. Alguna otra vez volvimos a Baeza, bien a ver a mis primos o de paseo simplemente, con gran satisfacción mía, porque me encantaban los jardinillos del Arca del Agua, gracias a los cuales se compensaba y refrescaba

la monótona visión de palacios e iglesias por el estilo de los de Ubeda. Es claro que no estaba a mi alcance —ni al de nadie— presentir que, años después, Antonio Machado fijaría el contraste entre Ubeda y Baeza en estos dos versos:

Baeza, pobre y señora;  
Ubeda, reina y gitana.

Pero yo no vi ni un solo gitano en Ubeda, ni en Baeza nada que la mostrase tan pobre como para ser recordado. Naturalmente: yo no podía juzgar sino por los datos puramente visuales de las calles, las casas, los hombres y las mujeres que iban y venían, y si yo hubiese tenido en aquel tiempo capacidad para imaginar prosopopeyas, no habría pensado en gentes pintorescas o mendicantes para personificar a Ubeda y a Baeza, sino en ricashembras de Castilla, con instalación tan espléndida como la brindada por el palacio de los conde-duques de Benavente, en Baeza, con sus picos en la fachada, como tubos los contrafuertes, las ventanas parecidas a los ajimeces de la Alhambra, una galería arriba y muchos escudos.

Yo sentí desde muy chico el teatro, y lo que más podía ganar mi admiración, en un monumento o un paisaje, era el ser escenográfico. ¡Cuánto se parecían a los decorados que yo había visto en el teatro esos palacios de Baeza y de Ubeda, con sus salas lóbregas y, de seguro, con criptas y mazmorras como las que yo temía que existiesen en el caserón —antiguo palacio de doña Leonor Manuel, según las Guías—, donde vivía mi buenísima y guapa tía Anita, sin que yo comprendiese cómo podía ser tan gracioso su marido, mi tío Pepe Fernández, en aquel ambiente donde los chistes y chascarrillos parecían disonar. Palacios de Ubeda y de Baeza que me parecían escenarios dispuestos para la representación de «En el seno de la muerte». «Traidor, inconfeso y mártir» u otros dramas más truculentos y misteriosos todavía.

Pero ¿cómo comparar estas impresiones de historia o de arte, recibidas un tanto caprichosamente, con la emoción de aquella Semana Santa...? ¡Qué de lejos venían, seguramente, aquellas procesiones, con cuánta profundidad en el tiempo y en la geografía de mi corazón...! ¿Vendrían de la propia Tierra Santa...? Procesiones diversas de día y de noche, en el Jueves y en el Viernes Santo, que yo sabría distinguir con detalle, asistido solo por mi recuerdo. Jesús Nazareno, el Señor de la Caída, la Virgen de la Soledad... ¿Vendría este cortejo del mismo Calvario, en extraña formación de penitentes, disciplinantes, soldados romanos nunca vistos por mí en la calle y que ahora rompían, a golpes de tambor y con la resonancia de sus pasos solemnes, el silencio de una noche de cerrada oscuridad? Otros años, en la procesión —una sola— de Semana Santa en Granada, había oído, y oiría después, saetas que se me clavarían en lo más hondo de mi ser. Pero no recuerdo que en Ubeda se cantaran saetas. Así, el silencio se consumaba en el más puro patetismo, apretado, intenso, impresionante.

Recuerdo la inscripción tantas veces leída en el claustro de Santa María de los Reales Alcázares:

Si quieres que tu dolor  
se convierta en alegría,  
nunca pases, pecador,  
sin saludar a María.

Me sentía hijo de la Madre de Dios, y me costaba trabajo renunciar a la idea de que el Niño Jesús fuese hermano mío, un amigo de sobrenatural condición, por encima de mí, muy por encima de mí; pero, al cabo, hermano, amigo, niños los dos, como niño era también el «San Juanito» que tanto me atraía en el Salvador, un «San Juanito» de mármol; por Miguel Angel, me decían; el Miguel Angel de gesto malhumorado y barbas borrascosas de mis fototipias, muy parecido al por-diosero que iba por las tardes a casa por las sobras de la mesa. Reconozco que

en mi conciencia —como probablemente en la de tantos otros niños— persistió durante mucho tiempo una mezcla confusísima de lo natural y cotidiano con lo sobrenatural y maravilloso, más lo teatral, que simultáneamente me daba la impresión de realidad y de magia, todo entreverado, indistinto; misterio y espectáculo de extraordinaria seducción.

Nunca había yo visto una noche tan oscura, tan negra y a la vez de tan maravilloso resplandor, dentro de mí, como la del Viernes Santo, en Ubeda. Y quizá me produjera allí mayor impresión por el contraste que determinaba tiniebla tan densa con la flamante luz eléctrica de noches anteriores, iluminación que ya me era conocida de Granada y de Madrid, pero que sorprendía en Ubeda, porque se había establecido allí, en aquellos primeros meses de 1902, aunque no era para todos motivo de sorpresa, ya que, según oí, se había ensayado el sistema cuatro o cinco años antes: nada menos que cuatro o cinco años antes.

Año de 1902, el de la jura del rey: un niño mucho mayor que mis amigos y yo; tanto, que iba a ser proclamado rey, esto es, capaz de mandar a todos. Ya no le dejarían llevar el pelo con los alborotados rizos con que aparecía en los sellos, en los duros, en las pesetas y hasta en los dos «realillos», que eran mi delicia y que me bastaban para mis consabidas compras, un día u otro: el papel, el cuaderno, el lápiz, los caramelos, el *Blanco y Negro*, el bollo de leche... Yo no habría caído en la cuenta de lo que significaba eso de la jura del rey si no lo hubiesen comentado, con las cartas del tresillo en la mano, mi padre y sus amigos, y, concretamente, nuestro pariente Luis Pasquau: «Alfonso XIII es un niño que está muy bien educado», puntualizó. «¿Cómo habrá sido educado el rey —me preguntaba yo—; por qué maestros, venidos de sabe Dios dónde; en qué libros: el *Fleury*, el *Vallin y Bastillo*, el *Epítome de la Gramática castellana* también?» No me sacaron de dudas los comentarios de Juan Montilla, el primer ministro que yo veía, mano a mano, encontrado, yendo yo con mi padre, en el Real Viejo, viniendo de su casa, algo más abajo: un palacio —el histórico palacio de Vela de los Cobos— en el que vi-

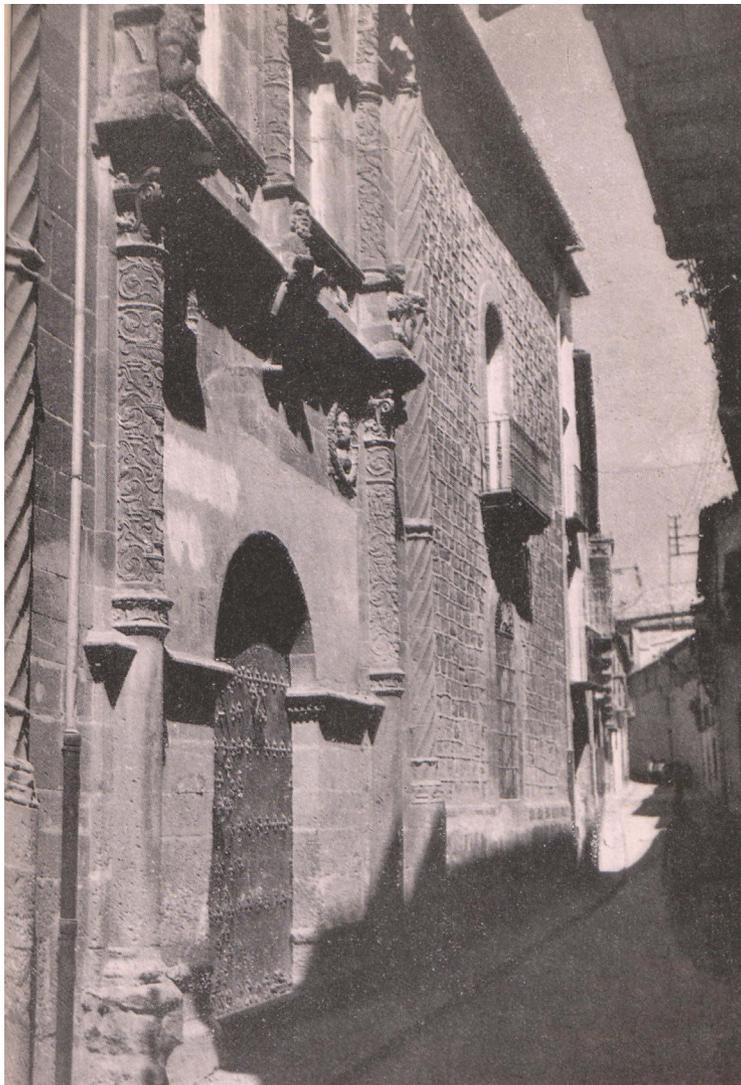
vía, cuando iba a Ubeda, por ser de allí su mujer, María Sabater, hija del muy rico y emprendedor don Ignacio, íntimo amigo de mi abuelo.

Juan Montilla gozaba de tanta influencia como popularidad, con mayor resonancia de su nombre en esos días a que me refiero por haber realizado su sueño, paso a paso —de diputado a fiscal del Tribunal Supremo—, de ser ministro. Lo era de Gracia y Justicia cuando lo encontró mi padre en el Real Viejo.

Los niños consideran como un prodigio, o poco menos, que los hombres de quienes hablan los periódicos anden por las calles como otra persona cualquiera, y así Juan Montilla —moreno, de barba muy cerrada, ojos muy abiertos—, parado con mi padre, hablando mucho; risueño, zumbón, sin dejar de corresponder al saludo de los que, al pasar junto a él, se quitaban el sombrero, ceremoniosos, salvo alguno que otro que se acercaba al grupo: «¿Qué tal, Juan...?» «Juanico», le llamó un viejo.

Siguió de ministro no mucho tiempo más, y murió un año después. Había luchado Montilla con mi tío Melchor en los comienzos de su carrera política en unas elecciones de diputados a Cortes, ganándole la representación de Granada. Lo oí contar muchas veces, y atando cabos, comprendí que en eso, como en todo, alguno tenía que perder. No riñeron por el resultado, ni se distanciaron las familias. Deportividad, diríamos hoy.

«¡Qué joven ha muerto Juan Montilla!», dijeron. Pero yo no acababa de entender cómo era joven un hombre que tenía dos niños mayores que yo, que estudiaban ya en el Instituto. ¿Joven un hombre de cuarenta y tantos años...?



*La calle de Montiel o de Melchor Almagro, en Úbeda*





## «...Y RIGEL EN ORIÓN»

Había que pensar ya en el examen de ingreso. Iba yo a cumplir diez años y a mis padres les ilusionaba que empezase a cursar mis estudios del bachillerato con el mínimo de edad; a mí, también. Por otra parte, la preparación no me exigía ningún esfuerzo extraordinario. Dominaba la ortografía, que había aprendido por la vista, ante la letra impresa, más que por las reglas del *Epítome de la Gramática castellana*. Con no sentirme nada inclinado a la Aritmética, sabía las cuatro reglas, y no creo que exigiesen más. Si algo me fallaba —la multiplicación por siete, *verbi-gratia*—, temía no aprenderlo nunca. En cambio, me eran familiares los nombres de las capitales de las naciones europeas: las de América no entraban en el programa, y no recuerdo si había en él algún tema de Ciencias Naturales o de Historia. La única novedad, quizá, estribaba en preguntas como estas: «¿Quiénes son en la actualidad los mejores poetas del mundo? ¿Quiénes son los mejores músicos? ¿Quiénes son los mejores pintores? ¿Quiénes son los mejores filósofos?» Teníamos que contestar a esas preguntas sin que nadie nos hubiese enseñado antes ni una sola palabra de tales materias, salvo en lo referente a poesía; al menos para mí, que no dejaba de la mano la *Recopilación*, de don José Aguilera, si bien no llegaba hasta nuestros días y, además, reducía a la poesía española. Mis series de fototipias de las cajas de fósforos me resultaron muy útiles. Pero entre ellas no encontré el retrato de algunos de los grandes hombres, en Letras, Artes o Ciencias, que, en respuesta al consabido cuestionario, se les nombraba en los apuntes que tomábamos al oído de las explicaciones de don Antonio el pasante. Por ejemplo, Leoncavallo.

—¿De dónde es ese músico...? —pregunté intrigado por apellido tan zoológico.

—De Bélgica —contestó el pasante, no sin algún titubeo.

Entre los autores dramáticos figuraba Ibsen. Volví a preguntar, un tanto escamado:

—¿Y de dónde es Ibsen?

—De Suiza —me contestó don Antonio, más vacilante aún.

No me quedé tranquilo hasta buscar a Leoncavallo y a Ibsen en el *Montaner y Simón* que tenía mi padre en casa y que me gustaba hojear, y no siempre leer, entretenido con los retratos de celebridades y grabados de varia naturaleza: mapas inclusive. En mi texto de Geografía no se insertaba ni un solo mapa, y entre los que colgaban de las paredes del colegio apenas era utilizado otro que no fuese el de España. Me examiné y me aprobaron, y eso que me tocó «la tabla del siete». Por la puerta entreabierta del aula en que hacía el ejercicio escrito, mi padre me atisbaba, sonriente, animándome con la mirada de sus ojos azules, que yo no podía temer se cerrasen para siempre —¡qué absurdo!— en tiempo tan próximo. Mi madre me esperaba asomada al balcón, y ya siempre me esperaba, con igual impaciencia, a la vuelta de mis exámenes y, cada vez con mayor anhelo, por cualquier motivo o pretexto.

La mayoría de mis compañeros del Instituto llevaban ya pantalón largo. Yo temía que mi madre también me los hiciese poner, y me alegré mucho cuando, un poco a disgusto, le insinué la conveniencia del pantalón largo para acomodarme al uso general y ella me replicó, muy resuelta: «¡Quién piensa en eso todavía! ¡Qué tiene que ver el Instituto con que tú sigas siendo niño...!» Se me quitó un peso

de encima. Me parecía que despegar de la niñez era tanto como desprenderme de mis padres, como salir de mí mismo, como escapar de la vida tan sencilla que hasta entonces llevara e internarme en otra que sabe Dios cuántas horas oscuras y sorpresas ingratas podría reservarme. Mis compañeros de este mi primer año del bachillerato miraban con cierta envidia, con una especie de recelosa admiración, a los que estudiaban los últimos cursos, en las clases de arriba, en el primer piso del colegio de San Bartolomé y Santiago, sede, en aquel tiempo, del Instituto. Los noveles o novatos deseaban —yo solo a veces, pues me defendía del contagio— llegar pronto a mayores, a chicos que empezaban a afeitarse, que fumaban —*susinis*, los ricos, y de a 0,45 el paquete, los modestos— como lo más natural del mundo, y que decían —no los listos a los tontos, sino los resabiados o maliciosos a los de espíritu más infantil— cosas que no debieran tal vez decirse, ni siquiera pensarse: cuentos «verdes», por ejemplo. ¡Qué cosas más feas traslucían! Despegar de la niñez, con todas sus consecuencias... ¡Ay, eso no...! ¿Por qué los años, los cursos académicos, no irían más despacio...? Otras veces quería que corriesen... ¡Cualquiera sabía...!

Encontré un verdadero maestro en don Francisco Díaz Carmona, catedrático de Geografía en los dos primeros cursos y de Historia en el tercero y el cuarto. A todos nos parecía viejísimo, pero luego tuve la curiosidad de saber su edad y resultó que hacia aquellos años no había alcanzado aún la cincuentena. Estaba calvo, sus barbas eran blancas y leía con dificultad, pegada la nariz al papel, no obstante usar gafas de gruesos cristales. Su rostro, muy arrugado, se contraía no pocas veces en una mueca de dolor, «Tiene un cáncer», murmuraban algunos de esos que, aun siendo niños, se jactan de saberlo todo. Pero no debía de ser cáncer, pienso al evocar este recuerdo, porque Díaz Carmona tardó más de diez años en morir. Se reponía pronto del dolor que sintiera y continuaba la explicación con claridad y todo el posible atractivo, e incluso con algún rasgo de humor. De profunda fe religiosa, enumeraba las constelaciones y las estrellas como si rezase a la mayor

gloria de Dios: Casiopea, Aldebarán, Sirio, Altair..., y aún resuena en mi oído el final de la fascinante enumeración: «... Vega en Lira y Rigel en Orión...»

Por la escala de esos fulgurantes nombres nos sentíamos —algunos, por lo menos— transportados a célicas alturas. Los textos en que estudiábamos eran del propio Díaz Carmona, y los imprimía en un taller montado a tal efecto en su casa, con un mecánico por toda ayuda. En su juventud había tenido notable participación en la vida intelectual de los grupos católicos de Madrid, y polemizó en no sé qué prestigiosa revista con la Pardo Bazán a propósito del naturalismo. Tradujo al castellano *La Atlántida*, de Verdaguer, y cuando yo, en mi tercero o cuarto curso, gané su mayor confianza, se complacía en llevarme a su casa y leerme en alta voz fragmentos del excepcional poema, en la versión de que era autor, o en catalán, haciéndome entender esta lengua con oportunas explicaciones. También me leía poemas entresacados de *Idilis i cants mistics*, que me causaban mucha mayor emoción que *La Atlántida*. De ahí data mi amorosa afición a las letras catalanas.

Así como me emocionaba profundamente cuanto Díaz Carmona decía del cielo estrellado o de cualquier otro sublime espectáculo de la Creación, trascendiendo sus palabras, sin oratoria alguna, a religiosidad y poesía, me interesaban sobre manera también —sin que yo, naturalmente, pudiese aquilatar el rigor de sus conceptos geográficos— las explicaciones que nos daba acerca de las ciudades de España, con sus monumentos, sus ríos, sus sierras, etc., aunque todo se redujese, en último término, a cadenas de nombres y de fechas que la memoria debería retener para aprobar y no digamos para obtener superiores calificaciones.

Corrían los años en que las tarjetas postales iniciaban su auge, y cuantas se recibían en casa las coleccionaba yo en un álbum que me trajo mi tía Pilar de Oviedo, cuando volvió de la boda de su hermano Pepe —entonces gobernador civil de la provincia—, con la arrogante Emilita Campa. Ese álbum traía ya una serie de postales con monumentos de Asturias: la catedral de Oviedo, la basílica de Covadon-

ga, el puente de Cangas de Onís..., y me animé a comprar —a diez céntimos cada una— tarjetas postales de otras ciudades y regiones de España que se vendían en la librería de Dámaso Santaló o en la de Sabatel. Me chocaba, por lo que hacía a Granada, que el patio de los Leones, por ejemplo, en esas fotografías resultaba más grande de lo que es, y no me extrañaba que el Generalife así reproducido me dejase un poco frío, ya que para experimentar su seducción había que oírlo en sus juegos de agua y respirarlo en sus fragancias.

Para premiar mi ingreso en el Instituto, mis padres me regalaron una pequeña máquina fotográfica, de las que servían para obtener «instantáneas», y yo gozaba tomando vistas de aquí y de allá, especialmente en mis vacaciones de Pascua o de verano. Hacia el segundo o el tercer curso empecé a salir solo, o con amigos de suma confianza, como Antoñito Gallego. Hasta entonces me llevaba al Instituto, con los compañeros del colegio matriculados como alumnos oficiales, un pasante que, por su comodidad o por seguir indicaciones de don Pepe, nos fue acostumbrando, poco a poco, a volver por nuestra cuenta y riesgo a nuestras casas, no sin que yo me sintiera, al principio, temeroso o azorado por la inquietud que en mi madre causaba esa incipiente libertad.

Antoñito Gallego y yo dábamos largos paseos por Granada, llevados del afán de conocerla, que en él despuntaba con una precocidad que daría sus frutos, y recuerdo la tarde en que con otros niños de nuestra edad paseábamos por los Jardinitillos de La Bomba. Apartándonos del grupo, llegados hasta el Puente Verde: «Lo hicieron los franceses», dijo Antonio, sin presumir de saberlo, pero chocándome a mí que lo supiese. Y es que nada leía con tanto afán como las «Guías» de nuestra ciudad, y él me habló de *Granada la bella*, de Ganivet, y juntos leímos, sentados una tarde en un banco de la Alhambra, *La granadina*, de Pedro Antonio de Alarcón. Los dos esperábamos con impaciencia *El Defensor*, para leer su folletín *Los monjes de las Alpujarras*, de Fernández y González. Yendo de acá para allá, nos gustaba descubrir algo, como el día en que nos sorprendió la *Cruz de la*

*rauda*, en rústica plazoleta del Albaicín, nunca vista ni siquiera en tarjeta postal, ni tampoco oído que existiese tal paraje, desde el que nos impresionó divisar la ciudad desplegada en gran paisaje hacia la vega, con el gran telón al fondo de Sierra Nevada. Pensamos con admiración en los *Diez amigos limited*, sociedad que hacía excursiones por el camino de los Neveros hasta el Veleta, primero en mulo y después andando, con un zurrón al hombro y un denuedo que envidiábamos algo convencionalmente, pues la verdad es que nunca nos ganó la vocación alpina.

La Geografía y la Historia obtuvieron sucesivamente mis preferencias de estudiante primerizo del bachillerato. La Aritmética y la Geometría —huelga añadir el Algebra y la Trigonometría— acrecieron el pavor o simple repulsa que siempre me habían inspirado las Matemáticas, y no bastaron para aproximarme a ellas las dotes pedagógicas del catedrático don Teodoro Sabrás. Contra lo que yo mismo pudiese prever, la Gramática me dejaba indiferente, y no sería por culpa del profesor, don Eduardo Raboso, porque con él estudié luego dos cursos de latín, y en tanto grado me interesó conocer, mejor dicho, empezar a conocer lengua tan sabia, que acabé traduciendo a Horacio y a Cornelio Nepote, no diré con facilidad ni acierto, pero sí con curiosidad y agrado.

Acaso me sea posible razonar ahora lo que no fuese en principio sino vaga intuición o caprichosa incongruencia. Me atraía el latín quizá por ser precisamente una lengua muerta, una augusta construcción monumental que no tiene nada que ver, sino más bien le es ajena, con la vida cotidiana. Me adentraba en el estudio del latín dominado por una sensación muy semejante a la que me transmitían las piedras próceres del palacio de Carlos V o la fábrica imponente de nuestra catedral. En tanto que la lengua castellana es de tal vitalidad, de tan actual existencia y difusión que las reglas gramaticales me parecían algo así como un innecesario aparato ortopédico. Las gentes hablan la lengua que no saben cómo aprendieron, de igual manera que se produce todo fenómeno biológico. La lengua es una realidad de la naturaleza, y no requiere otros cuidados —y ya

son bastantes— que los necesitados por un árbol. La Literatura es anterior a la Gramática, y la lengua nace y se desarrolla, más que bajo la tutela de ésta, por el imperio avasallador de aquélla. Ello es que la Gramática resbaló por mi interés, y hasta por mi curiosidad de estudiante.

Es caso aparte el de mi iniciación en el francés. El primer curso de Lengua francesa coincidía con el segundo de latín en el plan del bachillerato. Pero yo llegué a estudiar francés, oficialmente, tres años después de haberme interesado en aprenderlo, para seguir los avances que tanto me maravillaban en caso tan singular y como de cuento del automovilismo, y más que nada de la navegación aérea, respecto a todo lo cual vi que publicaba extensas informaciones y algunos grabados un periódico, *Le matin*, cuyas hojas se desplegaban, juntamente con las de otros periódicos y revistas, a la puerta de una tienda de la Acera del Casino, «La Prensa», tienda que era para mí una constante tentación. «¡Ay, papá!, ¿por qué no tendremos nosotros un puesto de periódicos...?» Tal vez dijera yo esto más en serio que en broma. Mi padre se reía.

Hoy, a distancia de medio siglo, recuerdo mi interés por el progreso de técnicas aplicadas a inventos y a descubrimientos prodigiosos y casi no me lo explico. Lo lógico y natural es que un niño tan pendiente de tales adelantos, hasta la preocupación obsesiva, hubiese experimentado la necesidad vocacional de ser ingeniero, o que, en su defecto, o a la vez, se hubiese dado a la práctica de los deportes. Pero nunca pensé en ser ingeniero, y en cuanto a *sportman*, nada. Indudablemente, los problemas que fuera preciso resolver para navegar por el aire no me importaban lo más mínimo; ninguna técnica me atraía. Era la proeza, el alarde de valor lo que me emocionaba, haciéndome buscar en los periódicos y revistas que llegaban a casa, o yo adquiría con mis perras gordas ahorradas, el relato de tales hazañas. Admiraba a los que subían en globo, como algún tiempo antes a los guerrilleros del Transvaal contra Inglaterra y como muy poco después a rusos y japoneses, indistintamente, pues si me sentía admirador, sin ahondar mucho en

mi emoción, del general Stoessel, por vencido y entero, también me conmovía la impasibilidad ante la muerte del almirante Togo, aunque, desde luego, su raza no me era simpática.

Nada me interesó tanto en este mismo año de mi examen de ingreso, ni siquiera el examen mismo, como la carrera automovilística París-Madrid, que fue suspendida en Burdeos porque al llegar ahí ya habían quedado en el camino siete muertos y no sé cuántos heridos. La aventura me pareció heroica y retuve los nombres de las marcas de aquellos coches tan audaces como si se tratara de los barcos de Lepanto o de Trafalgar: Renault, Mercedes, Dietrich, Panhard... Pues ¿y una señora, madame Du Gast, que participó en la carrera, no sería tan valiente como Mariana Pineda...? Valientes eran también, como los héroes que cantaba la Historia, los militares que subieron en Guadalajara a más de tres mil metros, en un globo llamado *Marte*, y no llegué a entender cómo sería posible el envío de fotografías por la electricidad, según leí en un nuevo semanario de título rarísimo, ABC. Ese invento se llamaba «electrógrafo», y se había enviado por ese procedimiento, de Nueva York a París, un retrato de Mackinley que el periódico reproducía en una imagen hecha con puntos.

Pero ¿qué era posible, qué era imposible, en eso de los descubrimientos...? Los automovilistas no se daban ya por satisfechos con pasear por las calles un poco más de prisa que en coche de caballos y se lanzaban a tragarse kilómetros de carretera como cintas de colores y hasta sables el ilusionista o prestidigitador en el circo. La caprichosa poesía de las cometas había abierto el camino al globo que seguía los bulevares de París en su trazado exacto, como llevó a cabo mi héroe favorito, Santos Dumont. Y otros héroes no tardarían en arrojarse a la empresa más, mucho más difícil todavía, de volar en aparatos más pesados que el aire. No necesitaba yo saber Física para darme alguna cuenta de la tremenda dificultad que ese empeño significaba Pero ya irían los sabios resolviéndolo todo.

Resuelto estaba todo —y ya era prodigio— en el automóvil y en el cinematógrafo. Y también en el mar, con el submarino, y con barcos tan grandes como hoteles o teatros, o mayores todavía. En uno de esos barcos había vuelto de Filipinas el presidente de la Audiencia, don Gaspar Castaño, un señor muy espetado y aparatoso, que frecuentaba nuestra casa con otros magistrados, en tertulia habitual, y que describía su vida a bordo al pormenor. En cuanto al aire, ¿por qué iba a resistir más que el mar a las invenciones del hombre? Ya existía el «dirigible», motivo sumo de mi asombro ante la vida, y en los periódicos se hablaba de las experiencias de unos hermanos apellidados Wriqth, en los Estados Unidos, que habían volado en un armadijo nuevo, muy frágil, pero con una máquina, aeroplano, se empezó a decir. Venía a ser, pues, una cometa muy grande que se movía en virtud del mecanismo dirigido por un hombre sabio e intrépido en un sillín.

«Lo que el hombre no conseguirá nunca es salir de la atmósfera», oí decir en el colegio a uno de los pasantes, en corro con profesores y discípulos, sin que nadie contradijera, claro es, «perogrullada» semejante.

La conversación se había planteado a propósito de una película, una «cinta», *Viaje a la Luna*, que se proyectaba en el «Pascualini», un cine llamado así por el nombre del empresario —italiano quizá de pega—, que lo había establecido en el Embovedado, trasladándole algún tiempo después al solar de la Gran Vía que formaba la esquina derecha, según se entraba por la calle de los Reyes Católicos. El cine ya no era un espectáculo exclusivo de las fiestas del Corpus, sino habitual a lo largo del año. El *Viaje a la Luna* me sorprendió más y menos que a mis compañeros de colegio e Instituto; más, porque yo nunca había leído a Julio Verne, y menos, porque tenía ya formada mi idea de que el hombre podría volar muy lejos, hasta donde su invención se lo consintiera y Dios lo permitiese. Pero con el milagro de navegar por el éter no había por qué contar, y no contaban, desde luego, con él quienes hicieron la película, a juzgar por su tono humorístico que tanto nos divertía a todos los chicos, y es de suponer que también a las personas

mayores, entretenidos y regocijados todos con el enorme proyectil que idearon unos sabios de largo cucurucho, barbas blancas y túnicas estrelladas, que suele ser el atavío de astrónomos y magos. El momento culminante era, por supuesto, el de la llegada de aquella bala descomunal a la Luna, que contraía su rostro —la Luna, pues, de las caricaturas al uso— en muecas de burlesco dolor, algo así como el gesto de don Juan Espantaleón cuando quería hacer reír al público, grotescamente compungido.

La Luna en broma, ¿por qué no...? (¿Tendría la Luna de aquella película, la de Meliés seguramente, un halo poético que los niños de entonces no acertábamos a percibir? ¿Y no habría un fondo, debajo de la broma, de respeto y hasta de admiración a las utopías científicas...?) ¡Qué seriamente fulgía la Luna, con qué altiva serenidad, pálida y plácida, en el firmamento que me encantaba contemplar desde el balcón, en las tibias noches del otoño y aun las, por excepción, benignas de aquel invierno de 1903 a 1904...!

Nunca tuve el Cielo al alcance de mis ojos en tan dilatada amplitud como la que me permitían dominar los balcones de nuestra nueva casa. Nos habíamos mudado desde la calle de la Duquesa a la Puerta Real, y sobre el anchurón del Embovedado se extendía la ancha capa del Cielo hasta prenderse, muy lejos, en la quebrada línea de la sierra. Miraba yo al cielo de hito en hito, más de noche que de día, con especial emoción al atardecer, cuando se iban encendiendo las estrellas, según se apagaban los oros, rosas, púrpuras del crepúsculo. Me intrigaba el vasto misterio inasequible de las constelaciones y estrellas cuyos nombres acababa de enseñarme Díaz Carmona, pero no la situación, y yo me veía en la amorosa necesidad de lanzar miradas, en azaroso juego, con la ilusión de que las estrellas reconocidas o localizadas me respondiesen con un nuevo y más intenso resplandor. Repasaba sus nombres, por el orden del libro de texto; con especial interés, el final de la consabida letanía, como si la animase una honda y melodiosa música.

ca: «...Y Rigel en Orión.» Puntos innumerables de la sobrecogedora interrogación estelar.

Viviendo en la Puerta Real, corazón de Granada, se percibían las palpitations todas de la vida local. Concretamente, por la Acera del Casino pasaban todos los granadinos, cualquiera que fuese su clase o calidad, de ida o vuelta en relación con sus cosas, una de las cuales consistía precisamente en eso: en pasar por la Acera del Casino. El Casino, razón del nombre de la Acera, retenía en sus salones y, si era verano, en su tablado —nadie lo llamaba terraza— a caballeros de más o menos viso y a los «pollos» que en la «tienda» del «Jockey-Club» bailaban en las noches del Corpus con las muchachas de la «buena sociedad», y en el invierno concurrían al teatro de Isabel la Católica bien provistos de gemelos, no tanto para ver mejor la representación como para insinuar por ese procedimiento sus pretensiones amorosas, fijando su insistente mirada en la muchacha escogida para «hacerle el amor», en este palco o aquella platea. Mi hermana Pilar polleaba ya, y pronto se pondría «de largo», siendo sus amigas inseparables Lola y María Salcedo, de igual manera que los hermanos menores de estas, Isabel y Paco, intimaron conmigo muchísimo. Su padre, don Pedro Salcedo, era ingeniero-jefe de Montes y en él se aunaban, por difícil que parezca, el ceño adusto y la sonrisa condescendiente. Pepita Coello de Portugal, la madre de nuestros amigos, tenía muy buena facha. Yo la recuerdo con el boá echado hacia atrás y la cabeza muy erguida.

Otra muchacha llegada de Huelva, con su hermano, capitán de Caballería, formaba parte del grupo de las Salcedos y mi hermana: Manolita Iñiguez, de aire muy distinguido y una expresión melancólica que me impresionaba mucho. A ese momento de mi infancia remonto también el recuerdo de dos constantes amigos: Florencio Porpeta, muy seriecito e inteligente, y Antonio López Hernández, muy formal también, listo y reposado, que llegaba a casa con su madre, Teresa, fraternal amiga de la mía, en su coche. No recuerdo haber visto nunca caballos tan bonitos como los suyos ni carruaje tan bien tenido.

No estaba bien visto que las familias de cierta distinción fuesen al teatro a butacas, y, en efecto, no iban sino a palcos o plateas. Esa casi automática jerarquización social entraba por los ojos. Los palcos segundos, el anfiteatro, con su delantera y varias filas de sillas o bancos detrás, la entrada general y el «gallinero» o «paraíso» graduaban las clases, sin propósito explícito de nadie. Muchas familias de las de palco o platea no dejaban de pasar por la liberalísima Acera del Casino, hacia la Carrera, a la caída de la tarde, para hacer la tradicional visita a la Virgen de las Angustias, y es claro que algunas de esas encopetadas familias no renunciaban a hacer el recorrido en su blasonado coche. Pasaban por la acera del Casino desde don Pedro Nolasco Mirasol de la Cámara, senador y santiaguista, hasta el *Cabezón de Gabia*, vendedor de Lotería, o *Magarza*, con su gorrilla de «maleta». Mi madre me señalaba desde el balcón a algunos de los que pasaban:

«Mira, por allí viene Remedios Medina, del brazo de su hijo Joaquín. Ese tan guapetón y simpático que sale del Casino es Perico Nestares. Aquel del sombrero de copa y chaqué, sin bigote ni barba, es Torres Campos, que será catedrático tuyo cuando vayas a la Universidad...»

«Si es que voy a la Universidad...», la repliqué.

«¿Pero es que no vas a ser abogado como tu padre, tu abuelo, tu bisabuelo, tus tíos...?»

No contesté nada.

«El viejo tan estirado que pasa por delante del estanco, con chambergo y barba blanca, es el marqués de Campo-Hermoso... Aquella muchacha tan guapa que va con su madre es Dolorcitas Montes. Aquellas de la señora de compañía son María Rosales y Rosita Aranz...»

Por el Embovedado, los coches: algunos de tanto lujo como el landó del marqués de Dilar, quien se hizo gran señor, siendo de muy humilde origen, a fuerza de intuición y voluntad. Otros lujosos «trenes»: el de Ricardo Burgos, el de Manolo La Chica. Pasaban el faetón de Angelita Losada, el milord de la marquesa de Torre-Alta, la jardinera de un ricachón de la Vega, con toda su familia, muy pequeñitos de estatura, por lo que apenas sobresalían del coche, apodado el *Carrillo de las gaseosas...* Muchos coches; algunos automóviles, pues el conde de Benalúa iba siendo imitado. Los coches de punto, en su punto. Y a la hora de mayor animación, la diligencia que llegaba de Motril, con gran ruido de trompa, trallazos y gritos del mayoral. Por las mañanas, la berlina de los médicos.

Un día, al salir de casa muy temprano con mi padre, nos encontramos con don José Manuel Segura, catedrático de la Universidad, que vivía algo más abajo que nosotros. Se paró con mi padre y le presentó a un señor muy raro que iba con él: sombrero negro muy en punta, el chaleco cerrado hasta el cuello, como las sotanas; barba corta, en punta como el sombrero, pero las gafas le llameaban con el fuego vivísimo de sus ojos:

«Don Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca.»

«¡Ah! —pensé—. Será el autor del libro que tío Balbino tenía en su mesa de Marmolejo.» Pregunté a mi padre:

«¿Qué explica este señor...?»

«Griego —me contestó—. Pero podía ser catedrático de muchas cosas. Sabe de Letras como casi nadie. Y es un gran escritor.»

Cuando Puerta Real vibraba con mayor intensidad por la fuerza del espíritu que todo lo anima y caldea, era en la tarde otoñal de la procesión de la Virgen, ¡Qué

entusiasmo, qué fervor, qué unidad de emoción en la muchedumbre que invadía el Embovedado o se asomaba a los balcones y ventanas de todas las casas! Todas con colgaduras; muchas iluminadas con electricidad, gas, acetileno, antorchas. De la calle subían, entre aclamaciones, cohetes y palmas reales, avemarias y salves coreadas, música militar... Se caracterizaba, en cambio, por el recogimiento y el silencio más absolutos, como es natural, la procesión del Santo Entierro, única que se celebraba en Granada durante la Semana Santa de entonces, quizás por no contar nadie aún con el turismo, espada brillantísima de dos filos que da vida o muerte, que realza o desvirtúa, según se la maneje, a la personalidad de los pueblos. Y muy distinta era la procesión del Corpus, jubilosa, al mediodía, llevando al Santísimo Sacramento bajo la fragante lluvia de flores y en un ambiente popular de Autos Sacramentales. Pero esta procesión del Corpus sesgaba la Puerta Real, torciendo de Mesones a Reyes Católicos, por lo que la veíamos a cierta distancia.

Desfilaban por el Embovedado las tropas de las tres armas, con sus llamativos uniformes, el día de la Jura de la Bandera, en el paseo del Salón. Los generales de entonces llevaban plumas blancas en el casco y blanco era también el calzón; alta la reluciente bota. Un año vi mandar las fuerzas al general Nario; otro año, al general Ortega, los dos —con perilla o mosca— muy populares por haberse distinguido en Cuba. El jefe de Estado Mayor, en tiempos de esos dos gobernadores militares, era el teniente coronel Picasso, incorporado luego a la Historia de España por la rectitud y el acierto con que hubo de instruir el famoso expediente por las responsabilidades de Annual. Sus hijos Néstor y Adalberto eran compañeros míos en el colegio de San José, y yo, mientras dicto estas hojas, contemplo la fotografía del grupo que formamos los alumnos del Bachillerato alrededor de don Pepe y siento la tónica, esto es, la justificada y humana tristeza del tiempo que pasa, de las ilusiones, en su mayoría irremediabilmente frustradas o quizá nunca tenidas, que es peor, de los niños y adolescentes ahí reunidos. La mayoría de ellos han muerto, y entre los que viven —decir «sobreviven» es conjugar un

verbo harto dramático— veo a un amigo de cariñosa y asidua continuidad en el afecto: Joaquín Gutiérrez Segura.

Determinadas «gentes del pueblo» aparecían en el escenario de la Puerta Real cuando se trataba de recibir o despedir a jefes republicanos, Leonardo Ortega, por ejemplo, que les arengaba desde el balcón de la rotonda del Hotel Victoria; o en días de elecciones algunas tan turbulentas como aquellas de diputados a Cortes en que precisamente Leonardo Ortega fue candidato y triunfó, aunque obtuvo menos votos, según decían, porque el conde las Infantas, gran señor, jefe de los liberales, le cedió los suyos a la hora del escrutinio para evitar a Granada «un día de luto», como solía decirse siempre que el pueblo se echaba a la calle. Leonardo Ortega había sido compañero de mi padre en la Universidad. Era un hombre de gallarda presencia, muy rico y generoso, de escaso discernimiento, anticlerical y limosnero, con acusada inclinación a proteger los conventos de monjas, por lo que señalados elementos de derecha le profesaban respeto y simpatía. Muchos años después lo encontré en Madrid, mal trajeado y, de seguro, mal comido. Me confesó encontrarse en mísera situación. «¡Y pensar en los muchos que yo he invitado a comer en Lhardy!...» Murió el pobre hombre sin que llegara a aprobarse en el Congreso una proposición de Ley que Lerroux presentó para que le fuese concedida una pensión.

Hacia los mismos días en que me examiné de ingreso hice mi primera Comunión, preparado por el padre Luque, jesuita, director de la congregación infantil de San Estanislao, a la que yo pertenecía desde el año anterior. Mi madre era muy afectada a la Compañía de Jesús, y en ella buscó siempre confesor. Lo era por entonces el padre Bello, a quien por sus virtudes de sacerdote discretísimo y muy instruido, por su don de consejo y conocimiento del mundo, le rindió mi madre siempre el tributo de su recuerdo, como yo conservo con muy sincera emoción el del padre Luque, alma de niño que por ello sabía tratar a los niños con tierna e intuitiva pedagogía. Con motivo de mi primera Comunión, me regaló un libro del padre

Coloma, *Lecturas recreativas*, que, en verdad, me sirvió de provechoso entretenimiento. Cuando la revolución del Frente Popular, el P. Luque se hallaba en Almería, y tuvo que acogerse con otros jesuitas al asilo de una cristiana familia. Un grupo de milicianos fue allí un día en busca de un Padre que no figuraba entre los refugiados. «No está —dijo serenamente el P. Luque—. Pero yo, sí. Y soy jesuita.» Entregado tan sencillamente, el Padre Luque fue conducido a una checa y de ella salió para ser fusilado. Todos los «estanislaos» ayudaban por turno la misa de los domingos. Yo aprendí cuanto tenía que decir y hacer con el afán de aventajar al mejor de los acólitos. Pero me sentí muy impresionado cuando vi, desde el altar, la gran cantidad de fieles que llenaba la iglesia del Sagrado Corazón, en la Gran Vía. Me parecía, estúpidamente, que todas las miradas se concentraban en mí y me desasosegó por entero un extraño cosquilleo en la nuca. De súbito tomé la resolución de dejar el misal en el altar y de correr hacia la Sacristía. Mi madre me salió al encuentro muy contrariada, pero no sorprendida.

—¡Me lo temía, hijo mío...! No se lo diremos a tu padre...

# XI MAYORCITO

—El Rey viene a Granada...

—Ya lo veremos...

En Granada existía una cierta prevención contra los viajes regios desde que doña María Cristina suspendió, en vísperas de realizarse, el anunciado con motivo del Centenario del descubrimiento de América. Se resintió tanto Granada, en forma airada y tumultuaria, que la Reina Regente debió de temer que si al fin visitaba la ciudad el disgusto se manifestase en forma tan escandalosa como en la ocasión pasada, por mucho tiempo que hubiese transcurrido, y no se decidió nunca a visitar Granada. No se explica de otra manera que una mujer de tan selecto y cultivado espíritu como doña María Cristina muriese sin haber conocido la ciudad quizá mejor dotada de bellezas naturales y artísticas —aparte cifrarse en ella la unidad nacional—, entre todas las de su reino.

Pero ¿cómo iba Alfonso XIII a prescindir de Granada en los viajes que, para su total conocimiento de España, venía realizando, de arriba abajo y de lado a lado? Pocos días antes de llegar el rey se dispuso que los estudiantes de todos los centros de Enseñanza nombrasen una comisión que, llevando la bandera respectiva, rodeasen el coche en que el rey hiciera su entrada en Granada. A mí me eligieron representante del primer curso de Bachillerato, y para organizar nuestra actuación en el recibimiento de Alfonso XIII nos convocó el Director del Instituto a una

reunión, la primera de personas elegidas para algo a la que yo asistía en mi vida, cohibido y ufano al mismo tiempo. Como el representante del quinto o sexto curso era mi primo Rafael Señán, mis padres me confiaron a él, y en el camino se nos unió Nicolás Pérez Serrano, que representaba a otro de los últimos cursos: muchacho avispadísimo, del que se hacían en el Instituto excepcionales ponderaciones.

«Yo soy republicano —comenzó por decirnos el director, don Salvador de la Cámara—. Pero se trata de recibir al Jefe del Estado y yo acato los poderes constituidos.»

«No es como para que nos entusiasmemos mucho con el rey», oí que decía Nicolás a Rafael.

Pero lo cierto es que, estudiantes y no estudiantes, la inmensa muchedumbre se entusiasmó con el rey, como me fue dado comprobar desde el balcón de casa, porque a mis padres no les gustó nada que yo participase en la bulla callejera y a mí tampoco me seducía demasiado. Yo creo que ninguno de la comisión asistió por razones análogas. No adujeron mis padres la posibilidad de una bomba de dinamita, como tantos temían, pero sí el atropello por algún caballo de la Escolta real, o, cuando menos, el empujón de la enardecida y arrolladora multitud. Claro es que no faltaron estudiantes que llevasen las consabidas banderas, tan celosos, me parece, de su misión como contentos de figurar en el espectáculo. Yo vi cómo las gentes rompían la línea de las tropas que cubrían la carrera y oí, interviniendo con mis vítores, el clamor entusiasta del oleaje popular.

Me encantó ver al rey, tan sencillo, simpático y risueño como ya le había visto en Madrid, sólo que ya nada niño: desde mis diez años, Alfonso XIII, con sus diez y ocho, me parecía un hombre hecho y derecho. Tenía fama de llevarse a la gente de calle y esta frase se hacía literalmente efectiva, porque la muchedumbre, sin

respeto alguno al orden del desfile, se sentía atraída por la franca sonrisa y la mirada alegre de Alfonso XIII, y rodeaba y seguía su coche a lo largo del itinerario, como se hacía notar en el Embovedado, todo él cubierto por una abigarrada masa de gentes en movimientos ruidosísimos hacia la Carrera, esto es, hacia la iglesia de la Virgen de las Angustias. En un estupendo landó descubierto, tirado por un magnífico tronco de caballos, iba el conde de Benalúa, de pie, con arrogancia que el uniforme de maestrante hacía más llamativo; vuelto hacia atrás, señalando con la mirada y con los brazos el coche, quizá no superior al suyo, que le seguía: el del rey, y junto a él, el alcalde, don Antonio Amor y Rico, médico muy afamado y simpático. El gesto y ademán de Benalúa eran como de arenga, pero las gentes no la habían menester. Con la presencia de don Alfonso, que transparentaba su contento, era innecesario cualquier otro estímulo.

Confieso que si el rey encendió mi fe monárquica, presunta o de clavo pasado, exteriorizada en vítores, por natural contagio en todo caso, la figura del conde de Benalúa, pregonero del rey, su servidor y su amigo, me causó enorme efecto. Bien estaba que en las urnas electorales los vecinos de Granada, como los de cualquier otro pueblo o ciudad, depositaran una papeleta con el nombre de una persona digna de ser concejal o diputado: yo entreveía cosas que más adelante me darían no poco que pensar. Pero lo que en aquel momento pensaba venía a ser esto: ¿Por qué no elegir a maestrantes como el conde de Benalúa —luego duque de San Pedro de Galatino—, tenderos como aquel tabernero que aguaba el vino todos los días, salvo el de las elecciones, para que sus votantes bebiesen a placer...?; argumento muy simple, como en definitiva correspondía a un estudiante del primer año de Bachillerato y que, además, ignoraba que el conde de Benalúa había sido aclamado, más que elegido, diputado por Granada algún tiempo antes. Pero es que yo veía en ese hombre, tan popular y a la vez tan señor, la personificación de muchas difíciles cualidades que yo vislumbraba con el posible discernimiento.

Oía yo contar que el conde de Benalúa jugaba de niño con el príncipe hijo de la emperatriz Eugenia y con Alfonso XII; que había emigrado a América cuando, por lo que fuese, perdió su fortuna y que la rehizo allí, por su propio esfuerzo. Fomentó la industria azucarera, como tiempo adelante se ocuparía de construir un hotel y facilitar el acceso a Sierra Nevada con un trenecito audaz. Pero le singularizaba a mis ojos, por lo pronto, el haber sido quien llevó a Granada el primer automóvil, y por si todo esto fuese poco, había sido amigo de mi abuelo, lo era de mi padre y de toda mi familia. Todo ello, sin olvidar —¡ahí es nada!— su condición de maestrante. Porque yo no me imaginaba una monarquía sin maestrantes... Me parecía lógico que a todo rey le rodeasen otros señores que, como sus propiedades, heredasen también el poder ¿No ocurría antes así...?

Yo no ignoraba que existían órdenes militares, también de extracción nobiliaria. Para saberlo me hubiese bastado con la curiosidad que me inspiraba —que me había inspirado, pues esto venía de atrás— una extraña cruz verde bordada en la levita del marqués de las Torres de Orán, general de Artillería con don Carlos. «Esa es la Cruz de Alcántara», me aclaró mi madre. Pero la Maestranza me entraba por los ojos como tal institución, ya que sus caballeros asistían corporativamente de uniforme a funciones de iglesia de muy acusada solemnidad a que mi madre solía llevarnos a mis hermanas y a mí; la novena de la Purísima Concepción —patrona de la Maestranza—, en el convento del Albaicín así llamado, y al octavario de la Virgen de las Angustias. ¿Llegaba yo a ver en aquellos caballeros el símbolo de un mundo que nuevas ideas y sentimientos iban desplazando poco a poco? En parte, sí. Sobre el azul oscuro de los uniformes resaltaban las grandes solapas blancas como alas explayadas de unos pájaros que como todas las aves heráldicas a que yo era tan aficionado, ya no podían volar bajo el cielo de los días que a mí me tocaba vivir. Pero no me daba cuenta exacta de que esos pájaros llevaban en sus alas el plomo de un concepto democrático que, en mis vagas intuiciones políticas, era al que yo me sentía predispuesto, pese a todo, y por ambiente familiar y acaso en primer término por mi natural inclinación, a que todos pensára-

mos, dijésemos, escribiésemos lo que se nos antojase en igualdad de condiciones. ¿Cómo conciliar tantas cosas distintas o contrapuestas? En definitiva, ¿no era Benalúa aristócrata y liberal, como tantos otros caballeros?

En mi incipiente conciencia política, si es que ya despertaba en mí, sentía la contradicción de que la aristocracia, una cierta aristocracia, ejerciera el poder, y el pueblo fuera «soberano», como quería Castelar, el primer mentor político de que yo había tenido noticia. Mi padre seguía leyendo, releyendo, en voz alta a Castelar de vez en cuando, y yo me fijaba ahora en frases que antes me pasaron inadvertidas: «¿La patria es el Estado? ¿La patria es el Gobierno? Mezquina idea de Patria fuera esa.» C me emocionaba, como siempre, con sus inflamados cantos a España: «Yo quiero ser español y sólo español; yo quiero hablar el idioma de Cervantes, quiero recitar los versos de Calderón...» Parrafada que me sabía de memoria a fuerza de oírla y cuya última parte me enseñó a poner en orden, primero, a España, y luego a las ideas políticas, cualesquiera fuesen: «Yo amo con exaltación a mi patria, y antes que a la libertad, antes que a la república, antes que a la federación, antes que a la democracia, pertenezco a mi idolatrada España.»

Lástima que el patriotismo y la caballerosidad no fuesen bastante —me parecía a mí— para que los Gobiernos se condujesen sin dar pretexto a luchas parlamentarias, cuando no trifulcas a grito pelado y hasta con intervención de bastones, como las que referían los periódicos y mi padre comentaba con sus amigos. Que si Maura, que si Villaverde, que si Romanones, que si Canalejas, que si Salmerón, que si Rodrigo Soriano...

«Todo eso es vida, juego libre de ideas», afirmaba mi padre.

Cuando mi tío Rafael quiso que aprendiese esgrima —en vano, porque no me interesó—, me quedé con la imagen simbólica de dos caballeros que, frente a frente, sujetos a regias comunes, buscaban con el florete el punto vulnerable del

adversario, y mucho de ese juego limpio creía yo advertir en las reseñas del Congreso, lo bastante tal vez para compensar y aun superar los supuestos estragos del «nefando navajeo», como decía un acérrimo carlista que frecuentaba nuestra casa: don Ricardo Corzo, farmacéutico, tocayo y paisano de mi padre.

Para formarme idea del ir y venir de los políticos, de la crisis de Gobierno, del choque de los partidos, me daban pie más que suficiente los periódicos. Pero no me era tan fácil iniciarme en el movimiento de las ideas y en la significación de cada prohombre, ya que evidentemente algo habría tras las representaciones públicas en el escenario del parlamento y —dicho sea con mayor propiedad— en el de los mítines, porque solían celebrarse en los teatros. En los discursos que la prensa extractaba, se traían a colación cuestiones que no me era dado entender.

—Ya adquirirás la base necesaria —me decía mi padre— cuando estudies más Historia y en la Universidad llegues al Derecho político.

Era la segunda o la tercera vez que mis padres me hablaban de que yo sería abogado, dándolo por cosa descontada. Y como en esta ocasión observase mi padre en mí un gesto, no disconforme precisamente, pero tampoco de asentimiento incondicional, me preguntó:

—Entonces, ¿qué es lo que te gusta...?

—Leer, escribir, dibujar...

—Pero eso no es una carrera... En fin, ya veremos cómo se decide tu vocación...

No sé por qué dije que me gustaba escribir. Yo solamente leía y dibujaba. No había escrito hasta entonces una sola línea de mi propia inspiración y no pasaba de

componer las biografías de los políticos cuyos retratos me entretenía en copiar de *Blanco y Negro* o de *Nuevo Mundo*. El apunte biográfico no era otra cosa que un pie, más o menos breve, del retrato. Pero espigaba los datos necesarios en los periódicos con cierta ilusión. Siendo yo un lector de novelas y versos como también gran aficionado al teatro en grado sumo, ¿cómo no se me ocurrió jamás ni siquiera intentar algo que se relacionase con la invención literaria? Lo que más me extraña, al cabo de los años y contemplo mi niñez, es que nunca —ni entonces, ni luego— caí en la tentación de escribir un sólo verso, como los escribían incluso algunos niños de mi edad, quizá por contagio de las personas mayores. No se concebía fiesta familiar, ni simple reunión o agasajo, sin que alguien improvisara, o sacase de su bolsillo, una composición en verso, o «un verso», como acostumbraban muchos a decir. Era uso relativamente extendido que algunas familias —no todas cursis— ofreciesen un álbum a sus invitados de cierto viso para que escribiesen, al menos, una cuarteta, y nada digamos del abanico de las señoras, siempre abierto a semejantes alardes. No faltaba quien brindase en verso al final de los banquetes; en verso pedían su aguinaldo los carteros y los proveedores a domicilio, y en cuanto a los niños, alguno tenía que intervenir —en verso también, por supuesto— en las fiestas del colegio. Alguna vez fui requerido en el mío a este propósito. Me resistí, y un pasante me brindó su colaboración:

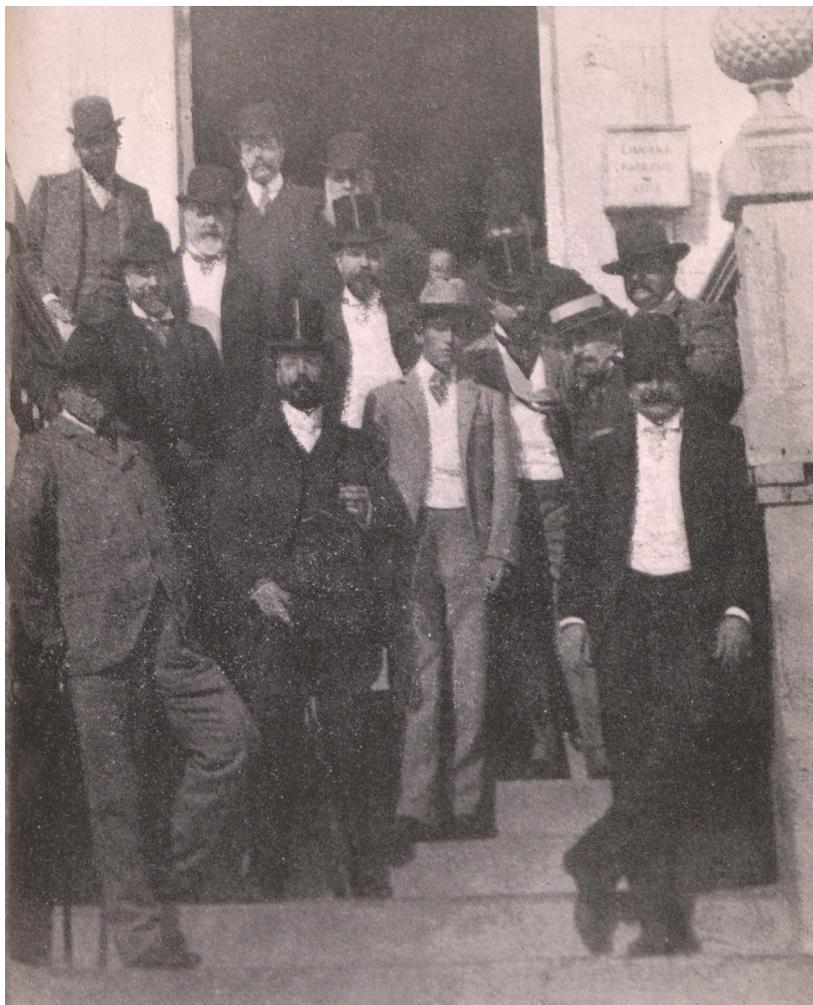
—Anda, Melchorcito, si no se te ocurre hacer, por lo menos, una copla, tú verás cómo con mi ayuda nos puede salir hasta un soneto...

Nunca se me ocurrió, repito, escribir ni un verso siquiera, a pesar de mi resuelta inclinación a leer poesías, sintiéndome especialmente predisposto a ese tipo de emociones, no ya porque me las transmitiese un poeta determinado, sino porque me las hacía sentir, hasta el fondo de mi ser, cualquier aspecto de la Creación: desde la estrella hasta la ola o la flor; desde los ojos iluminados del ser vivo hasta los párpados caídos del muerto. En primer término, ¿no era Granada, ella misma, poesía...?

Mi padre le llevó a don Manuel Gómez-Moreno algunos de mis retratos de políticos y también otros dibujos que hice, por excepción, tomando por asunto monumentos españoles de los que veía en las postales coleccionadas por mí, y hasta osé copiar del natural la Puerta de la Justicia: recuerdo que con muy pocos detalles o por cansarme de dibujar o porque no me interesasen más que las líneas esenciales de aquella enorme masa de piedra o ladrillo.

Don Manuel Gómez-Moreno le dijo a mi padre que tratándose de dibujos que en su mayoría no eran apenas otra cosa que calcos, no podía decirle nada acerca de mis aptitudes, pero que merecía la pena probar mi vocación en la enseñanza de un buen profesor. Don Manuel Gómez-Moreno estuvo en casa, y debía de tener con mis padres una excelente amistad porque tres o cuatro años antes felicitó a mi madre en el día de la Asunción de Nuestra Señora, obsequiándola con un precioso cuadro en el que sus pinches representaban a la Virgen en esa advocación. Don Manuel Gómez-Moreno era un buen pintor, que probablemente habría avanzado mucho más en su arte de no desviarse de ese camino por atraerle el de la arqueología y la historia de las Bellas Artes, con lo que, en definitiva, ganó doble magisterio, y así pudo iniciar en el conocimiento de esas disciplinas a su hijo, el don Manuel Gómez-Moreno de ahora, polígrafo esclarecido, genuino heredero de su padre en independencia de carácter y en noble pasión, solo que el maestro de ahora amplió genialmente el horizonte ante el que su padre, autodidacta extraordinario, le colocara. Sin perder el acento local, ha obtenido con su obra, en multitud de direcciones, universal resonancia.

Don Manuel Gómez-Moreno, padre, era pequeño, rechoncho, con las cejas y el bigote muy crespos, sin la barba que da a su hijo tanto carácter, entre hidalgo, monje y caíd; pero uno y otro, moros o cristianos, fogosos, impulsivos, nada gregarios, incapaces de dejarse llevar por bajos móviles. En la visita de Unamuno a Granada a que antes me refiero, su gran amigo don José Manuel Segura, que tiempo adelante sería mi catedrático de Derecho Romano, le llevó a la Escuela de



*De izquierda a derecha y descendiendo: Ricardo Fernández Abril, Tomás Ariño, Alberto Aguilera, doctor Pulido, Carlos Díaz Valdés, barón de la Torre, Pedro Niembro, Luis Mazzantini, José Ignacio de Sabater, Antonio Fuentes, conde de Garay, duque de Tovar y Natalio Rivas*

Artes y Oficios de la que era director don Manuel Gómez-Moreno, padre. Impresionado por el funcionamiento eficientísimo de la Escuela, no obstante sus tasados medios económicos, don Miguel le aconsejó a don Manuel que gestionase el aumento de la subvención correspondiente:

—¡Ay, no, señor Unamuno! De ninguna manera. Tengo miedo al dinero...

Cuando, tantos años después, tuve la ocasión y el honor de conocer a Unamuno, maestro ya en sus libros, muy amigo luego, le oí contar esa anécdota, completando así la referencia:

—Fue una de las dos cosas que más me emocionaron en Granada. La otra, un atardecer, desde la plaza de San Nicolás, en el Albaicín.

Mi hermana Pilar también mostró deseos de aprender dibujo, y fue nuestro profesor don Manuel Ruiz-Morales, muy sordo, dotado de buena retina para el color, acuarelista de primer orden. Compramos con mucha ilusión el carboncillo, el papel marquilla, el difumino, el clarión... Pero nos divertía muy poco el copiar las orejas, las narices, los ojos, las manos..., de los grandes pliegos en que aparecían grabados esos modelos. No hubo tiempo de que nos acabase de aburrir aquel ejercicio, porque don Manuel Ruiz-Morales se tuvo que marchar de Granada a Madrid, me parece que por serle adjudicadas unas clases en la Escuela de la Academia de Bellas Artes.

Sin embargo, yo seguí dibujando, a mi manera, naturalmente, y sin prescindir de mis políticos, encariñado con ellos y con las sucintas notas biográficas; me entregué a copiar monumentos y rincones de Granada, simplificándolos adrede, como si únicamente buscase el volumen, la masa, las líneas esenciales de torres cuadradas como la de la Vela, las Bermejas, la de la Catedral (¿sería yo un precubista sin saberlo...?). Rehuía al paisaje, porque sin el color no me lo explicaba, y

con el color no me atrevía. Precisamente, el color era el fuerte de Muñoz Lucena —hombre muy chistoso, por cierto—, profesor de dibujo, no de pintura, del Instituto, y cuando llegué al curso correspondiente no aproveché gran cosa. Pese a todo, continué dibujando, a ratos perdidos, a veces en el mismo libro que leía, o en cualquier papel a mano, si la explicación del profesor en clase que debiera escuchar no me interesaba.

De parecida silvestre manera aprendí a leer periódicos franceses; pero mi padre me previno que me dispusiese a estudiar a fondo el idioma en el inmediato curso, donde ya figuraba la enseñanza del francés, a cargo de un catedrático afamado por su competencia, don Eduardo Ugarte, hombre fino y amable, versado en literatura francesa y en la española, a lo que pude vislumbrar, pues los alumnos que se fijan no tardan en darse cuenta, por lo menos, de lo que su profesor sabe o ignora. Don Eduardo Ugarte logró que los chicos más estudiosos de la clase nos interesáramos en la traducción de los textos —de Bossuet, de Madame de Sevigné, de Lafontaine...— que él había incluido en su *Selección de autores clásicos franceses*. Cuatro o cinco compañeros pudimos abordar pronto esa tarea, ya que de antemano sabíamos algo de tan precisa y preciosa lengua. Para facilitar aún más su estudio, nos puso Ugarte en relación con muchachos franceses que deseaban aprender español, y en ese intercambio hube de cartearme con un estudiante de Burdeos, Sully Valéry, que escribía en papel de un suave color gris azulado y que cerraba el sobre con un plateado y blasonado lacre. Cambiamos cartas durante un tiempo que no acierto a precisar. Sí recuerdo las revistas que me enviaba: *Lectures pour tous* y *Nos loisirs*, así como novelas de Pierre Loti —*Pecheur d'Islande*, por ejemplo—, cuentos de Theuriet y versos de François Coppée. Por su edad, Sully Valéry debió de combatir en la primera guerra europea. Yo no sabía ya nada de él, y luego, menos. ¿Vivirá, habrá muerto...? El recuerdo que de él conservo es muy grato. Demostraba en sus cartas y en sus ejercicios adjuntos, con variedad de temas, inteligencia muy viva, afán de aprender, amor a España...

Durante las vacaciones de aquellos veranos de mi Bachillerato en marcha, solía pasar unas semanas con mi tía Pilar y sus hijos en el cortijo del Pino, término de Churriana de la Vega, el pueblo donde nació nada menos que *Frascuelo*, como me dijo mi primo Pepe, ardiente taurófilo. La casa era espaciosa y la rodeaba un jardín donde pasaba yo las horas muertas —las horas más vivas del día— con un libro que tomaba un poco al azar de la biblioteca de mi tío Melchor, que, al menos, en parte, había trasladado tía Pilar al cortijo desde su casa de Granada, y la conservaba en un salón cerrado con amoroso respeto.

A mí me entregaba la llave, y yo removía a mi placer no solo libros, sino también viejos periódicos y revistas que allí se amontonaban. Me atraían las historias y las novelas. No me tropecé con libros de versos que no fuesen de Espronceda, Zorrilla, Campoamor o Bécquer, ya tan conocidos por mí. Guardo especial memoria de la *Historia de España*, de Lafuente, y de algunos tomos de la *Biblioteca de Autores Españoles*: concretamente, los dedicados al teatro de Calderón y Lope de Vega. Se me abrió todo un mundo de historias y de leyendas, en verso para mayor halago de mi sostenida atención. Entre las comedias que yo leyerá entonces, ninguna me causó tanto efecto como *Fuenteovejuna*, quizá porque era cuando yo andaba a vueltas con el papel que le correspondía a todo rey llamado a hacer justicia para evitar que el pueblo se la tomase por su mano. Armonizaba muy bien con mi gusto la grandilocuencia de Chateaubriand en sus *Memorias de ultratumba*; pero, así y todo, no pude leer más que algunas páginas. Y me sorprendió *El Príncipe*, de Maquiavelo, porque creí que era un libro de cuentos. Predominaban en la biblioteca de mi tío Melchor —con muchos libros que había heredado de su abuelo, mi bisabuelo Melchor Ignacio— los libros de Derecho, ajenos todavía a mi curiosidad, y hojeé alguno de los tomazos del *Diario de las sesiones del Congreso*, selva que con el tiempo me habría de atraer como al más tenaz y arrojado de los exploradores.

Mi primo Melchor buscó para mí algunas novelas: *Los reyes en el destierro*, de Daudet —en español—, y me agradó mucho más aún *Lettres de mon Moulin*, muy especialmente el capítulo o cuento titulado «Les étoiles». Pero él llegaba siempre, de Madrid o de Granada, con libros nuevos, cuyos autores constituían para mí una revelación. Me interesó, más que ninguno, «Azorín», del que leí, de un tirón, *Confesiones de un pequeño filósofo*. Mi primo hablaba también de Unamuno, de Pío Baroja, de Rubén Darío, de un joven Juan R. Jiménez, nuevo Bécquer... A todos los conocía él personalmente, por alternar en las tertulias de este o aquel café o en el Ateneo... Al que más trataba era a Valle-Inclán, que había prologado su primer libro, *Sombras de vida*, lectura que fue para mí muy grata. A mi primo, abogado ya, le ilusionaba su proyectado viaje a Alemania para ampliar estudios de Derecho político en Heidelberg, También pensaba ir a Londres. Ya conocía muy bien las lenguas respectivas, y, desde luego, el francés. Vacilaba, por lo que yo le oía, hablando con su madre, entre ser catedrático o diplomático. Recoger la herencia de su padre en el bufete y en la política, ni remotamente lo admitía: esa posibilidad es la que acariciaba su madre. A mi primo le fascinaba el mundo, el gran mundo, la vida literaria, viajar... Indudablemente, debía de sentirse ya más inclinado, en su indecisión profesional, a la diplomacia que a la cátedra. Con dotes intelectuales, trato de gentes, buenos apellidos y alguna fortuna, todo parecía sonreírle. Pero no sabemos en qué pliegue del ser se agazapa el Destino...

Mi tía y sus hijos cambiaban frecuentes visitas con las familias que asimismo pasaban temporadas en los cortijos vecinos. Era contiguo el de don José González de la Cámara —de grandes patillas y aire patriarcal—, y uno de sus nietos, Pepe Rodríguez-Acosta, iba con cierta frecuencia a merendar con nosotros, como gran amigo que era de mi primo; también sus hermanos Manuel —que derivó a la política— y Miguel —el único de vocación bancaria—. Pepe era muy alto, elegante, ya casi calvo; hablaba de sus viajes mucho más que de su pintura. Parecía altivo por su gesto y su traza física, y se expresaba con absoluta sencillez y simpatía. Coincidió una tarde en el cortijo del Pino con José María López Mezquita

—fornido, de cuello muy corto—, pintor ya famoso por la primera medalla que había obtenido cuatro años antes con su *Cuerda de presos*: el primer cuadro que yo había visto —fotografiado en las revistas ilustradas—, a una luz de atardecer lluvioso, que me dejó pasmado de admiración. Pepe Rodríguez-Acosta era algo mayor que López Mezquita, pero aún no había expuesto ni uno solo de sus cuadros, tal vez porque su condición de hijo de millonario le preservaba contra la impaciencia natural del pintor que legítimamente aspirase a la profesionalidad. O acaso procediese de igual modo, aun sin ser hijo de opulento banquero.

Una de aquellas tardes en las que los dos pintores coincidieron en el cortijo del Pino, plantó cada uno de ellos su caballete donde le pareció mejor. No sé si mediaba alguna apuesta entre ellos o si se limitaron a un simple entretenimiento. López Mezquita se colocó en el jardín, de espaldas a la casa, y Rodríguez-Acosta frente a ella, pero a cierta distancia. Yo iba de uno en otro, verdaderamente asombrado de la rapidez de sus pinceladas y del milagro que el color realizaba en la tela, las dos de reducidas dimensiones. Me encantó la variedad de matices que López Mezquita acertó a obtener de la fronda que tenía ante sí, y Pepe Rodríguez-Acosta reprodujo un costado de la casa y algo de campo al fondo, con extraordinaria justeza a lo que yo podía entender. Viendo cómo el color creaba vida, comprendí mejor que antes la insuficiencia del dibujo, por bueno que fuese; y los que yo intentaba no podían ser peores, ¿Cómo se me había ocurrido a mí dibujar, aunque fuese con tantas limitaciones, y, sin embargo, no caí en la tentación de pintar...? Si tuve alguna vez como juguete una caja de pintor, con sus colores en una pequeña paleta de cartón, no llegué apenas a usarla. Acaso me ocurriese con el color como con el verso. Lo que más nos gusta es lo que más nos arredra.

Otro cortijo lindante con el del Pino era el de San Ignacio, de la viuda de Igual, señora de empaque muy distinguido. Tenía dos hijas, Carmen y Teresa, de aire muy madrileño. Teresa era guapísima, y al año siguiente, o así, fue designada reina de los Juegos Florales. Me extasiaba en la alameda de otro cortijo vecino, gozándo-

me en pasar del sol radiante y el campo rumoroso a una penumbra y un silencio que me recordaba el silencio y la penumbra de las iglesias, según ahora me parece revivir mi ánimo de entonces. El abrazo de los árboles, muy arriba, formaba altas bóvedas, y la luz del día, más tenue a cada instante, se filtraba suavemente por el entrecruzado ramaje, a lado y lado, mintiendo vidrieras de un templo primitivo y vegetal. Me invadía una emoción acaso parecida a la que experimentaba aquel niño, más niño aún, que fui yo, en un camaranchón de la casa de la calle de Jesús y María, caprichoso encierro para no pensar en nada, para soñar, para abstraerse de un mundo que todavía no existía para mí.

La noche se echaba encima de la alameda sin que nadie me saliese al paso en aquella vasta soledad, salvo una tarde en que me crucé con dos muchachas, probablemente hermanas, o casi seguro, por su extremado parecido: las dos rubias, de ojos pequeños, pero llameantes, la misma sonrisa en labios muy finos. Una estaba ya de largo, y la otra, casi tan alta, llevaba falda corta y el pelo colgándole en tirabuzones. No es que se me quedasen súbitamente grabadas las figuras de estas dos muchachas. Fue que otras tardes volví a verlas, y me alegraba el encuentro. Empezamos por saludarnos, pobladores únicos de la alameda, y era inevitable que llegásemos a hablar. Por mi parte, yo lo deseaba, y al tercero o cuarto día, no sé cómo, nos reunimos y charlamos, haciéndose costumbre. La mayor se llamaba María Teresa, y la menor Cristina, familiarmente «Tinita». Su padre era artillero, y habían perdido a su madre siendo muy niñas. Pasaban una temporada en el cortijo de su abuela, que nunca iba por allí: granadina que, al casarse con un forastero, hombre muy rico, renunció a su tierra sin esfuerzo, necesidad ni motivo conocido y se adaptó a la vida de Madrid para siempre.

Una tarde fue sola Tinita a la Alameda.

—María Teresa está algo malucha, y yo no he querido faltar a nuestra cita.

—Sí, verdaderamente. Es como si nos pusiéramos de acuerdo...

Hablamos de cualquier cosa, y de pronto me lanzó esta pregunta:

—¿Cuántos años tienes...?

Yo iba a contestarle la verdad: «doce». Pero imaginé que esa edad me achicaba, que me hacía perder importancia a los ojos de Tinita, seguramente mayor que yo. ¡Con las ganas que tenía yo de cumplir años, de crecer, de ser más alto de lo que ya era...! Y contesté, muy en firme:

—Catorce.

—Los que yo te echaba. Porque tú eres ya mayorcito...

Tinita se me quedó mirando muy fijamente. Yo a ella también. Y de pronto, otra pregunta:

—¿Has tenido tú ya novia...?

—Pues no...

Un momento de silencio. Miradas más sostenidas aún. Y nueva pregunta de sopetón:

—Oye, ¿y si nos pusiéramos novios...?

—Pues sí...

# XIII

## «MORIRSE ES MUY DIFÍCIL»

Mi padre se quitó la barba: señal buenísima. Se sentía joven, más joven que cuando lo era realmente, y contaba ya nada menos que cuarenta y cinco años. «¡Cuántos años...!», pensaba yo; y me acogía a la casi inalterable jovialidad de mi padre para explicarme su arranque, afeitándose la barba, que era lo que correspondía a los hombres de su edad y aun a los menores. Pero, por lo visto, se iba generalizando el uso del bigote como única presencia del pelo en la cara, y así empezaban a caer no solo las barbas, sino también las patillas, la perilla, la mosca...

—Te has quitado quince años de encima —le decía mi madre.

—Eso es lo que yo quería —contestaba mi padre—. Y me quitaré el bigote también, tan pronto necesite tirar por la borda otros cuantos años más: cuando el bigote empiece a encanecer, como encaneció ya la barba...

El reinado de las tenacillas comenzaba a declinar en las peluquerías al caer las barbas y cundir la simplificación del peinado: cada vez menos tupés y menos bigotes ensortijados...

Los asuntos de mi padre marchaban algo mejor. No desgraciadamente la salud, aunque él no se diese cuenta por entero de la dolencia del riñón que la había diagnosticado Fidel: «nefritis intersticial». Seguía mi padre el tratamiento indicado por Fidel sin darle mayor importancia; pero mi madre, en el secreto de la en-

fermedad y de sus complicaciones, se ocupaba de los periódicos análisis de orina y no acertaba a disimular su preocupación. Mi padre insistía con buen humor en su tema: «Hay que dar el esquinazo a la vejez. ¡Fuera canas! Por fortuna soy calvo, y por ahí las canas no encuentran campo que cultivar.»

Mis padres habían encontrado un piso a su gusto en la calle de San Agustín y en él nos instalamos con gran satisfacción de los tres hermanos, noveleros como todos los chicos. En los vecinos encontramos muchachos y niños de edad paralela a la nuestra en la familia de don Rafael López-Mateos, catedrático del Instituto, que hablaba de todo con mucho seso y conocimiento. No era preciso ser muy lince ni muy precoz para advertir que las casas de pisos creaban formas de convivencia o sociabilidad hartamente distintas a las de la tradicional «casa sola», habitada por familia rica o, al menos, en posición holgada. Los que vivían en «casa sola» acostumbraban a atrincherarse contra las visitas ajenas a la estricta intimidad y cedían a las «de cumplido» cuando no tenían modo de eludirlas, pues en Granada la vida de relación siempre ha sido limitadísima. En las casas de pisos predominaban, en un principio, las familias forasteras —de funcionarios, de militares...— y se reunían unos con otros más o menos frecuentemente, arrastrando a los vecinos indígenas en su deseo de relacionarse, a cuyo efecto ideaban partidas de tresillo, «ilustrado» con meriendas o cenas; días de campo, y en fechas muy señaladas, «soirées» o «guateque» en que se «hacía música», se bailaban valeses, mazurcas, rigodones...; se cantaba el aria, el dúo, el cuplé más de moda, en el tono cursi o elegante —si la elegancia era posible en tales reuniones— correspondiente a los señores que recibían y a sus invitados. Evidentemente, las casas de pisos, sobre todo las primeras que se construyeron, ofrecían al sociólogo vasta materia de estudio.

La suma atracción de nuestra nueva casa estaba constituida para mí por una señora joven, verdaderamente encantadora, Luz Duarte, hija y hermana de los médicos de casa, mujer de Francisco Ayala, hombre correctísimo, de trato muy

agradable. De este matrimonio nació a los pocos meses de nuestra vecindad su primer hijo: el novelista, ensayista y catedrático de Sociología que tanto prestigio ganaría en Hispanoamérica, con natural repercusión en España. Luz Duarte era una mujer singular por su inteligencia y cultivada sensibilidad. Tenía una voz dulcísima y sus manos me recordaban las de «Pepita Jiménez», según las describe Valera, con mimoso detalle. Delgada, esbelta, con ojos muy expresivos, los pómulos un poco salientes y cierto aire lírico y floral, me llevaba a pensar también en la *Primavera*, de Botticelli. Leía cuanto le era posible y me prestaba los libros que por algún motivo pudieran interesarme. Por ejemplo: *La isla del doctor Moreau*, de Wells, que me causó un efecto tremendo; las *Memorias de un setentón*, de Mesonero-Romanos, a las que luego tantas veces he vuelto al dictado de mi curiosidad casi profesional por el siglo XIX, y una novela folletinesca que me pareció muy original: *Juan Lobo*, de Emile Richebourg.

—No tengo *El libro de las selvas vírgenes*, de un inglés, Kipling —me dijo Luz—; yo creo que algo tiene que ver con este *Juan Lobo*, aunque parezca raro...

En la primavera de aquel año —corría el 1905— se celebró el III Centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* y yo obtuve uno de los premios extraordinarios creados por el Instituto para celebrar la efemérides. Gran alborozo en casa. Yo también me alegré. Pero no se produjo tan grato suceso sin dejar caer en mí una gotita de acíbar, seguramente la primera de mi vida. Y fue que el padre del compañero que me había disputado el premio consiguió, no sé cómo, que mi nombre no apareciese en la lista dada a los periódicos. Mis padres coincidieron en extraer serenamente la moraleja del caso: «Esas cosas no te faltarán en tu vida. Quizá te sea útil esta lección para que no te sorprendan ni te enojen demasiado...»

Mi padre tenía que ir a Madrid y me anunció que me llevaría con él para premiar-me por mi éxito y quizá también para compensarme el disgusto que yo hubiese

experimentado con la omisión de mi nombre en aquella lista. Pero el propósito de mi padre no se realizó hasta el otoño y coincidió nuestra estancia con la visita de Loubet, presidente de la República francesa. Previendo dificultades de alojamiento, mi padre pidió que le reservasen dos habitaciones en el hotel Inglés, que encontramos totalmente lleno, como desbordante de luces, gallardetes, percalinas, guirnaldas floridas, gentes endomingadas, el centro de Madrid: arcos muy vistosos en las calles del itinerario que había de recorrer la comitiva oficial. La vimos pasar desde un balcón del Casino de Madrid, al que se entraba por el pasaje de La Equitativa: mármoles de colores, «appliques» dorados, globos de cristal... En Granada no se entraba en ningún sitio por un portal tan fastuoso.

Pasó Loubet con el rey, sonrientes los dos, en un estupendo coche de cuatro caballos «a la grand'Aumont». Loubet repartía chisterazos a derecha e izquierda hasta que se quitó el sombrero de una vez, extremando su cortesía o por comodidad. Comprendí muy bien que los periódicos le llamasen el «primer magistrado de su nación», porque la asociación de ideas e imágenes era inmediata. Los magistrados que yo veía pasear por el Salón y por la Bomba eran como Loubet: afables, ceremoniosos, enchisterados, Loubet, con su barbita blanca, y Alfonso XIII tan joven, ofrecían un contraste como de abuelo y nieto, sólo que el nieto había hecho mucho mejor carrera, a juzgar por su uniforme de capitán general. Viejos generales a caballo rodeaban el coche regio y varios escuadrones de la Escolta Real, entre los que se perdían, o poco menos, los otros coches de la comitiva, daban al desfile radiantes y solemnes fulgores de plata. Los vítores se sucedían sin interrupción en la calle y en los balcones, en magnífico espectáculo que hechizaba ojos y oídos. A mí me satisfizo identificar, por las fotografías, a los dos infantes: don Carlos, con uniforme de general, y don Fernando, de húsar, en el mismo coche.

Caló mucho más hondo en mí la carrera de globos y automóviles organizada en honor de Loubet y que, a causa del mal tiempo, no pudo celebrarse hasta des-

pués de la marcha del presidente francés. Era la primera vez que yo podía haber visto cómo los globos soltaban sus amarras y cómo se elevaban en el espacio. Pero no debía de ser fácil presenciar de cerca ese rarísimo espectáculo porque mi primo Emilito Díaz-Moreu, teniente de infantería, amigo de todos —hijo de tío Emilio, el marino—, a quien mi padre rogó que me llevase con él, no encontró medio de entrar en la plaza de la Armería, donde la ascensión del aeróstato *Júpiter* daría la señal de partida a los otros globos que esperaban en el campamento de Carabanchel y en el parque de Aerostación, situado no sé dónde, para «hacerse al aire» (¿No se decía hacerse a la mar...?) Los automóviles que debían seguir el vuelo de los aeróstatos estaban formados en Atocha, en doble línea, ante el nuevo Ministerio de Fomento, y ese gran alarde automovilístico sí que lo vi, con la emoción natural del que como yo se sentía en continuo pasmo ante tales adelantos. Ahí era nada: los globos, entre la tierra y el sol, que por cierto lucía espléndido, y los automóviles disparados a poco para alcanzar a los aeróstatos allí donde descendiesen.

Mi curiosidad estaba muy curtida, más intensamente hacia esos meses que en los anteriores, porque me habían apasionado las carreras de automóviles para ganar las copas Gordon-Bennet, en Francia, y Florio, en Italia, incorporándose el ganador de la primera, Théry, al equipo de mis admiradores, así como Santos Dumont recrudenció mi fervor con un nuevo dirigible que hacía el número 14 de los que venía ensayando, con tenacidad y denuedo que me asombraban.

Y sí me dolía la ausencia de España en la conquista del espacio, me sentí ilusionado cuando supe que un señorito asturiano y rico se había lanzado alegremente a los riesgos de la navegación aérea con un globo, el «Alcotán». Fue con motivo de la fiesta organizada por el recién nacido Real Aéreo-Club cuando me enteré de que existía Jesús Fernández Duro y que su *Alcotán* se había elevado con tres globos más, cuyos nombres recuerdo perfectamente, no insertándoles aquí para que algún lector malicioso no creyera que blasono de memoria y que todo lo re-

construyo previa consulta de periódicos y revistas. Pero si retenía tantos detalles ociosos de aquello que mis sentidos alerta me brindaban, sin especial interés, no era extraño que se me pegasen a la memoria las cosas que me atraían con mayor fuerza.

Lo verdaderamente raro era que ganasen mi predilección hechos, ideas, nombres propios, que no mucho más tarde resbalarían por mi curiosidad, si bien nunca perdiera de vista las invenciones, los descubrimientos de las nuevas técnicas. A que Jesús Fernández Duro captase mi predilección, no pudo por menos de contribuir luego el que participase en un festival aeronáutico celebrado en París; el que obtuviese el segundo premio del Concurso Internacional de globos en París también; que concurriera a la travesía de los Pirineos con un éxito, más de valor personal que de pilotaje diestro, porque el viento debió de poder más que Fernández Duro, llevándole nada menos que hasta Guadix, en mi tierra granadina, y por la ilusión con que pasó, sintiéndose emulado por Santos Dumont, del dirigible a un proyecto de aeroplano. Las fotografías de la Prensa le mostraban como un hombre de simpática expresión y porte distinguido, joven, elegante, de bigote «akaiserado». Y por encima de todo, Fernández Duro era español, como Kindelán y como Emilio Herrera, ingenieros militares que en Madrid y Guadalajara se esforzaban intrépidamente por conquistar el aire desde una barquilla con unos cuantos sacos de arena.

En el fondo, la navegación aérea era poesía que para emocionar no necesitaba del verso. Poesía que asimismo alentaba en la telegrafía sin hilos: ¿cómo no me había también de atraer la figura de Marconi? Poesía, las exploraciones del duque de los Abruzzos, de Amundsen, de Nordennsjold, de Brazza... Poesía, los descubrimientos del matrimonio Curie... Nunca se me ocurrió documentarme, ni remotamente, en las disciplinas científicas de que pudiesen ser fruto esas proezas de signo nuevo. Me bastaba con apreciarlas en su valor poético, mágico: virtud sobrehumana de creación. Surgían nuevos mundos de las nieves polares; se abrían



*Don José Carreño, famoso por sus chistes*



*Don Natalio Rivas*

caminos entre las nubes, se hacían de los laboratorios baluartes en defensa de la salud y de la vida. Todo ello era como sutil e impresionante materia que mi intuición me ofrecía con gustosa preferencia.

En ocasión de esta nueva estancia en Madrid, niño menos niño, me sentí más inclinado aún que antes a la observación de esos fenómenos por tener periódicos y revistas más a mano y ser mayor allí el número de las personas enteradas que en Granada, de igual suerte que se hablaba mucho más en Madrid entre los parientes y los amigos de mi padre, de la Revolución rusa. Así como durante la guerra con el Japón, se me imponía la figura de Stoessel por su arrogancia y me repugnaba la simiesca traza de Nogi, ahora me intrigaba el misterio del pope Gaponi y me repelía la dureza de Trepof, sin perjuicio de que vislumbrase en la huelga de San Petersburgo o en la sublevación del *Potemkin* anuncios de algo que me espantaba. La palabra misma «revolución» me ha espantado desde la niñez.

También oía yo hablar de literatura más que en Granada. Mi primo Melchor había firmado meses atrás la protesta de los escritores jóvenes contra la concesión a Echegaray del Premio Nobel. Mi padre defendía a Echegaray sin demasiada pasión, como correspondía a su equilibrado carácter. «Echegaray consigue grandes efectos dramáticos y como poeta no es tan malo como decís los intelectuales.» Citó algunos versos de Echegaray —me parece que de *En el puño de la espada*—, afirmando para encomiarlos que podían ser de Zorrilla. «Es que Zorrilla tampoco nos gusta...», replicó mi tocayo con espíritu de grupo.

Entre los libros hallé uno que me cautivó: *Cantos de vida y esperanza*, del americano Rubén Darío, que tanto escandalizaba a las personas mayores y del que yo había leído alguna composición en *Blanco y Negro*, donde Pérez Zúñiga, el de los *Viajes morrocotudos*, que tanto me regocijaban, solía publicar parodias que no me convencían de que el modernismo fuera una cosa ridícula. Yo me recusaba, desde luego, para opinar en eso como en casi todo —ya llegaría a saber lo nece-

sario— y oía en natural silencio las conversaciones de sobremesa. Pero cuando tomaba el libro para leerlo, luchando por entender lo que realmente no entendía, como aquel verso inolvidable, *Hipsipila sutil liba en la rosa*, me parecía oír la música de una caja misteriosa a la que no podía pedírsele sino sorpresa y melodías, y dentro de ese mismo poema, tan cambiante y extraño, encontré la explicación de lo que a mí acaso me ocurriera.

...Y la vida es misterio; la luz ciega  
y la verdad inaccesible asombra;  
la adusta perfección jamás se entrega  
y el secreto ideal duerme en la sombra...

Y en seguida, un verso bello y transparente como el cristal: «De desnuda que está brilla la estrella». Y tantos otros, en distintas composiciones, que halagaban el sentido o me descubrían el mundo en nuevos aspectos: «la dulzura del Angelus matinal y divino...» «¿Qué signo haces, oh, cisne, con tu encorvado cuello...?» «La divina reina de Luz, la celeste Esperanza...»; «Voy en un gran volar con la aurora por guía...»; «Ya viene el cortejo, oro y hierro, de los paladines...»; «El peludo cangrejo tiene espina de rosa...» Y las vagas, pero seguras, intuiciones, espoleadas por el canto a la «carne, celeste carne de la mujer...» Otro mundo de incipientes deseos que se me aparecía casi de súbito, y es claro que no me pasó inadvertida la proyección de mi infancia misma sobre versos que me sugerían muchas cosas: «Yo era tímido como un niño...» Y tampoco resbaló indiferente por mi curiosidad excitada por la devoción a mi santo y envuelta por el aura de una fantasía oriental, la evocación de los Reyes Magos: «Yo soy Melchor. Mi mirra lo aroma todo...»

No se me ocultaba la dificultad de penetrar en otros versos, estrofas, poemas por el obstáculo de las alusiones a la mitología que ni en el Colegio ni en el Instituto trató nadie de enseñarme; de un lenguaje muy oscuro que me obligaba a consultar, casi constantemente, el Diccionario; de un transfondo histórico, político y

social del que a mí no me sonaban más que algunos nombres propios, ni percibía otra cosa que un cierto reflejo de su ambiente, como en la «Oda a Roosevelt», por ejemplo, o «Cyrano de Bergerac en España». Más a mi alcance, desde luego, la «Letanía a Nuestro Señor Don Quijote». Yo la leía y la releía hasta aprendérmela de memoria:

Rey de los hidalgos, señor de los tristes,  
que de fuerzas alientas y de ensueño vistes,  
coronado de áureo yelmo de ilusión...

Me persuadí de que, no ya para escribir versos —tentación en la que, como ya he dicho, no he caído ni una sola vez—, sino para saber algo de poesía era necesario seguir, por medio de la lectura, una especie de cursillos y en ese de mis nuevos días en Madrid fue cuando leyendo *Cantos de vida y esperanza* me inicié en el conocimiento de la nueva poesía —la modernista—, aunque sólo la percibiese a ráfagas. Hay mucha impregnación de cultura, mucho intelectualismo en la poesía de Rubén Darío para que un niño de doce años por mucho que se autoestimase, la entendiera por completo. Algo después leí *Arias tristes*, de Juan R. Jiménez —como entonces se firmaba Juan Ramón—, y esta sí que fue lectura que ganó mi emoción a fondo, penetrando hasta lo más íntimo de mi ser, como si estuviese ingenuamente predispuerto a sentir la melancolía, cuando no la franca tristeza, que arrastra la vida. Y yo, que copié en mi cuaderno de las poesías que iba seleccionando *La dulzura del Angelus*, de Rubén Darío, hice lo mismo con *Aria otoñal*, de Juan R. Jiménez, sólo que estos versos quedaron impresos en mi corazón arrancando de ellos mi siempre sostenida y cada vez más cálida predilección por este poeta, que yo me imaginaba lánguido y ensimismado, con romántica barbita a lo Bécquer:

Mi corazón ha soñado  
con la ribera y el valle,

y ha llegado hasta la orilla  
serena para embarcarse;  
pero, al pasar por la senda,  
lloró de amor, con un aire  
viejo, que estaba cantando  
no sé quién por otro valle...

No me es fácil discriminar lo que hubiese de natural y de artificioso —los gustos despistan mucho— en esa inclinación mía hacia lo melancólico, lo triste, lo romántico. Pero el recuerdo de mis lecturas me atestigua esa preferencia y no se me puede olvidar la impresión que me produjeron los versos de Alfredo de Musset en una antología de poetas franceses del siglo XIX que me regaló mi profesor don Eduardo Ugarte al finalizar el curso. Yo no acertaría a puntualizar si el poema *Tristesse* quedó en el oído o llegó hasta el corazón:

J'ai perdu ma force et ma vie,  
et mes amis et ma gaîté...

A mi padre no le gustó que yo copiase esa poesía en mi consabido cuaderno: «Son versos deprimentes, inadecuados para un niño que no tiene por qué cargarse de desengaños que todavía no ha podido experimentar y que Dios quiera no experimentes nunca.»

Había vuelto yo a Madrid al cabo de cuatro años: paréntesis larguísimo en relación con mi edad. Por lo que me fue dado observar que yo había cambiado mucho, mientras que Madrid era el de antes, sólo que con más automóviles y un tranvía nuevo más pequeño o menos grande que los existentes a la entrada del siglo —amarillos o de un gris azulado— y que persistían en las líneas de siempre. El tranvía nuevo era rojo, le llamaban «cangrejo» y hacía su recorrido, en línea muy quebrada, por calles secundarias. Observé también que no pocas casas de

parientes y amigos de cierta posición tenían ya teléfono y que en la calle de Fuencarral, muy arriba, había un cinematógrafo que no daba impresión de espectáculo provisional o de fiestas.

El relevo de la guardia en Palacio me supo a cosa nueva, porque de todo extraía yo más jugo, y claro es que el Museo de Ingenieros me entretuvo más que en la lejana visita anterior, y no digamos los del Prado y de Arte Moderno, que entonces me habían mareado con el barullo de salas y de cuadros, ahora diferenciados, entre otras razones, porque muchos de ellos yo ya los había visto reproducidos en libros de texto o en revistas, y en cierto modo me eran ya familiares: *Las lanzas*, *Los borrachos*, *El pasmo de Sicilia*, *La familia de Carlos IV*, en el Prado, y *El fusilamiento de Torrijos y sus compañeros* y *El testamento de Isabel la Católica*, en el Museo de Arte Moderno. Me interesaban los cuadros por el asunto, desde luego, pero no me hubiese impresionado tanto seguramente sin el hechizo del color.

Como siempre, ir al teatro constituía para mí un sumo placer y cuando mi padre me concedía el derecho a elegir, me sentía dichoso como nunca. Las carteleras, izadas entre hierros, formando una especie de biombo o bastidor, me parecía que eran la meta del mundo. ¡Cuántos teatros, cuántas compañías, cuántas obras de todas las clases imaginables: dramas, comedias, zarzuelas, juguetes cómicos, revistas...! Por encima de todo eso, la ópera, que no me divertía nada, y por debajo, las «varietés»: «No es espectáculo para ti —me decía mi padre—. Y menos todavía, si cabe, las zarzuelas sicalípticas que se representan en Eslava, en el Cómicó y en Apolo...»

Mi primo Ricardo se empeñó en llevarme a ver «El arte de ser bonita». Yo me resistía. Al fin cedí a la tentación, no sin algún remusguillo de conciencia. Yo creo que fue esta la primera vez en que mi curiosidad, algo teñida de picardía, me indujo a contrariar las indicaciones de mi padre. Verdaderamente, no ofrecía ninguna compensación mi desacato. No me interesó aquello. Más bien me aburrí. Salieron

a escena unas mujeres bastante gruesecitas vestidas casi igual —con alguna ropa de menos— que las señoras y señoritas que yo veía todos los días en el Paseo, de visita en casa o en los palcos o butacas de cualquier teatro. Y cantaban unos cuplés que no me parecían más intencionados que los oídos por mí a criadas, niñeras y asistentes. Me sorprendió un coro en que salían las tiples —las famosas coristas de que los mayores hablaban con malicia— disfrazadas de obesas, como si se hubiesen liado almohadas a la cintura y se envolvían en una especie de saco o albornoz. No merecía la pena que yo me hubiera dejado arrastrar por mi primo, que se pasó la tarde en constante carcajada. Si aquello era la «sicalipsis» —prohibida por padres, maestros y confesores— el pecado, el pecadillo cometido por mí, no podía ser más venial.

Con haber visto *El médico de su honra* y *Rosas de otoño*, en el Español; *La loca de la casa*, en la Comedia —donde vi por vez primera a un actor de reciente aparición en Madrid: fornido, de voz muy bien timbrada y acento catalán: Enrique Borrás—; *El amor que pasa*, en Lara..., tenía ya bastante para contar algo cuando regresara a mis compañeros del Instituto, que, en su inmensa mayoría, nunca habían estado en Madrid. Les parecía de seguro que yo me daba importancia al hablarles, por ejemplo, de María Guerrero y de Díaz de Mendoza, a quienes ellos veían a distancia como a reyes de extraordinario fulgor. A los dos o tres compañeros que se iban familiarizando con la literatura les impresionó mucho el argumento, que les conté, de *El médico de su honra* por la sangría que don Gutierre, implacable, hace sufrir a su mujer —¿doña Mencía...?—, sospechando de su fidelidad, «Ahora no habría marido que castigara así a la esposa adúltera», dijo alguno que ya había leído a Pérez Escrich y oído demasiados chismes y cuentos sin el menor viso dramático. «A saber si ocurría eso en aquellos tiempos. Yo creo que tampoco...», arguyó otro más resabiado aún, largo y desgarrado, a quien llamábamos «el Guisque». Me encantó *El amor que pasa*, aunque solo fuese por el título becqueriano. Efluvios sentimentales de esa naturaleza suscitan pronto la emoción. No creo que yo me diese cuenta por completo de esa poetización de la vida cotidiana en un

pueblo andaluz como tantos que yo conocía. Vi en aquellos mismos días *El amor en solfa*, también de los hermanos Quintero, que se representaba en Apolo y no me divertió nada; hasta me disgustó que se hiciera la caricatura del amor en las óperas, en las zarzuelas y en los sainetes; esto es, en la vida. Instintivamente yo buscaba siempre la vida en el teatro.

Paseando con mi padre una mañana por el Retiro nos cruzamos con un caballero muy arrogante y bien puesto, al que hubiese identificado por sus retratos en *Blanco y Negro* o en *Nuevo Mundo*, y por sus caricaturas en *Gedeón*, aunque mi padre no me lo hubiese advertido: «Es Maura...» Alto, gallardísimo, robusto; blanca, blanquísima la barba; muy encendido el rostro. Le acompañaba otro señor, mucho más joven; menos alto y más grueso. Hoy pienso que sería su hijo Gabriel, mi futuro maestro en estudios históricos, amigo entrañable. Mi padre me señaló a don Antonio como el que muestra un monumento nacional.

A mi padre le impresionó, dos o tres años antes, que don Buenaventura de Abarzuza, antiguo castelarino, acabara siendo ministro con Silvela, a propuesta de Maura. Fue a verle, como siempre que iba a Madrid, por ser amigo suyo, y me llevó con él, como gustaba de hacerlo en paseos y visitas, siempre que podía. Abarzuza dio una explicación de su maurismo bastante graciosa, aparte otras razones. «A Maura hay que tomarle muy en serio. Fíjese usted en que los caricaturistas no pueden con él. A Weyler lo pintan con traje roto, lleno de lamparones. A Montero Ríos, junto a un «chubesqui», y con gabán de pieles. A Azcárraga, con una tripa imponente... Cuando algún dibujante quiere caricaturizar a Maura, lo respeta en todos sus rasgos físicos y lo representa como un hondero mallorquín.» Abarzuza vivía solo, en un piso del paseo de Recoletos, muy bien alhajado. De muy buena facha, de levita muy ceñida, con botines, muy cuidada la barba, algo enfática, me pareció casi tan elegante como Moret, aquel don Segismundo, tan acicalado y gentil, por anciano que fuese, jefe político de mi padre, amigo personal suyo, que

un día vi y oí en casa, en Granada, hablando de los moros y de los cristianos... «Antes que Moret, solo Castelar», comentó mi padre. Yo deliraba por ir al Congreso.

En las sobremesas de tía Pilar, en cuya casa almorzábamos muchos días, apenas si se hablaba de otra cosa que de política. Pepe San Martín, gobernador de Córdoba, accidentalmente en Madrid, y que era moretista, solía arremeter contra Maura, y en casa de tío Emilio Díaz Moreu, diputado canalejista, era Canalejas, lógicamente, el tema preferente de conversación y elogios.

—Papá, llévame al Congreso —decía yo.

—¿Qué vas tú a hacer en el Congreso... —me replicaba.

—Pues oír a Moret, a Maura, a Canalejas, a Salmerón, a Vázquez de Mella...

—Ya te llevaré en otro viaje...

Volvimos a Granada. El curso había avanzado mucho, y yo tuve que hacer un cierto esfuerzo para ponerme al día. Me encantó el reencuentro con el francés. Los alumnos estábamos distribuidos entre «patricios» y «plebeyos», para mayor emulación. Esto contribuyó a hacerme más interesante la Historia de Roma, según la cuentan Eutropio, Nepote, César, Salustio, Tito Livio..., en los textos recopilados por el profesor Raboso, a quien me parece oír, imperativo y agrio:

—Lea, ordene y traduzca...

—*Condita civitate, quam ex nomine suo Román vocavit, haec fere egit multitudinem finitimorum in civitatem recepit...*

Me sonaban las adustas y solemnes palabras del latín a paso de legiones. Lo que no me sugería nada era la nomenclatura de la Geometría y menos aún la Trigonometría, mundo impenetrable. Por el contrario, la Historia me atraía cada vez más. Al mismo tiempo, y desde siempre, la Literatura, todavía no cursada, pero vislumbrada ya en la asignatura de «Preceptiva literaria y composición». Pero no necesitaba llegar al cuarto y al quinto curso para sentirme seducido por la lectura de novelas, historias y versos. *Marianela*, de Galdós, me conmovió profundamente. *El último Abencerraje*, de Chateaubriand, me dio una interpretación de mi ciudad que hasta entonces no había encontrado. Me apasionó la *Historia de los girondinos*, de Lamartine. Me enseñó mucho la *Vida del ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes*, por Navarro Ledesma. Seguí muy interesado, con «Azorín», *La ruta de Don Quijote*, y pude apreciar todo el valor que tenía —para mí, una sorpresa— el estilo sobrio y cortado. Me sentí solidario, de corazón a corazón, de *Oliverio Twist*... Manolo Góngora, el primero de mis amigos mayores, me prestó un libro de Santos Chocano, que luego no he vuelto a ver: *La selva virgen*, y una revista con una poesía de José Asunción Silva que me produjo desconcertante efecto: «Una noche, una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de música de alas...», que entendí a través de Bécquer. Y me dio también un libro de Salvador Rueda, *En tropel*, que me gustó mucho y en el que hallé una composición, «El tablado flamenco», que relacioné automáticamente, como era lógico, con un café cantante *La Montillana*, en el Campillo, con fama de lugar *non sancto*. Aquellos versos dieron su sentido al cuadro entrevisto alguna vez, volviendo del teatro Principal por la noche. «No hemos debido pasar por aquí...», comentó mi madre.

El concurso alegre se agita y vocea;  
al lúbrico canto que aturde y marea,  
y a la bailadora que el talle cimbreo  
el feroz concurso aplaude y vocea...

Por ese tiempo, tuvo mi madre una doncella, Pepa, lojeña, que sabía más coplas, como decía mi padre, que Rodríguez Marín, y de las muchas que le oí, ninguna me impresionó tanto como ésta:

A la puerta de naide  
no llama naide,  
que no sabe naide  
cómo está naide.

Más que cantarla, Pepa la suspiraba o la gemía, con una extraña música profunda que, evidentemente, era la del cante «jondo» y que, desde luego, nada tenía que ver con los «jipíos», alaridos más bien, de «La Montillana». Yo no tenía aún ni el más remoto motivo para diferenciar el cante «jondo» del flamenco, pues habrían de pasar muchos años para que yo conociese a Falla y aprendiese de viva voz su lección acerca de ese tema. Pero aquella criada de mi casa me hizo sentir, con otras coplas o cantares, la música del cante «jondo», y también la letra, que aunque no le sea privativa, contribuye a definir su sentido. Como esa «soleá» que también oí a Pepa y me estremeció de niño:

A mi puerta has de llamar,  
y no he de salirte a abrir,  
y me has de sentir llorar.

«¿A ti qué te gusta más, estudiar o leer...?», me preguntó una mañana, en la biblioteca de la Universidad, su director, don Francisco Guillén Robles. «Las dos cosas», respondí sin tener que pensarlo mucho.

La existencia de la biblioteca universitaria me fue revelada por mi maestro Díaz Carmona, «como un paraíso que me estaba aguardando». «Pero —añadió— don Francisco Guillén Robles sabrá apartarte del árbol del Bien y del Mal.» Don Fran-

cisco Guillén Robles era el sabio que yo conocía por su típica personificación del sabio, en algunas obras de teatro y caricaturas: hombre desaliñado, cegarruto de tanto leer, distraído, como si le transportase una nube por alturas o lejanías extrañas a los demás. Oyéndole en paternales consejos, pude apreciar su bondad y su saber. Así es que no me chocó su fama de orientalista e historiador, según me fui enterando de su vida y sus obras. Una sola de estas, *Málaga musulmana*, le valió ser elegido académico de la Historia, pero nunca he sabido por qué luego renunció a la medalla, aceptando su traslado a Granada como funcionario que era del Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos. Algún tiempo después fue vecino nuestro, y esta circunstancia no pudo por menos de hacer más íntima la relación con él y mi familia. Don Francisco Guillén Robles era el padre de Juan Guillén Sotelo, escritor de porvenir, que no tardaría en triunfar, merced a sus cuentos y novelas, aparte la popularidad que le valió su seudónimo *El bachiller González de Ribera* como cronista taurino. De toros y toreros es su novela *Un buscador de oro* —la mejor de ese tema, en mi concepto—, que habría consolidado el incipiente nombre de Guillén Sotelo si no hubiese muerto a poco, sin tiempo de explotar el éxito de la primera hora. Mató a Guillén Sotelo, en plena juventud, su terrible dipsomanía. Yo recordaré siempre a don Francisco Guillén Robles y a doña Trinidad Sotelo —mujer que debió de ser guapa en su juventud y que era de muy noble espíritu— ilusionados con el porvenir literario de su hijo, pero ensombrecidos por el avance del mal que le costaría la vida.

Vuelvo a la primavera aquella de 1906, a la iniciación de aquel verano que se me presentaba en grata perspectiva. Liquidado el curso a mi satisfacción, me quedaba todo el tiempo para leer sin el apremio de la lección de cada día, para pasear a capricho... Algunas tardes alquilaba mi padre un coche y nos llevaba a todos nosotros el camino de Huétor, su paseo predilecto en cualquier tiempo.

Otras veces paseaba solo conmigo. Nunca me llevaba de la mano, sino que la ponía en mi hombro. Y una tarde se apoyó con tanto afán en mí, deteniéndose,

vacilante a la vez, que levanté la cabeza para mirarle, y le vi pálido, demudado. —No es nada. Un mareílo... Ya ha pasado... Seguimos andando, pero volvimos muy a poco sobre nuestros pasos, camino de casa, preocupados, silenciosos los dos. Ya en el portal, mi padre, dueño de sí, o esforzándose por aparentarlo, me dijo, como en alguna otra ocasión parecida: —No digas nada a tu madre ni a Pilar... Pero mi madre y mi hermana mayor no necesitaban que yo les dijese nada. Algo debió de decirles Fidel que yo no sabía, porque ellas estaban en constante observación. Frecuentes análisis de orina, atención a la temperatura... Mi madre me dejaba traslucir un poco.

«Tu padre no anda bueno...» Y yo me iba contagiando de su alarma.

Lector de periódicos, con absurda voracidad, leí una mañana que había muerto Fernández Duro, mi admirado Jesús Fernández Duro, tan joven, tan intrépido... Y no caído en tierra desde su globo, o desde el aeroplano que tal vez había acabado ya de construir, sino en su cama, de una enfermedad, como cualquier otra persona: como la que podía llevarse a mi padre cualquier día, o a mi madre, o a mis hermanas, o a mí mismo, o a este o aquel amigo mío... Una extraña sacudida me hizo sentir la muerte en acecho. Pero, después de todo, ¿qué motivo había para que la muerte de Fernández Duro me hiciese temer la muerte de algún ser querido: de mi padre, sobre todo, como el más amenazado...? Precisamente fue mi padre quien notó mi desasosiego, mi emoción, aflorada en alguna lágrima, quizá mejor, en un gesto temeroso.

—¿Es posible que te emocione tanto la muerte de Fernández Duro? Si no le conocías de nada... Ninguno de nosotros está enfermo de cuidado, ni mucho menos. ¿Tú sabes lo que hace falta para morirse...? Morirse es muy difícil...

Al día siguiente mi padre moría de un ataque de uremia. Y mi niñez con él.

Melchor Fernández Almagro, Antonio Gallego Burín y Maruja Mallo pasean por el parque del Buen Retiro, 1928. Museo Casa de los Tiros, Granada

unas palabras sobre





Melchor Fernández Almagro y los  
recuerdos de un tiempo perdido: su  
obra autobiográfica *Viaje al Siglo XX*

AMELINA CORREA RAMÓN



[Tranvía en Puerta Real]. Castañeira, Álvarez y Levefeld (eds.), Calle de los Reyes Católicos. Tarjeta postal. 1920 ca.

“Queridísimo Melchorito:

Me voy al campo. Quisiera que este verano nos escribiéramos y me tuvieras al *cabo de la calle* de todo lo que pasa por ahí. Yo estoy muy contento, pero emocionadísimo, no sé por qué causa... Todas las mañanas tengo un deseo irresistible de llorar a solas con un llanto dulce y alegre; ¡eso sí, alegre! Cualquier cosa me emociona (emoción de aurora)... Me parece que estoy convaleciente de alguna enfermedad y tengo cansancio como si hubiese atravesado los desiertos turbios de la fiebre. Ahora pienso trabajar mucho bajo mis eternos chopos y “bajo el pianísimo de oro”. Quiero hacer este verano una obra serena y quieta; pienso construir varios romances con lagunas, romances con montañas, romances con estrellas; una obra misteriosa y clara, que sea como una flor (arbitraria y perfecta como una flor): ¡toda perfume!”<sup>a</sup>.

<sup>a</sup> GARCÍA LORCA, Federico, “Cartas de Federico García Lorca. A Melchor Fernández Almagro. 7”. *Obras completas*, t. III.: *Prosa. Dibujos*, Madrid: Aguilar, 1993, 23ª ed., p. 717.

Así comienza la lírica carta que el día 1 de julio de 1922 le envía a Melchor Fernández Almagro, domiciliado ya por entonces en la capital de España, su buen amigo Federico García Lorca, compartiendo con él un ferviente entusiasmo creativo que se evidenciará con frecuencia en el epistolario que ambos mantuvieron. Los dos amigos comparten, sin duda, afanes literarios y de renovación artística, y mantendrán una estrecha y frecuente relación epistolar entre 1919 y 1934, a través de cuya lectura se ponen de manifiesto fuertes vínculos emocionales, así como la existencia de proyectos comunes<sup>b</sup>. En ese sentido, se puede recordar que en la carta ya citada, y haciendo mención de la conocida tertulia granadina del Rinconcillo que mantenían poetas y artistas locales, Federico le comunica a su corresponsal que “Desde luego, te pensamos nombrar cónsul general del Rinconcillo en Madrid”<sup>c</sup>.

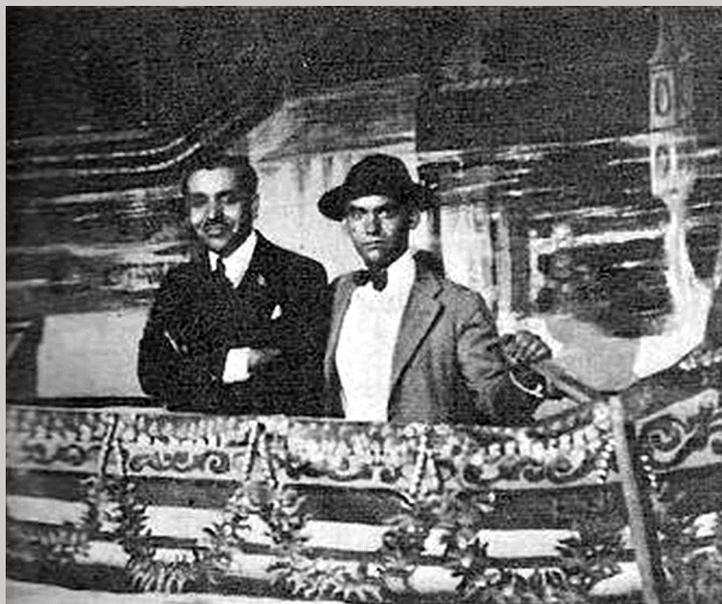
En esas fechas, Melchor Fernández Almagro –cinco años mayor que su amigo Federico– cuenta casi veintinueve de edad (los cumplirá un par de meses más tarde, a comienzos de septiembre), y se puede considerar sin temor a equivocarse que su intensa –y extensa– relación con la literatura abarca ya una historia de largos años, puesto que se remonta a su primera infancia.

Así, curiosamente, quien será desde su juventud amigo del principal poeta de la Granada contemporánea, había coincidido por azares de la vida durante su niñez con la que será otra de las grandes figuras de la literatura granadina – y tam-

<sup>b</sup> Cf. LOZANO MIRALLES, Rafael, *Crónica de una amistad. Epistolario de Federico García Lorca y Melchor Fernández Almagro (1919-1934)*, Granada, Fundación Federico García Lorca/Caja Granada, 2006.

<sup>c</sup> GARCÍA LORCA, Federico, “Cartas de Federico García Lorca. A Melchor Fernández Almagro. 7”, p. 717.

A la derecha: Melchor Fernández Almagro y Federico García Lorca en Madrid, ca. 1922.



bién claramente universal— del siglo XX, como es Francisco Ayala. En efecto, el autor de *El jardín de las delicias* había nacido en marzo de 1906 estando domiciliados sus padres en la misma casa de la calle de San Agustín, nº 8, en donde residían los Fernández Almagro. Los lazos del destino anudarán cumplidamente la existencia de ambas familias, que se verán relacionadas de diversas maneras a lo largo de los años. De hecho, el médico de los Fernández Almagro será el prestigioso médico y catedrático de la Universidad de Granada Eduardo García Duarte<sup>d</sup>, abuelo materno de Francisco Ayala:

<sup>d</sup> Cf. CORREA RAMÓN, Amelina, *La familia de Francisco Ayala y su infancia*, Granada, Fundación Francisco Ayala/Universidad de Granada, 2010.

[...] casi todos los días pasaba por nuestra casa un médico, don Eduardo García Duarte, muy viejo, alto, con bigote de



guías caídas, enjuto, apergaminado, amarillento, como si se hubiera desprendido de su cartulina alguno de los viejos parientes cuyo retrato conservábamos en un álbum, cobrando cuerpo y vida para andar por el mundo. Para mí era como un nuevo abuelo que me daba caramelos y me pellizcaba el carrillo<sup>e</sup>.

La hija menor de Eduardo García Duarte, Luz, será la madre del futuro escritor, cuyo nacimiento coincide precisamente con la proximidad de ambas familias, como se encargará de

**Arriba:** Interior del Café Alameda, Granada, ca. 1909.

<sup>e</sup> FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Viaje al siglo XX*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1962, p. 56.

recordar el propio Fernández Almagro. Pero sobre todo, Luz García Duarte, con su presencia delicada y marcada por una extrema sensibilidad asociada en todo momento al arte y la literatura, influirá en el amor por las letras de su jovencísimo vecinito, quien la describirá líricamente muchos años más tarde, manteniendo intacta la admiración que en él había suscitado su imagen:

La suma atracción de nuestra nueva casa estaba constituida para mí por una señora joven, verdaderamente encantadora, Luz Duarte, hija y hermana de los médicos de casa, mujer de Francisco Ayala, hombre correctísimo, de trato muy agradable. De este matrimonio nació a los pocos meses de nuestra vecindad su primer hijo: el novelista, ensayista y catedrático de Sociología que tanto prestigio ganaría en Hispanoamérica, con natural repercusión en España. Luz Duarte era una mujer singular por su inteligencia y cultivada sensibilidad. Tenía una voz dulcísima y sus manos me recordaban las de *Pepita Jiménez*, según las describe Valera, con mimoso detalle. Delgada, esbelta, con ojos muy expresivos, los pómulos un poco salientes y cierto aire lírico y floral, me llevaba a pensar también en la *Primavera*, de Botticelli. Leía cuanto le era posible y me prestaba los libros que por algún motivo pudieran interesarme. Por ejemplo, *La isla del doctor Moreau*, de Wells, que me causó un efecto tremendo; las *Memorias de un setentón*, de Mesonero Romanos, a las que luego tantas

veces he vuelto al dictado de mi curiosidad casi profesional por el siglo XIX, y una novela folletinesca que me pareció muy original, *Juan Lobo*, de Emile Richebourg<sup>f</sup>.

Pero ya unos años antes, Melchor Fernández Almagro había sido conquistado para la literatura gracias a otra poderosa influencia –que guardará también relación, por cierto, con la familia de Eduardo García Duarte–, que había recibido, en este caso, en el ámbito familiar. En efecto, no se puede olvidar el ascendiente que ejerció tempranamente sobre él su primo hermano Melchor Almagro San Martín, once años mayor y domiciliado en Madrid, que se revestía a los ojos del niño con el prestigio de sus importantes relaciones sociales y de su conocimiento personal de los escritores y demás figuras de la vida pública del momento. Así, inicialmente, en una fugaz y poco exitosa aventura empresarial que su padre, Ricardo Fernández Abril, intentó en Madrid hacia 1900, su primo mayor le muestra el carácter modernista de las composiciones que publica la renovadora revista granadina *Idearium*, cuya fundación obedece a un espíritu muy ganivetiano<sup>g</sup>:

Me gustaba conservar también los números, muy pequeños, de otra revista que llegaba de Granada: *Idearium*. Traía fotografías de allí, y cuentos o poesías de aire muy distinto al normal, y como un día dijera mi padre que ese título le recordaba “al pobre Ángel Ganivet”, este nombre ya no se me olvidó a mí. Ni esta otra observación: “Publica versos modernistas”. Sería mi primo Melchor, no mucho



<sup>f</sup> *Ibidem*, pp. 207-208.

<sup>g</sup> Cf. CORREA RAMÓN, Amelina, “La revista granadina *Idearium* (1900-1901): una suerte de obra póstuma de la voluntad ganivetiana”, *Ínsula* (Madrid), LIII, núm. 615, marzo de 1998, pp. 13-17.

**A la izquierda:** *Idearium: literatura, arte*. Granada, Tipo-Litografía de Paulino-Ventura Traveset, sucesor de la Casa Vda. e Hijos de P. V. Sabatel, 1900-1901 Biblioteca de Andalucía.

después, quien, hablando con mis padres, me diese alguna idea de eso<sup>h</sup>.

Algo más tarde, y ya de vuelta en Granada una vez fracasado el intento paterno en la capital, de nuevo recibirá con entusiasmo las enseñanzas de su primo, entonces flamante autor del libro de relatos *Sombra de vida* (1903), prologado elogiosamente nada menos que por Ramón María del Valle-Inclán. Durante las vacaciones de sus años de estudiante de bachillerato, Melchor Fernández Almagro suele pasar los veranos en el Cortijo del Pino, en la localidad granadina de Churriana de la Vega, propiedad de su tía Pilar, madre de Melchor Almagro. La magnífica casa posee dos factores que atraen el interés del adolescente: el hermoso jardín que la rodea y la bien surtida biblioteca, que había pertenecido a su tío, el brillante abogado y orador Melchor Almagro Díaz, que fallecería prematuramente en 1893 —tan sólo unos pocos meses antes del nacimiento de su sobrino, que tendría lugar el día 4 de septiembre de ese año— al contraer una pulmonía tras una sesión en las Cortes, de las que era Diputado.

Entre ambos lugares transcurren las horas estivales, y en las visitas que desde Madrid hace su primo, el primogénito de Melchor Almagro Díaz, éste le aconseja lecturas y le comenta las novedades de la vida literaria madrileña. Así lo relatará tiempo después, evocando sus días juveniles de iniciación a la literatura:

<sup>h</sup> FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Viaje al siglo XX*, p. 103.

Mi primo Melchor buscó para mí algunas novelas: *Los reyes en el destierro*, de Daudet –en español–, y me agradó mucho más aún *Lettres de mon Moulin*, muy especialmente el capítulo o cuento titulado “*Les étoiles*”. Pero él llegaba siempre, de Madrid o de Granada, con libros nuevos, cuyos autores constituían para mí una revelación. Me interesó, más que ninguno, *Azorín*, del que leí, de un tirón, *Confesiones de un pequeño filósofo*. Mi primo me hablaba también de Unamuno, de Pío, Baroja, de Rubén Darío, de un joven Juan R. Jiménez, nuevo Bécquer... A todos los conocía él personalmente por alternar en las tertulias de este o aquel café o aquel Ateneo... Al que más trataba era a Valle-Inclán, que había prologado su primer libro, *Sombras de vida*, lectura que fue para mí muy grata<sup>i</sup>.

Los fragmentos reproducidos pertenecen al que probablemente pueda considerarse el libro más personal de toda la producción salida de la pluma de Melchor Fernández Almagro, y, con toda seguridad, también el más hermoso. Se trata de la obra autobiográfica titulada *Viaje al siglo XX*, que publicará en 1962, cuatro años antes de su muerte. Al filo ya de los setenta años el escritor evoca con melancolía luminosa los días del pasado y recrea una sugerente evocación de la Granada de los últimos años del siglo XIX y primeros del XX. En quien fue eminentemente ensayista, historiador, periodista, –facetas todas ellas por las que adquirió un reconocido prestigio–, llama la atención la escritura de esta obra de factura

<sup>i</sup> *Ibidem*, pp. 198-199.



Portada de la primera edición de *Viaje al siglo XX*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1962

tan delicada y enfoque tan intimista, muy inusual dentro de su producción.

La visión que de Granada ofrece Fernández Almagro se presenta teñida de nostalgia, de una nostalgia asociada al paraíso perdido de la infancia. En este sentido, resulta especialmente reveladora la cita de su amigo Federico que introduce el volumen: “Quiero volver a la infancia/ y de la infancia a la sombra...”, dicen los elocuentes versos lorquianos. Igualmente enmarcan el volumen palabras de Miguel de Unamuno, de Charles Péguy, y de su también amigo Jorge Guillén, de quien elige así mismo un fragmento muy significativo:

...cansancio lento,  
con una monotonía  
de tiempo inmerso en mi tiempo,  
el que yo arrastro y me arrastra.

De este modo, Melchor Fernández Almagro evocará sus orígenes familiares y las glorias del pasado, el modo y lugar en que se conocieron sus padres: durante un viaje en diligencia desde Granada a la localidad alpujarreña de Albuñol (“Aires de familia y lugar”), las fascinantes diversiones de la época con que entretenían su ocio los granadinos, en el precioso e ilustrador capítulo titulado “Teatro, cinematógrafo, circo: magia”, su primer viaje hacia la costa y la visión primigenia del mar en lo que sería un veraneo inolvidable (“Mar de Motril”), los miedos propios de la niñez a los duendes, fantasmas y aparecidos (“Miedos de Granada”), las coplas y las

leyendas que constituían una parte insustituible de la animación vital de la época; pero también los duelos y las pérdidas, puesto que el libro termina lapidariamente, al cerrarse con el relato de la rápida enfermedad y muerte de su padre: “Al día siguiente mi padre moría de un ataque de uremia. Y mi niñez moría con él”.

La visión nostálgica sobre una ciudad, sobre una realidad, ya perdidas, resulta tanto más comprensible si tenemos en cuenta que Melchor Fernández Almagro estuvo ausente de ésta durante más de treinta años. Tan sólo en 1959 se decide a afrontar desde su residencia en Madrid un viaje pospuesto siempre por razones indefinidas. La visita a su querida ciudad natal le ofrece reencuentros, sorpresas, y también desengaños, como describe en su emotivo artículo “Al cabo de treinta y tantos años”, publicado en el diario *ABC*. Muchas cosas han cambiado; otras permanecen, por el contrario, inalterables. Pero la mirada de Fernández Almagro resulta inequívoca:

Dondequiera he buscado la sombra de mis padres, de mis muertos todos, y a mí mismo, porque la niñez y la primera juventud no son ya sino lejanos fantasmas, más aún en la conciencia herida del que regresa, pasado el tiempo, a su tierra nativa, y siente bajo sus pasos el crujir de huesos y cenizas<sup>1</sup>.

Pero, ¿cómo había tenido lugar el desarraigo de la ciudad de su infancia y de sus mayores? ¿En qué momento y en qué

<sup>1</sup> FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, “Al cabo de treinta y tantos”, *ABC* (Madrid), 17 de octubre de 1959.

En el capítulo 'Mar de Motril', Melchor relata su primer viaje hacia la costa y la visión primigenia del mar en lo que sería un veraneo inolvidable. **A la derecha:** Puerto de Motril a principios del siglo XX.

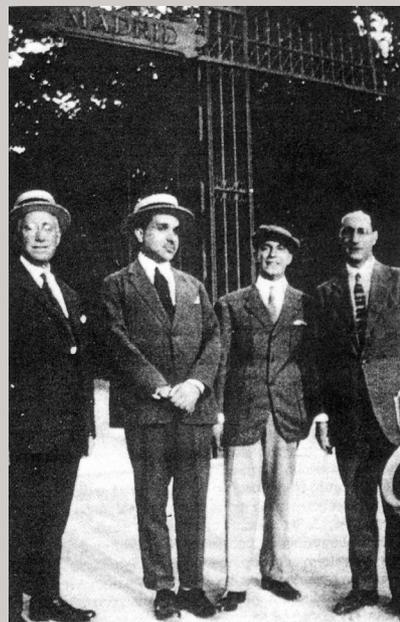


circunstancias abandonó Melchor Fernández Almagro Granada?

El fallecimiento de su padre, además del profundo golpe emocional que supone, va a dejar sumida a la familia en una difícil situación económica. Por lo tanto, el único hermano varón, es decir, Melchor, tendrá que asumir demasiado pronto la responsabilidad de convertirse en el cabeza de familia. Así pues, tras cursar estudios universitarios de Derecho, que comparte con la preparación de unas oposiciones al Cuerpo

de Correos, el joven abandona su pretensión inicial de dedicarse a la abogacía al aprobar las oposiciones que le permiten un medio seguro de sustento familiar. Durante esos años se inicia su amistad con los componentes de la anteriormente mencionada tertulia del Rinconcillo, que se celebraba en el ya desaparecido café Alameda (en la plaza del Campillo), a la que asistían todos aquellos jóvenes cuyas inquietudes les hacían disentir del inmovilista panorama de la cultura oficial granadina. Allí, como ya se adelantó, se hace amigo de Lorca –que le dedicaría una de las composiciones de su inicial *Libro de poemas* (1921) y lo incluiría junto a Pedro Salinas y a Jorge Guillén en la dedicatoria de *Canciones* (1927)–, así como de Antonio Gallego Burín, entre otros. En concreto, la fraternal relación con Gallego Burín, aunque pronto marcada por la lejanía física, se mantendrá a la largo de toda su vida. Comienzan también en este momento sus colaboraciones periodísticas en publicaciones locales como *El Defensor de Granada*, *Gaceta del Sur* o el *Noticiero Granadino*.

Pero muy pronto, en el año 1918, Melchor Fernández Almagro, acompañado de su madre y hermanas, se va a mudar definitivamente a Madrid. Su traslado coincide con un ascenso laboral, sumado a la esperanza de que la capital le ofrezca unas mejores perspectivas para su futuro profesional. Una vez instalado allí, comienza su verdadera dedicación al mundo de la prensa, en el que llegará a labrarse un nombre tan prestigioso. Inicialmente se incorpora a la plantilla de *La Épo-*



Melchor con Sánchez Cuesta, Rafael Alberti y Jorge Guillén a la puerta del Retiro. 1925 ca. Museo Casa de los Tiros, Granada.

ca, para pasar poco tiempo después a ocupar el puesto de crítico teatral que había dejado vacante Eduardo Gómez de Baquero, el famoso *Andrenio*. Así tendrá la ocasión de dedicarse profesionalmente a la que había sido una de sus mayores aficiones desde la niñez, tal y como él mismo declarará en *Viaje al siglo XX*:

El mejor regalo que podían hacerme mis padres era llevarme con ellos al teatro. O que me llevarsen, con mis hermanas y mis primos, nuestras niñeras, o una antigua criada, Ramona, que a todos nos había visto nacer. Cuando ya era mayorcillo, mi padre me dejaba en una butaca muy recomendado al acomodador y luego me recogía él, muy interesado en que yo le contase lo que me había parecido la obra representada<sup>k</sup>.

Igual responsabilidad como crítico teatral desempeñaría pronto Fernández Almagro en periódicos como *La Voz*, *El Sol*, o *Ya*. Aunque sus quehaceres periodísticos a lo largo de su intensa trayectoria tuvieron como objeto los más diversos temas, se dedicó preferentemente a la crítica literaria, que practicó en revistas como *La Gaceta Literaria*, *Revista de Occidente* y otras.

Su vida en Madrid es metódica y ordenada, buen reflejo de su personalidad. Quizás sea ésta una de las razones, unida a su carácter eficiente y animoso, que explique la asombrosa variedad de actividades que lleva a cabo y que siempre comparte con su asistencia a las tertulias literarias y culturales, a

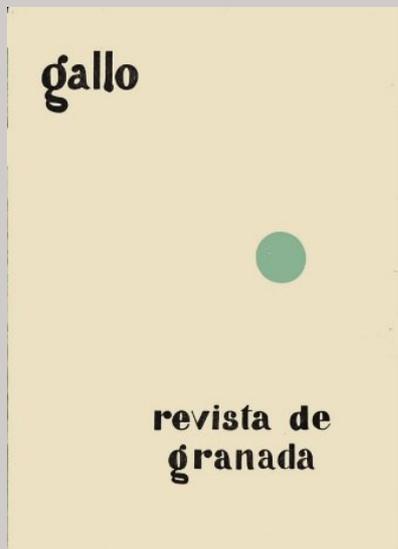
<sup>k</sup> FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Viaje al siglo XX*, p. 76.

las que fue tan aficionado durante toda su vida, así como con el contacto, personal o epistolar, con sus amigos granadinos. Frecuenta el Ateneo madrileño y pronto ingresa también en el PEN Club Español, que se había creado en 1923 y presidía inicialmente Azorín, siguiendo la línea del PEN Club Internacional, fundado dos años antes en Londres. Además, y durante muchos años, Melchor Fernández Almagro sirve de introductor en los ambientes madrileños para sus amigos granadinos que viajan por cualquier motivo a la capital, como será el caso de José Mora Guarnido, José Fernández Montesinos o el propio Federico, para quien la presencia de Melchor resultó fundamental en sus primeros tiempos de estancia madrileña. En cierto modo representa el escritor una especie de puente entre Madrid y Granada, ciudad en cuyos proyectos participa entusiastamente, aunque desde la distancia.

De hecho, serán éstos años de gran actividad, de innumerables empresas literarias y artísticas relacionadas con su Granada natal, algunas de las cuales llegarían a buen puerto, mientras que otras nunca verían finalmente la luz. Como enumera Cristina Viñes, “El Concurso del Cante Jondo, la campaña en pro del retorno de los restos de Ángel Ganivet, las revistas –*Sur*, *Renovación*, *Gallo*–, más tarde los azulejos, los Autos Sacramentales, la restauración y puesta en marcha de la Casa de los Tiros, una de las grandes empresas de su entrañable amigo Antonio Gallego Burín”<sup>1</sup>.

Melchor Fernández Almagro representa una especie de puente entre Madrid y Granada, ciudad en cuyos proyectos participa entusiastamente. Es el caso de la revista *Gallo*, impulsada por Francisco y Federico García Lorca, cuyos dos únicos números publicados, en 1928, incluían colaboraciones firmadas por Melchor. **A la derecha:** Portada de uno de los números de la revista.

<sup>1</sup> VIÑES MILLET, Cristina, “Melchor Fernández Almagro”, *Figuras granadinas*, Granada, El Legado Andalusi, 1995, p. 393.



Por otro lado, durante la década de los años veinte y la primera mitad de los treinta Fernández Almagro participa activamente en la febril actividad de las vanguardias. Su firma está presente en casi todas las revistas de la luego denominada Generación del 27, y formará parte del comité de redacción de *Los Cuatro Vientos*, revista madrileña de la que se editaron tan sólo tres números en 1933, y que constituyó la más tardía de las plataformas de dicha generación o grupo poético, con cuyos miembros mantuvo relación de franca amistad. Además, contestó Fernández Almagro a la conocida encuesta que sobre el vanguardismo llevó a cabo en 1930 la revista *La Gaceta Literaria*. Todo ello, unido a la lucidez de sus lecturas, puede llevar a comprender el hecho incuestionable de que el granadino se convirtió en “uno de los críticos que siguió más de cerca y con más discernimiento la marcha de la generación a la que pertenecía”<sup>m</sup>.

El estallido de la Guerra Civil en julio de 1936 causará una grave fractura en la vida de Fernández Almagro, como en la de todos los intelectuales de su época. Sorprendido por el conflicto armado en Madrid, el escritor se refugia, junto con su madre y una de sus hermanas —pues la otra se encuentra ingresada en un sanatorio psiquiátrico debido a las dolencias que padecía— en la Embajada de México, de la que pronto es evacuado a Francia, desde donde en marzo de 1937 cruza la frontera para incorporarse a la zona franquista, instalándose provisionalmente en Salamanca. La urgencia de los aconteci-

<sup>m</sup> BONET, Juan Manuel, “Melchor Fernández Almagro” *Diccionario de las vanguardias en España 1907-1936*, Madrid, Alianza, 1995, p. 241.

mientos y la necesidad de sobrevivir durante los duros años de la contienda, una vez perdido su anterior estatus profesional, lo obligan a escribir sin cesar artículos y colaboraciones, incorporado en fecha temprana a Prensa y Propaganda del Movimiento.

El final de la guerra supone la reincorporación de la familia del escritor a su vida madrileña, una vida que ya nunca volverá a ser la misma, y que habrá de rehacer desde la asunción de la pérdida de amigos queridos, de proyectos truncados y de revistas y libros desaparecidos, todo ello, en un país devastado y empobrecido, tanto material como culturalmente.

Cercano a importantes personalidades de la vida pública del momento, Fernández Almagro recibe incluso el ofrecimiento de ser nombrado Gobernador Civil de Baleares, invitación que no duda en declinar. Aceptará, no obstante, otros nombramientos de instituciones del Régimen, marcadas por un carácter más cultural, con las que colaborará gustoso. Así, por ejemplo, con el Instituto de Estudios Políticos, que, dirigido por su amigo, el también granadino Alfonso García Valdecasas, se inaugura en septiembre de 1939. Allí, el escritor se dedicará al estudio de la historia española, en especial la del siglo XIX y la del primer tercio del XX, una faceta del saber por la que siempre había demostrado un interés profundo. De hecho, en 1944 sería nombrado miembro de la Real Academia de la Historia, en la que ingresará con un discurso titu-

lado *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española*.

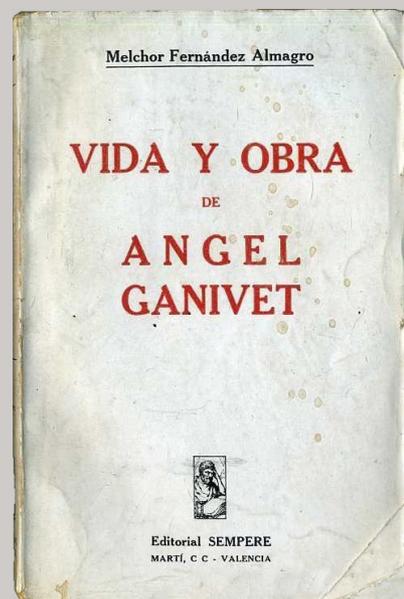
A esta faceta suya pertenecen también obras como *Orígenes del régimen constitucional en España* (1928), *Catalanismo y República española* (1932) o *Historia del reinado de Alfonso XIII* (1933), escritas con anterioridad a la Guerra Civil, o las posteriores *Historia de la República Española. 1931-1936* (1940), *Política naval de la España moderna y contemporánea* (1946), *Por qué cayó Alfonso XIII* (1947) —escrita en colaboración con el duque de Maura—, *Cánovas. Su vida y su tiempo* (1951) o su importante obra de conjunto, *Historia política de la España contemporánea (1875-1902)*, editada entre 1956 y 1959.

Conjugando su afición hacia la historia con su amor por la literatura, habría que recordar los importantes estudios literarios que lleva a cabo en sus biografías *Vida y obra de Ángel Ganivet*, sobre su paisano granadino, que había sido publicada en 1925 pero de la que se efectuará una edición corregida y aumentada en 1953, y *Vida y literatura de Valle-Inclán* (1943), además de su ensayo *En torno al 98* (1948).

Lo cierto es que durante la posguerra española el nombre de Melchor Fernández Almagro alcanza un prestigio indudable ligado siempre al ámbito cultural. Colabora en innumerables medios de prensa, entre los que habría que mencionar los diarios *ABC*, en Madrid, y *La Vanguardia*, en Barcelona, pero

sin olvidar otros de considerable importancia en el momento, como *España, Fe, Levante, Arriba, Prensa del Movimiento*, etc. También desde su primera edición se incorporará Melchor al grupo de la revista literaria *Escorial*, surgida en lo que no era entonces sino un páramo intelectual. A medida que pasan los años, el panorama editorial va poco a poco ampliándose, permitiendo la aparición de nuevas publicaciones de carácter cultural: *Índice, Correo Literario, La Estafeta Literaria*, etc. En todas ellas va a aparecer reiteradamente la firma de Fernández Almagro.

De entre estos años conviene destacar por la especial relevancia que tendrá en la vida del escritor granadino el de 1950, que comenzará en enero cuando se le propone para el consejo de redacción de la revista *Clavileño*. Además, será invitado a reanudar una anterior colaboración con Radio Nacional de España, siendo nombrado igualmente en este año miembro honorario de la Asociación de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos. No obstante, el acontecimiento más importante sucederá en primavera, puesto que en la sesión correspondiente al mes de abril resultará propuesto como académico de la Real Academia Española. A partir de ese momento, y simultaneando como acostumbraba a hacer, varios trabajos, comenzará a elaborar el que será su discurso de ingreso en la docta institución. Se puede hacer notar que éste tendrá también como temática central una suerte de evocación literaria de su ciudad natal, pues llevará por título



Portada de *Vida y obra de Ángel Ganivet*, por Melchor Fernández Almagro. Valencia, Sempere, 1925.

*Granada en la literatura romántica española*. El discurso será leído el 9 de diciembre de 1951. Sin embargo, conviene señalar una circunstancia cuanto menos curiosa o llamativa, y es que, si bien muy prolífico en cuanto a trabajos de carácter escrito se refiere, no se puede decir lo mismo en cuanto a la faceta oral, y así, el escritor granadino siempre declinaría el ofrecimiento de pronunciar conferencias o discursos. De este modo, incluso sus discursos de ingreso en las dos Reales Academias, que se podrían considerar dos momentos tan importantes en su trayectoria, tuvieron que ser leídos por otra persona en la que delegó. En el caso concreto de la Real Academia Española, su lírico y evocador texto sobre Granada y la literatura romántica fue leído por su buen amigo Gerardo Diego, siendo contestado por el prestigioso arabista, también ligado a Granada, Emilio García Gómez.

A partir de esos días de 1951 la visita a la Academia formará parte de la rutina cotidiana de Melchor Fernández Almagro, que sale de su casa en la madrileña calle de Ayala cada atardecer, camino de la sede de esta institución, “bajo su sombrero negro siempre mal colocado y las manos a medio meter en los bolsillos del gabán. Caminaba vacilante, como malhadado, bajo las luces y los árboles del Paseo del Prado, perseguido por las hojas secas que le hacían un corro y se le pegaban a los pantalones”<sup>n</sup>.

<sup>n</sup> GARCÍA PAVÓN, Francisco, “Prólogo”, en FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid, Taurus, 1966, p. XIV.

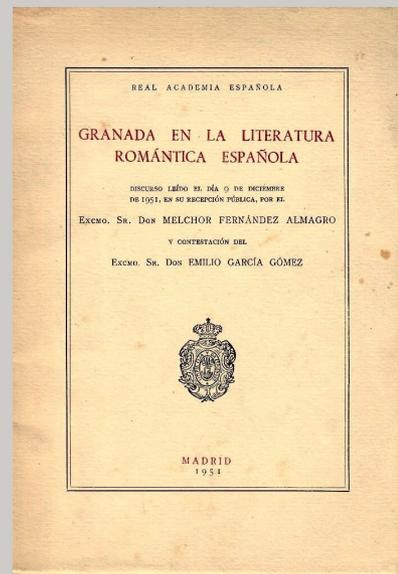
Su labor continúa en todas las facetas de su vida pública. Fre-cuenta tertulias, donde sigue cultivando el valor para él fun-

damental de la amistad, escribe artículos, muchos de ellos dedicados de una u otra manera a su Granada natal, y participa en toda suerte de actividades de carácter cultural. Los honores y distinciones que premian y reconocen su intensa labor intelectual se van acumulando con el paso de los años: Premio de la Crítica, Periodista de Honor, Gran Cruz de Isabel la Católica, etc.

Así transcurre la existencia de este trabajador infatigable, aficionado a la amistad y a la convivencia, hasta que, en febrero de 1966, cuando aún no ha cumplido los setenta y tres años de edad, la vida de Melchor Fernández Almagro se apaga definitivamente. Su compañero Pedro Laín Entralgo, que traza la semblanza del fallecido escritor en el acto que le dedica la Real Academia Española, lo recuerda con palabras emocionadas:

Por debajo de su aguda inteligencia y de su inmensa memoria de hechos y personas, más allá de su pronto y luminoso ingenio, Melchor era un niño curioso del mundo y perdido en él. Curioso del mundo: esto es, amante de lo que el mundo es, con sus paradojas y contradicciones, y siempre dispuesto a abrir con asombro los ojos ante la inagotable novedad que el mundo ofrece a quienes por naturaleza no pueden ser indiferentes, rapaces o dominadores<sup>ñ</sup>.

Su biblioteca particular será adquirida por el Instituto Internacional, institución fundada en 1882 en Massachusetts, que



ñ LAÍN ENTRALGO, Pedro, *Melchor Fernández Almagro*, Separata del *Boletín de la Real Academia Española*, Tomo XLVI, Cuaderno CLXXVII, enero-abril de 1966, Madrid, Imp. Aguirre, 1966, p. 15.

El discurso de ingreso de Melchor Fernández Almagro en la Real Academia Española tenía como temática central una suerte de evocación literaria de su ciudad natal.

**En página anterior:** *Granada en la literatura romántica española: discurso leído el 9 de diciembre de 1951.*

había instalado una sede en la capital española a comienzos del siglo XX y cuyos dos objetivos fundamentales han venido siendo el intercambio cultural entre España y Estados Unidos y la educación de la mujer. En su biblioteca, sita en la calle Miguel Ángel nº 8, se encuentra a disposición del lector o investigador interesado la colección de libros y publicaciones que pertenecieron al escritor granadino.

Por otro lado, conviene señalar que en la Biblioteca Nacional se conservan abundantes obras manuscritas de Fernández Almagro, la mayoría de ellas, muy breves –de tan sólo una o dos páginas–, como las tituladas *Aleixandre y la Academia*, *Antonio Machado en París, Barcelona, 1956*, *Costumbrismo* (sobre el escritor malagueño Salvador González Anaya), *La dama en su palacio*, *Papeles de familia*, etc., todas ellas en textos mecanografiados con correcciones manuscritas y firma autógrafa. Además, se encuentra allí depositado parte de su epistolario, inédito o ya editado, como por ejemplo, las cartas que envió a Concha Lagos o a Guillermo de Torre, así como interesante material gráfico sobre el escritor granadino.

## BIBLIOGRAFÍA

### **Obras de Melchor Fernández Almagro (selección):**

*Vida y obra de Ángel Ganivet*, Valencia, Sempere, 1922?.

*Historia del Reinado de Don Alfonso XIII*, Barcelona, Montaner y Simón, 1934, 2ª ed. ilustrada.

*Historia de la República española (1931-1936)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1940.

*Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid, Editora Nacional, 1943.

*En torno al 98: política y literatura*, Madrid, Jordán, 1948.

*Granada en la Literatura Romántica Española. Discurso leído el día 9 de Diciembre de 1951, en su recepción pública en la Real Academia Española por el Excmo. Sr. Don Melchor Fernández Almagro y contestación del Excmo. Sr. Don Emilio García Gómez*, Madrid, Imp. S. Aguirre, 1951.

*Historia política de la España contemporánea*, 2 vols., Madrid, Pegaso, 1956-1959.

*Viaje al siglo XX*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1962.

### **Ediciones actuales de sus obras:**

*Melchor Fernández Almagro*, Serie Las Terceras de ABC, sel. y pról. de Luisa Rojas, Madrid, Prensa Española, 1976.

y GALLEGO BURÍN, Antonio, *Epistolario 1918-1940*, ed., introducción y notas de Antonio Gallego Morell y Cristina Viñes Millet, Granada, Diputación de Granada, 1986.

*La Granada de Melchor Fernández Almagro. Antología*, ed. de Cristina Viñes Millet, Granada, Universidad de Granada/ Diputación de Granada, 1992.

*Granada en la literatura romántica española*, estudio preliminar y notas al texto de Cristina Viñes, Madrid, Editorial Rueda, 1995.

#### **Estudios:**

BONET, Juan Manuel, "Fernández Almagro, Melchor" *Diccionario de las vanguardias en España 1907-1936*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 241-242.

CORREA RAMÓN, Amelina, "Fernández Almagro, Melchor", *Narrativa granadina 1898-1998. I: Narrativa y literatura personal*, Granada, Diputación de Granada, 1999, pp. 159-167.

LAÍN ENTRALGO, Pedro, *Melchor Fernández Almagro*, Separata del *Boletín de la Real Academia Española*, Tomo XLVI, Cuaderno CLXXVII, enero-abril de 1966, Madrid, Imp. Aguirre, 1966, pp. 7-16.

LOZANO MIRALLES, Rafael, *Crónica de una amistad. Epistolario de Federico García Lorca y Melchor Fernández Almagro (1919-1934)*, Granada, Fundación Federico García Lorca/Caja Granada, 2006.

MARTÍNEZ CACHERO, José María, “Veinticinco años de novela española (1941-1966) en la crítica de Melchor Fernández Almagro”, en VV. AA., *Homenaje a José María Martínez Cachero: Investigación y crítica*, vol. I, Oviedo, Universidad de Oviedo, 2000, pp. 489-504.

VIÑES MILLET, Cristina, “Melchor Fernández Almagro”, *Figuras granadinas*, Granada, El Legado Andaluzí, 1995, pp. 390-393.

-----, “Melchor Fernández Almagro y la cultura de su época (esbozo biográfico)”, en VV. AA., *Homenaje a D. José Luis Comellas*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2000, pp. 237-255.

-----, “Melchor Fernández Almagro, periodista”, en MONTABES PERERIRA, Juan (coord.), *Estructura y procesos sociales. Homenaje a José Cazorla*, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2005, pp. 655-670.

-----, “Melchor Fernández Almagro, académico”, *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, nº 44, 2008, pp. 113-136.

Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2018



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA



JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE CULTURA